

RAMÓN PASCUAL MUÑOZ SOLER

GERMENES DE FUTURO
EN EL
HOMBRE

HACIA UNA INDIVIDUALIDAD
EXPANSIVA Y PARTICIPANTE

Muñoz Soler, Ramón Pascual _ 1919 - 1999

Gérmenes de Futuro en el Hombre / Edición de Autor – 1966

Título original: *Gérmenes de Futuro en el Hombre*

1. Humanidades
2. Historia
3. Espiritualidad
4. Cultura

Página web: www.egoencia.uno

Tapa: equipo VL

Edición do Autor - 1ª edición

INDICE

	PÁG.
Prefacio de Martín Britos.....	5
I	
IDEAS Y OBRAS NUEVAS	13
II	
EXPLOSIÓN ATÓMICA Y EXPANSIÓN HUMANAS	18
III	
LAS GRANDES CRISIS EN ESCALA MUNDIAL	23
1. La gran crisis de los sistemas ideológicos . Revisionismo histórico.....	24
2. Las grandes crisis de enfrentamiento de los grupos humanos.....	26
3. La gran revolución tecnológica. La automatización. La conquista del espacio.....	29
4. La gran crisis del individuo en un mundo en proceso de rápida transformación.....	31
IV	
DUALIDAD E INTEGRACIÓN	34
1. Dualidad e integralidad en el campo filosófico. Las antinomias existenciales y la unidad del ser.....	36
2. Dualidad e integralidad en el campo científico. El universo de la línea recta y los "universos paralelos".....	40
3. Dualidad e integralidad en el campo de la vida individual. La integración vital. El nacimiento del individuo.....	45
4. Dualidad e integralidad en el campo espiritual. Lo humano y lo divino. Los mensajes espirituales de la era moderna.....	51
V	
LA EGOENCIA DEL SER. DESARROLLO DE LA INDIVIDUALIDAD EXPANSIVA Y PARTICIPANTE	55
VI	
LA MORADIA INTERIOR	63
VII	
LAS TRES GRANDES LEYES DE LA VIDA. LA VOCACIÓN DE SER LIBRE	69
VIII	
EL MÉTODO EN FUNCIÓN DE LA VIDA INDIVIDUAL	78

GERMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

1. Método de vida. La armonía del individuo con los ritmos de la naturaleza	83
2. El control de la mente	88
3. Reserva, transformación y uso de la energía humana	91
A. Funciones del sexo. De una sexualidad de conservación a una sexualidad de transformación	94
B. Nuevas funciones de la palabra. De la palabra al Verbo.....	105
C. Nuevas funciones de la vida. De la visión exterior a la visión interior.....	109

IX

TRABAJO Y AYUDA A LA HUMANIDAD. LA PARTICIPACIÓN	103
---	-----

X

INTEGRACIÓN MATERIAL DE LA EXISTENCIA HUMANA. EL SACRIFICIO	120
--	-----

XI

LA BARRERA DEL MIEDO. VALOR - CONTROL	126
--	-----

1. Sencillez-Complejidad.....	132
2. Prudencia-Bravosidad	133
3. Templanza-Derroche	134
4. Renuncia-Posesión	135

XII

EL AMOR EXPANSIVO. DUALIDAD Y UNIDAD EN EL CORAZÓN. LA JERARQUÍA EN EL AMOR	137
---	-----

XIII

LA PERSEVERANCIA COMO VALOR DE ESTABILIDAD DE LA EXISTENCIA	146
--	-----

XIV

CONCIENCIA EXPANSIVA Y VOLUNTAD PARTICIPANTE	152
---	-----

XV

LA BARRERA DEL TIEMPO. MEMORIA Y OLVIDO	163
---	-----

XVI

LA VIDA PERMANENTE. LA RENUNCIACIÓN	169
-------------------------------------	-----

PREFACIO

La Vida es exageración privilegiada
de una propiedad cósmica universal.

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN

Una atenta observación del hombre actual permite advertir en su estructura íntima características de tal manera singulares, que lo convierten en agente y centro de la revolución más trascendental de nuestra época.

La persistencia de una imagen tradicional al superponerse por inercia sobre este incipiente pero firme renacer humano, enturbia la inexorable emergencia del fenómeno y teje una red de conclusiones y de vínculos, que al no corresponderse con esta aún balbuciente realidad, derivan en ficciones no obstante su apariencia de estabilidad y solidez.

La concepción tradicional escinde con su pertinacia la unidad vital del rehacerse humano, y al distorsionar su captación, confiere falsa prevalencia a lo que se manifiesta sobre la energía creadora, para terminar desembocando en una parcial apología de objetos y de inventos y de progresos científicos y

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

técnicos, con olvido de la ley universal que los genera con sus presentimientos, sugerencias, revelaciones y ocurrencias.

En esta cara interna del fenómeno es donde Ramón Pascual Muñoz Soler aloja el tema de su obra, y es en esta faz recóndita, donde localiza con penetración, las fuerzas que dilatan los horizontes de la especie y anticipan el curso de su aventura por venir.

“El reloj cósmico — dice Muñoz Soler — marca una hora diferente”. Esta hora deja atrás la estabilidad de la materia, la concepción mecánica de vida y universo, la transformación lenta y progresiva, la separatividad y dualidad y se abre a la unidad y expansión de la conciencia, a la totalidad y lo integral, en una mutación que desborda géneros, fronteras y aislamientos y apunta hacia una libre y vigorosa plenitud participante.

La egoeneia es en Muñoz Soler una florescencia individual que madura al compás del ritmo universal. En ella el ser se vuelca sobre sí, se adentra y se repliega, se recoge y ensimisma, mientras simultáneamente empalma con la vastedad del pulso cósmico que cede en la simbiosis las notas dominantes que señalan el derrotero de la especie.

En la egoencia, cosmos e individuo se aproximan sin coacción ni resistencia y entablan, por encima de demostraciones y razones, un coloquio poblado de pausas sugestivas, de silencios creadores, de renunciaciones redentoras, de alusiones y de atisbos, en el que el ser humano despierta a desconocidas comprensiones y descubre nuevas perspectivas y sentidos.

En la egoencia cosmos e individuo son indisociables, y no hay fórmula o palabra que describa este trueque insomne y fluido que se cumple en las raíces del espíritu, ni símbolo que exprese el subyacente

PREFACIO

diálogo esencial que crece en posibilidades y riqueza una vez que se ha iniciado.

Nada queda intacto en el nuevo nacimiento. El descenso cósmico impregna a todo el ser y éste al elevarse, rememora modalidades olvidadas, aprecia la aparición de nuevos dones, reaviva adormecidas facultades y se desprende del lastre de los dogmas vaciados por la vida.

El ser vibra con aguda intensidad y se conmueve totalmente en este cruce de lo divino con lo humano, y al emerger transfigurado del connubio, participa en una obra animada por distintas criaturas, regida por leyes diferentes y bañada por luces y colores ignorados, en la que se ha extinguido la oposición entre un anárquico albedrío y el imperio absorbente de un destino parcialmente concebido.

En esta aventura del espíritu silencio y soledad preceden a la convocación de la Llamada, y a ella concurre el individuo señalado en una sagrada y misteriosa comunión de lo divino con lo humano, que disipa en lo inefable la antinomia y redime de sus rigores implacables al destino que de carga que doblega se vuelve apoyo que libera.

El acto consciente-volitivo del reencuentro reclama el concurso de toda la energía disponible a la que encauza en sentido evolutivo.

El sexo se sublima y contribuye con su fuerza al desarrollo integral del individuo y la "...palabra —dice Muñoz Soler— ya no será solamente una energía que vehiculiza un significado, una emoción, un sonido o un símbolo, sino una energía humana que se asocia a la energía divina del Verbo creador y participa de su corriente de vida".

La visión a su vez se vuelve sobre sí, e iluminada interiormente, penetra con súbita intuición clarivi-

GÉRMESES DE FUTURO EN EL HOMBRE

dente las engañosas superficies y directamente desentraña los sentidos que encubren las máscaras formales.

En la egoencia el ser se expande impulsado por el recuerdo de viejas experiencias renovadas y el ingreso de nuevas dimensiones, pero arriesga dejar trunco el proceso y perder los valores adquiridos, si no consuma el desarrollo y participa integral y plenamente en los deberes y responsabilidades de la vida.

La participación es parte de un proceso que no admite inconclusión, en el que el descenso divino de la Gracia desencadena la secuencia del Amor, que hace que el individuo fecundado en su expansión fecunde en su expansión participante al resto de los hombres.

El ajuste del ser al molde de la vida no se realiza, sin embargo, impunemente sin un tributo de dolor y sacrificio.

La inmersión en la Materia aminora el ímpetu etéreo del Espíritu, que doliente, se acomoda a un ámbito de densas resistencias y amortiguadas vibraciones; porque toda Encarnación sacrifica el vuelo raudo y transparente del Espíritu al deber de consumarse en la lenta opacidad de la Materia.

La médula de toda verdadera Encarnación, el íntimo tropismo que inclina al Espíritu a revestirse de Materia, está siempre animado por la mística unitiva del Amor. “El individuo —dice Muñoz Soler— descubre la vida mística del corazón que, absorbiendo la sangre cargada con el dolor propio y ajeno y transformándola en el fuego del Amor, la expande hacia la humanidad en nuevas expresiones de vida.”

En la encarnación el ser que decididamente se consume sobrevive establemente al asedio de las pruebas, imbuido de una paciente persistencia que doblega resistencias y domina las indóciles inercias mate-

PREFACIO

riales. Pero cuando se intensifican los ataques y crecen los obstáculos y el ser humano se siente a la deriva abandonado en el solitario laberinto de su alma, entonces se hace nítida y patente la cálida asistencia de fe, que en la divina incandescencia de su Amor, arrebatada a la dolorida criatura de la noche incierta de la prueba para cobijarla en los brazos protectores de la Luz.

En este diálogo, el todo consciente-volitivo conserva su pureza con su renuncia al fruto de la acción y revierte la inmanencia volitiva al hacerla trascender a la conciencia y evitar su identificación con imágenes y objetos.

“El ciclo completo del devenir existencial —dice Muñoz Soler— se realiza al ritmo de estos dos movimientos, de estos latidos del corazón de la vida cósmica que, en su expansión, lanza el ser a la diferenciación y, en su repliegue, lo absorbe en un nuevo estado de conciencia individualizada”

Conciencia y voluntad dosificadamente circulan en la dialéctica egoente, sin caer ni en la inmovilidad contemplativa ni en el diluyente dinamismo de un exclusivo devenir, y cuando el ciclo se resume, la tensión de la etapa volitiva se relaja y recupera, en el seno de lo cósmico.

El ritmo de este ciclo de conquistas y de entregas se cumple sobre un trasfondo temporal que se desanda recurriendo a la memoria, que en la egoencia no es registro pasivo que mecánicamente inventaría fijaciones, sino control vital que descongela los recuerdos y amortiza el tiempo plenamente con su profética internación en el futuro.

Esta memoria creadora se sirve del olvido —que la egoencia equipara a la renuncia— para desligar al

GERMENES DE FUTURO EN ÉL HOMBRE

individuo de lo letal de lo fijado y entregarlo a renovarse en la fresca corriente del transcurso.

La renuncia no es aquí, ni la negación del medio-evo ni la búdica extinción y sí desprendimiento de los frutos y desvinculación de los efectos. No es estéril ni pasiva, es fecunda y creadora y requisito inevitable de todo desarrollo espiritual.

Con la consumación se arriba al fruto, con la renuncia el ser humano se sublima y sortea su identificación con lo que muere no bien está engendrado. No existe en la renuncia ni la compensación sensible de la estética ni las satisfacciones de la ética. Es un supremo despojarse en la dinámica total del desarrollo individual que libera en la medida que consume.

No hay vocación más libre que el acto de renuncia. En la renuncia el individuo intercambia lo que tiene por la nada y queda suspendido en la intemperie nada más que sostenido por la fe. Es una muerte en vida, un intrépido y templado salto en el vacío que recién después de producido libera la energía que velaba en la noche de la nada, la que en su ascenso de los estratos más profundos recorre al individuo acrecentando su vigor espiritual.

La renuncia es una catarsis que expulsa la sedimentación existencial y revierte en dirección consumativa la inmanencia en trascendencia, preparando un nuevo acto de la ley de crecimiento.

En la egoencia se transita de la personalidad a una individuación participante y expansiva en la que por obra del misterio divino de la Gracia, el ser humano se transforma e integra vitalmente en lo hondo de sí mismo.

En este itinerario el individuo abandona su rígido enmarque témporo-espacial y se proyecta liberado a un mundo de más extensas y flexibles dimensiones.

PREFACIO

"La imagen del hombre del futuro —dice Muñoz Soler—, de la humanidad futura, de la sociedad del futuro no puede surgir como una consecuencia lógica del pasado y dentro de la misma dimensión de vida sino como consecuencia del futuro mismo: de una visión profética de la ciencia y de la filosofía". Esta metamorfosis egoente ya es perceptible en las más variadas disciplinas, que en sus correspondencias analógicas, precisan el estilo de una Era Diferente en la que un Hombre Nuevo ordena los fragmentos de una única verdad dando forma y coherencia a la presencia de nuevos universos.

Analogías sugestivas, concepciones unitarias témporo-espaciales, teorías de conjuntos, el todo animando las unidades celulares, la ampliación del subconsciente, la indivisibilidad de los psiquismos, el psicopatismo y la visión global de lo cósmico, universal y planetario, trasladan la ciencia y la filosofía de un estrecho marco antropológico al abierto paisaje de

una cosmología sin compromisos metafísico-teológicos.

Gérmenes de futuro en el hombre de Ramón Pascual Muñoz Soler es una obra intensamente espiritual, en la que con aguda sensibilidad e inteligencia, detecta la presencia de un arquetipo humano de vanguardia, que aunque escaso, ya ha arraigado en el Planeta y esboza en las horas creadoras de sus viglias y sus sueños los rasgos del Mundo que inexorablemente advendrá.

Ya ha desembarcado el Hombre Nuevo que viene a descubrir el Nuevo Mundo.

Teilhard de Chardin, el gran cosmólogo, escuchó en su momento resonar el paso firme de la avanzada de los Obreros de la Tierra, "...entre ellos —dijo— se sienten, se reconocen instantáneamente cuan-

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

do sus vidas se cruzan. Y saben que mañana, abandonadas sus viejas representaciones, sus viejos compartimentos, sus viejas formas, el Mundo entero verá y pensará como ellos”.

Y así será, porque gracias a la Gracia, se ha alojado el signo redentorio del Espíritu Divino sobre este agotado Viejo Mundo.

MARTÍN BRITOS

IDEAS Y OBRAS NUEVAS

Dentro de los grandes ritmos de la historia y del proceso vital de desarrollo de la existencia humana, nos ha tocado vivir en una época de transformaciones fundamentales a escala mundial.

Muchos han creído ver en el extraordinario progreso tecnológico y en las conmociones sociales, económicas y políticas que afectan a grandes masas humanas, los hechos más sobresalientes que caracterizan a esta era moderna, sin advertir que estamos en presencia de cambios mucho más profundos, de carácter integral, que se manifiestan en todos los aspectos de la vida del hombre.

Los acontecimientos exteriores y materiales que dan una fisonomía tan particular a esta época de crisis son, en realidad, consecuencias lejanas y no siempre bien interpretadas de cambios substanciales cuyo origen hay que buscar en la intimidad de las corrientes vitales y espirituales que rigen el desenvolvimiento de la vida del planeta y sus habitantes.

Es desde las cumbres más elevadas del pensamiento donde se puede tener una visión clara de las tendencias generales que inspiran un nuevo ciclo his-

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

tórico y no desde el llano, donde las ideas y obras realmente nuevas suelen confundirse con algunas de sus consecuencias menos significativas o con reacciones del pasado.

Si se analiza a fondo el nacimiento de esta nueva era que vivimos y los factores determinantes de su gestación, nos daremos cuenta que, más que tales o cuales descubrimientos o inventos dentro del marco de las leyes conocidas hasta entonces, lo que ha dado origen a la misma ha sido la intuición de nuevas leyes universales que han derivado en aplicaciones tecnológicas en unos casos y en expresiones concretas de renovación de vida en otros.

Una pléyade de grandes hombres, que bien pueden llamarse los padres de la ciencia, la tecnología y la mística de nuestra época, han dado nuevas concepciones acerca de la materia, la vida y las leyes del universo. Las ideas de estos seres extraordinarios han renovado los más diversos campos del saber y del sentir humanos y, finalmente, se han traducido en obras gigantescas cuya realización parecía imposible.

La primera explosión atómica, ocurrida en el desierto de Nuevo Méjico el 16 de julio de 1945, reveló a los ojos de todo el mundo, en forma objetiva, que se había quebrado la supuesta estabilidad de la materia y liberado su inmenso potencial energético, inaugurándose con ello la nueva era de la expansión.

Si bien este acontecimiento histórico surgió como resultado inmediato de una serie de descubrimientos notables en el campo de la física, sus antecedentes más remotos hay que buscarlos en la avanzada de las ciencias puras y en la filosofía de las ciencias.

Tanto Maxwell, como Lorentz, Einstein, Planck, y tantos otros iniciadores de la ciencia contemporá-

IDEAS Y OBRAS NUEVAS

nea, han sido grandes intuitivos, hombres prometeicos que han traído a la tierra renovadas expresiones del fuego divino, grandes místicos modernos que canalizan nuevas ideas en el cuerpo de la humanidad. Ellos, no solamente han hecho posible la era tecnológica actual, sino que han enseñado a los demás hombres una nueva forma de pensar. En efecto, lo que mucha gente no se da cuenta es que para comprender la física moderna no sólo hay que tener inteligencia suficiente para ello sino una actitud mental distinta a la que requería la física clásica.

Junto a los grandes maestros de las ciencias surgen en nuestra época los grandes mensajeros del corazón. Si los primeros han trascendido los marcos conocidos de la mente racional y revelado las maravillas de un universo apenas concebido por los hombres del siglo pasado, los segundos han trascendido los límites del mundo restringido en que habitualmente se mueven los sentimientos humanos y mostrado las extraordinarias posibilidades del corazón. Su poder de amor inspira los movimientos generosos de ayuda a la humanidad, de mejores relaciones entre los hombres y de perfeccionamiento espiritual.

Todos estos maestros a que hacemos referencia no pertenecen en propiedad a determinada raza, nación, creencia, religión o grupo humano particular. Ellos son realmente universales y ayudan a los demás a pensar, sentir y actuar en términos universales.

Ahora bien, si los grandes hombres perciben las corrientes renovadoras de la historia en las profundidades de su mente y su corazón, hay en todas las épocas de cambio almas simples, que han escapado a las sofisticaciones y deformaciones de un ciclo cultural que se agota y conservan en su interior la su-

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

ficiente frescura, simplicidad y amplitud de criterio como para ponerse rápidamente a tono con las nuevas expresiones de la cultura de su tiempo. Estos hombres son los que constituyen la nueva generación, los intérpretes de las nuevas ideas y sentimientos y la esperanza para el futuro. Nada en lo exterior los identifica, pertenecen a los más diversos estratos sociales, a diferentes razas y a distinto nivel cultural, pero tienen entre sí una afinidad esencial que les permite reconocerse como integrantes de una misma época y son sensibles a las necesidades fundamentales de los hombres de su tiempo.

Es en relación al tiempo interior que se diferencia una generación de otra y no en relación a las costumbres, las ideas, las creencias, las formas sociales u otros aspectos de la vida exterior. Si hay algo fundamental que percibimos en nuestro mundo de hoy es que el reloj cósmico marca una hora diferente, y la angustia del hombre moderno es tener que regular y armonizar su tiempo interior con el tiempo que rige *hoy* en el universo.

En resumen, vivimos en un mundo nuevo. Hasta ayer no más nos movíamos en el campo de la estabilidad de la materia, de las concepciones mecánicas del universo y de la vida, de los cambios lentos y progresivos, de la dualidad de los pares de opuestos y de la división y desarrollo de partes separadas. A partir de la gran revolución de la era moderna nos movemos en un campo de conciencia unitaria y expansiva, de visión de totalidad e integralidad, de liberación de limitaciones y separatividades y de ansias de transformación y trascendencia.

Hoy en día han estallado los marcos convencionales del espacio-tiempo y el hombre tiene necesidad

IDEAS Y OBRAS NUEVAS

de una nueva vida, con acceso a una nueva dimensión del ser.

Es a estos cambios íntimos y substanciales, que señalan la característica de tiempos nuevos, a los que hay que prestar atención si se quiere permanecer en la línea de los hombres realmente modernos, y no a los cambios políticos y movimientos de masas a los que se da hoy tanta importancia y que no son más que cambios de segundo orden, muchos de ellos pertenecientes al viejo mundo de la separatividad y de la lucha antagónica por el predominio.

Aunque muchos hombres no se den cuenta claramente de estos cambios fundamentales que *ya* han ocurrido en el mundo, sienten sin embargo una necesidad más o menos imperiosa de revisión de conceptos, doctrinas y formas de vida que armonicen su vida individual con la realidad del universo en que viven.

II

EXPLOSIÓN ATÓMICA Y EXPANSIÓN HUMANA

El estallido del átomo y la liberación de su potencial energético no sólo es un hecho objetivo de carácter material e histórico, sino que constituye el naciente símbolo de una nueva era que se inaugura, individual y colectivamente en la humanidad, bajo el signo de la expansión, la liberación y la transformación súbita de cambios de estado.

Más aún, la explosión atómica es el resultado visible de una expansión análoga que ocurrió en la intimidad de la mente y el corazón de los padres de la civilización moderna, y esa expansión anímica traducida en efectos materiales es la que inaugura realmente la nueva era de la expansión.

Hasta no hace mucho tiempo pertenecíamos a un mundo donde los cambios de estado se realizaban con un ritmo de tiempo determinado por la estabilidad relativa de la materia. En ese marco material, nuestra mente funcionaba dentro de los límites impuestos por la razón, y las concepciones del mundo y de la vida se inspiraban en esquemas tomados de la mecánica racional; la vida del hombre se desen-

GÉRMESES DE FUTURO EN EL HOMBRE

volvía en compartimentos estancos, sobre la base de interpretaciones parciales de la realidad.

A pesar de que el mundo ha cambiado, nuestra inercia nos lleva aún a pensar con referencia a dichos esquemas y a creer que la vida es buena o mala, corta o larga, de ayer o de hoy, que estamos arriba o abajo, a la derecha o a la izquierda, que pertenecemos a un sector o a otro, o que para ser felices necesitamos tales o cuales cosas, cuando en realidad la vida plena es simplemente lo que es, con una infinidad de posibilidades.

A fuerza de dividir la vida con nuestras ideas y nuestras emociones hemos terminado por perder de vista el sentido de unidad y totalidad de la misma y, al final, hemos puesto un cerco de muerte entre la vida del hombre y la vida del universo.

Demasiados apoyos en cosas que no son propias y demasiados ideales y utopías no realizadas, dan al hombre de nuestro tiempo una sensación de insuficiencia e insatisfacción existencial, pero en su interior se mantiene vivo el anhelo de realizar la totalidad de sus posibilidades como hombre, por sus propios medios.

Por otra parte, cada vez se hace más evidente que muchas de las dificultades y conflictos existentes hoy en día en la sociedad se deben a un enfoque parcial de los problemas humanos.

Sólo una visión de totalidad, que contemple *todos* los aspectos de la vida humana, tanto materiales como espirituales, tanto los problemas del rico como los del pobre, los del blanco como los del negro, puede satisfacer las aspiraciones del hombre a desenvolverse en un nivel auténticamente humano y a lograr la plenitud de su desarrollo.

EXPLOSIÓN ATÓMICA

Nada puede ser desechado en la vida si se quiere tener una visión real de la misma y encontrar soluciones reales y no utópicas a los problemas humanos.

Esta integración del hombre individual en una totalidad que lo atrae cada vez más no puede realizarse a través de las ideologías sino a través de la vida misma y de la expansión de sus infinitas posibilidades latentes.

Llegar al centro de la vida individual, al núcleo raíz de la existencia humana y descubrir allí el verdadero poder e identidad consigo mismos y sus relaciones con el universo, he aquí el gran misterio que anhelan develar los hombres más conscientes de nuestra época.

El individuo, que ha sufrido las enormes presiones de un ciclo histórico de predominio de colectividades, se repliega sobre sí mismo, vuelve sobre su propio centro, desplaza sus energías sobre el núcleo más íntimo de su ser, con probabilidad de abrir la cárcel de su encierro material y ganar su expansión anímica, su libertad interior y su derecho a participar activamente en la vida del universo.

A este nuevo estado de conciencia individual, expansiva y participante, lo caracterizamos como egoencia del ser.

La manifestación activa de esta egoencia es la necesidad de ser libre.

Lástima grande que este ideal se transforme la mayoría de las veces en una utopía inalcanzable o en una evasión de la realidad y cuando el hombre cree haber alcanzado la meta de su liberación se encuentre ligado nuevamente a la cadena de la esclavitud.

GERMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

Los hombres que buscan su liberación sumergiéndose en la materia y haciéndose materialistas, logran una libertad exterior e instintiva pero se atan al fruto de sus deseos y a sus bienes materiales.

Los que buscan su liberación a través del idealismo viven de su ideal pero muchas veces lo hacen a costa de una evasión de las cargas de la vida y de sus propias responsabilidades, quedando presos en las redes de sus ilusiones.

La verdadera libertad no es una libertad exterior, libertad superficial, “libertad de electrones”, sino libertad interior, profunda, “nuclear”, espiritual.

Muchos sienten la necesidad de esta libertad interior pero en el fondo no se animan a hacerse cargo de la *totalidad* de sus posibilidades para conquistarla; tienen “miedo a la libertad”, como diría Fromm, y proyectan, entonces, sus anhelos a una utopía o ideal lejano o bien a una prédica de cambios exteriores y libertad para los demás que no pueden realizar para ellos mismos.

No hay que confundir la libertad exterior, la libertad instintiva, las evasiones o las utopías de libertad absoluta, con la libertad interior o libertad espiritual que es señorío sobre las esclavitudes, logrado a través del conocimiento de los propios límites y de la obediencia a las leyes del desarrollo de la vida individual y social.

El hombre de la era atómica, que ha liberado la energía ligada a la materia y ha vencido las leyes de gravitación terrestre en la conquista del espacio, debe vencer ahora la inercia de su existencia material, liberar las tremendas energías cósmicas encerradas en su mundo interior y lograr una expansión de su propia vida que lo ponga en relación

EXPLOSIÓN ATÓMICA

consciente y responsable con las leyes del universo .
Adquirirá así , una libertad real , no ideológica sino biológica , es decir , hecha carne , como nuevo estado de armonía entre la vida individual y la vida del universo que es el verdadero mundo del hombre libre del futuro.

III

LAS GRANDES CRISIS EN ESCALA MUNDIAL

Para poder ubicar mejor el surgimiento de la egoencia como valor individual en medio de la atmósfera de valores colectivos del pasado, es necesario que hagamos una breve reseña histórica de los acontecimientos más importantes que han ocurrido en el mundo, en los últimos decenios.

El impacto en la humanidad actual de las ideas renovadoras a que hemos hecho referencia en el capítulo I, ha dado como resultado un juego de luces y sombras : por una parte hay una corriente de ideas y obras nuevas , pero por otra se han exaltado las contradicciones ya existentes en la sociedad o se han generado nuevos contrastes.

En medio de doctrinas y puntos de vista tan opuestos no es fácil al hombre de esta época orientarse adecuadamente ni reconocer así no mas qué hay de nuevo o de viejo en la civilización actual , ni tomar , frente a los problemas fundamentales de la vida , una posición que armonice su conciencia individual con el desarrollo alcanzado por el mundo moderno.

Desde el punto de vista histórico , y como referencias muy generales para una comprensión de

GÉRMESES DE FUTURO EN EL HOMBRE

esta época, podemos decir que los acontecimientos más importantes, en escala mundial, que la caracterizan, son los siguientes:

1. La gran crisis de los sistemas ideológicos.
2. Las grandes crisis de enfrentamientos de grupos humanos (las guerras mundiales 1914-45, las sucesivas guerras parciales, revoluciones y conflictos: ideológicos, raciales, económicos, de desarrollo, etc.).
3. La gran revolución tecnológica.
4. La gran crisis del individuo en un mundo en rápida transformación.

1. LA GRAN CRISIS DE LOS SISTEMAS IDEOLÓGICOS. REVISIONISMO HISTÓRICO

Los hombres más esclarecidos de esta época y aun algunas instituciones tradicionales, han sentido la necesidad de hacer una profunda revisión de los sistemas científicos, filosóficos, sociales y religiosos del pasado que, en el rápido proceso de renovación cultural de la era moderna, se han mostrado insuficientes para satisfacer las ansias de unidad, universalidad y trascendencia de los hombres de nuestro tiempo.

Es como si la humanidad hubiera terminado un ciclo histórico e hiciera un examen crítico de sus sistemas de creencias y de sus instituciones con anhelo de dejar a un lado del camino las formas de vida ya realizadas y abrirse a una nueva dimensión del ser.

Desde los trabajos de Spengler, Berdiaeff, Ortega

LAS GRANDES CRISIS

y Gasset, Toynbee y tantos otros, de revisión crítica a través de la filosofía de la historia, han aparecido en lo que va de este siglo innumerables obras de sociología crítica, filosofía crítica, economía crítica, política, arte, ciencias, etc., y aún el Concilio Ecuménico inaugurado por el Papa Juan XXIII en el año 1962, movimientos todos que están en la línea de un revisionismo ideológico y doctrinario.

Los expositores más objetivos de este revisionismo se limitan a la descripción de los hechos con criterio científico. Esto se observa, sobre todo, en el campo de la sociología y de las ciencias en general: se hace la disección de la sociedad actual o de un sistema científico o de una doctrina filosófica, pero sus autores no se aventuran a exponer nuevas doctrinas o soluciones definitivas.

No ocurre lo mismo en otros campos, donde a una revisión de sistemas —que más que revisión es crítica destructiva— se acopla de inmediato otra doctrina que se considera *salvadora* pero que tiene a menudo las limitaciones de las nuevas ideologías o pasiones que la determinan.

Ambas actitudes revelan, en el fondo, un desconformismo y promueven intranquilidad en muchos seres, pero no son orientadoras: queriendo destruir lo viejo vuelven a incurrir, en otra forma, en los mismos errores que critican y, al final, o bien terminan por decepcionar a sus nuevos adeptos o por reavivar lo que intentaban combatir.

Sólo un revisionismo que esté en la línea del futuro (del futuro real, no utópico) y que contemple las verdaderas necesidades del desarrollo material y espiritual de todos los hombres, puede tener, hoy en día, verdadero poder de orientación. Esta anticipación profética del mundo nuevo proviene de la

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

ciencia, en sus más altas expresiones, y de algunas concepciones intuitivas de hombres geniales que están dando la imagen, aún incipiente, de una antropología, sociología y cosmología del futuro..

2. LAS GRANDES CRISIS DE ENFRENTAMIENTO DE LOS GRUPOS HUMANOS

No podemos decir que las guerras mundiales 1914-45, ni las sucesivas guerras posteriores o las revoluciones políticas o agitaciones raciales de la época moderna, caractericen de por sí a esta era, porque la humanidad ha conocido, desde los orígenes de la civilización, guerras mortíferas y prolongadas. Pero el enfrentamiento de los grupos humanos en escala mundial, la agudización de los problemas raciales hasta el odio y los crímenes de genocidio, así como el perfeccionamiento de los medios de destrucción en masa, constituyen, indudablemente, la manifestación más poderosa de elementos destructores que haya conocido la historia de la humanidad. Esta tremenda crisis de la convivencia y su constante actualización a través de grandes o pequeños conflictos, ya sean ideológicos, económicos o de desarrollo, ha revelado la incapacidad de las partes de pensar y sentir en términos del todo y de comprender el sentido que tienen las diversas razas, pueblos y culturas en el cuerpo de la comunidad humana.

El ideal de unidad y fraternidad entre los hombres ha permanecido siempre vivo sobre la tierra y se expresa constantemente como un anhelo que surge de las profundidades del corazón del individuo,

pero en la práctica subsiste el antagonismo y la lucha por el predominio de unos grupos sobre otros. ¿Será inconciliable la idea de unidad con la de variedad? ¿Si así fuera, qué sentido tendría, entonces, hablar de universalidad?

Dentro de la dualidad de ideas y sentimientos humanos y del desarrollo de aspectos parciales de los individuos y la sociedad, la lucha entre los opuestos y el afán de conquistar una universalidad por aniquilación de los contrarios, resulta inevitable: es la lucha entre los hermanos, Caín y Abel. No ha habido pueblo, raza o cultura que, habiendo logrado un cierto crecimiento y expansión, no haya pretendido extender su dominación a todo el mundo conocido. Sin embargo, la historia ha demostrado que tales anhelos de dominación mundial no han sido más que sueños ambiciosos. Todo hace pensar que la unidad y universalidad es algo muy distinto a esos sueños de hegemonía mundial; más aún, quizá en el reconocimiento de los límites que tienen todos los movimientos grupales y en la renuncia a aquella hegemonía, se descubra el verdadero sentido de la universalidad y de la integración de las partes en el todo.

Debiera meditarse profundamente en el hecho de que, a pesar de todas las guerras y de todas las persecuciones, a veces conducidas con propósitos de exterminio de pueblos enteros, se conserva en la humanidad una cierta proporción de razas diferentes, de religiones diferentes, de ideas y culturas diferentes, dando a entender que tal diversidad de órganos y funciones es necesaria a los fines de la vida del gran cuerpo orgánico de la humanidad. ¿Qué pasaría en un ser biológico si se extirparan tales o cuales sectores o si un órgano absorbiera

a todos los demás? Justamente, la armonía del ser vivo consiste en la persistencia, correcta función y desarrollo de cada una de sus partes. Con un criterio análogo de totalidad, las razas, los pueblos, las culturas, son como órganos que producen determinadas *sustancias* materiales, mentales, emocionales o espirituales que vierten en la circulación del organismo de la humanidad y que contribuyen a su crecimiento y madurez. Sin declararnos partidarios de las teorías que consideran a la sociedad como lo primario frente al individuo y equivalente a un organismo animal. Y utilizando solamente *analogías*, destacamos la importancia de las diferentes facetas expresivas de un *todo* humano cuya grandeza se oculta a nuestros ojos sin que ello justifique ninguna pretensión de grupos o ideologías de hacerse intérpretes de esa totalidad y de querer regir los destinos del mundo. Una cosa es la totalidad y la universalidad (universo : unidad en la diversidad) y otra muy diferente el totalitarismo. El totalitarismo, bajo cualquier aspecto con que se presente, no sólo es contrario a toda ética sino a toda biología.

Ese descubrimiento del cuerpo místico de la humanidad, como un todo, vigorizará el respeto a cada uno de sus miembros, y la filiación de fraternidad encontrará un nuevo sentido, más profundo, por la conciencia participante del ser individual en ese todo. Las mismas guerras, al hacerse mundiales y poner en contacto estrecho grupos diferentes y totalmente desconocidos entre sí, parecen haber avivado, por participación en el sufrimiento colectivo, esa raíz oculta de un común origen que el solo ideal de fraternidad no alcanza muchas veces a poner de manifiesto. En efecto, a pesar del alto precio pagado por la destrucción, se hace sentir cada vez con más fuerza

LAS GRANDES CRISIS

en el mundo, un movimiento en procura de mayor comprensión entre los pueblos, las razas y los individuos, con miras a lograr mayor respeto frente a las diferencias que los caracterizan y a conquistar, pese a las mismas, mejores relaciones humanas.

3. LA GRAN REVOLUCIÓN TECNOLÓGICA. LA AUTOMACIÓN. LA CONQUISTA DEL ESPACIO

A la primera revolución industrial, a fines del siglo XVIII, sucedió la automatización y, después de la segunda guerra mundial, el comienzo de la automación con la creación de grandes centros industriales autónomos dirigidos y controlados por sí mismos. En una escala mucho mayor que en la era del maquinismo del siglo pasado, diversas actividades realizadas hasta hace poco exclusivamente por el hombre, pasan a ser ejecutadas con igual o mayor eficacia por las computadoras y los robots industriales.

Si bien es cierto que muchos temen al fantasma del desplazamiento en masa de la mano de obra humana y el consiguiente desajuste económico social, hay quienes piensan que la automación constituye, justamente, una de las posibilidades más extraordinarias de liberación, en escala colectiva, de la humanidad. Así como el organismo biológico ha conquistado, a través de la filogenia, la automación de importantes funciones como la digestión, la circulación de la sangre, la temperatura corporal, etc., que han quedado bajo el control de pequeños centros autónomos cerebrales —*computadoras biológicas*— así también la sociedad humana podría libe-

GÉRMEENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

rarse de la pesada carga de mantenimiento de procesos elementales para su subsistencia material y utilizar la energía libre para nuevas conquistas espirituales. Si el organismo del hombre tuviera que aplicar sus reservas energéticas al mantenimiento consciente de sus funciones vegetativas, no serían posible el pensamiento ni los vuelos del espíritu. En forma análoga, por más hermosos que sean los ideales de liberación espiritual prometidos a la humanidad, difícilmente puedan lograrse si los hombres están agobiados por el mantenimiento y regulación de funciones subalternas.

Pero queda un interrogante para muchos estudiosos de la automatización: ¿Qué hará el hombre con su tiempo libre? Dice Woodbury: “Socialmente, el fin de la automatización consiste en la emancipación de millones de personas del embrutecedor trabajo pesado. Su finalidad no es la ociosidad. Por el contrario, si el tiempo libre es dedicado a un mejoramiento real de la mente y el espíritu, no existe prácticamente límite alguno para los progresos que la automatización pueda realizar”.¹

Llama la atención que la conquista del *espacio* se haya producido dentro del mismo proceso de desarrollo que ha traído como consecuencia la liberación de nuevas energías y una mayor liberación del *tiempo* libre. El espacio cósmico y el propio mundo interior se abren ante los ojos del hombre moderno como nuevos campos de experimentación: un mundo nuevo para un hombre nuevo. Sólo una pasión profunda por el conocimiento del mundo y de sí mismo puede salvar al hombre del aburrimiento

¹ D. O. Woodbury, *Alcances de la automatización*, La Isla, Buenos Aires, 1959, p. 301.

LAS GRANDES CRISIS

o de la muerte en el mar de energías que él mismo ha liberado. Teilhard de Chardin pinta con trazos vigorosos la imagen de esta tierra prometida que hoy es ya una realidad para muchos hombres: “Una tierra en la que los ocios siempre crecientes y el interés progresivamente en suspenso hallarán su salida vital en el acto de profundizarlo todo, de ensayarlo todo y de continuarlo todo. Una tierra en la que los telescopios gigantes y los fisuradores de átomos van a absorber mucho más oro y van a suscitar más admiración espontánea que todas las bombas y todos los cañones. Una Tierra en la que, ya no sólo para el ejército agrupado y subvencionado de los investigadores, sino para el hombre de la calle, el problema del día será la conquista de un nuevo secreto o de una nueva potencia arrancados a los corpúsculos, a los astros o a la materia organizada. Una Tierra en donde, como ya está aconteciendo, se dará la vida para saber y para ser, mucho más que para poseer”.²

4. LA GRAN CRISIS DEL INDIVIDUO EN UN MUNDO EN PROCESO DE RÁPIDA TRANSFORMACIÓN

¿Cómo repercuten en la intimidad del hombre todos estos grandes cambios que se han realizado y que continúan realizándose en escala mundial?

El revisionismo de los sistemas ideológicos llamados *viejos*, *caducos*, satisface la inquietud intelectual de una juventud que se precia de estar a la altura de su época despreciando los aportes de

² Pierre Teilhard de Chardin, *El fenómeno humano*. Taurus. Madrid 1965, p. 334.

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

la tradición, pero si dicha revisión se mantiene en un nivel exclusivamente descriptivo y crítico sin ofrecer soluciones renovadoras, desemboca en un escepticismo frente a la sociedad y a la vida.

Por el contrario, si dicha revisión se encara como un movimiento destructor de viejos valores frente a los cuales se oponen ideas o sistemas *salvadores*, los individuos se aferran a estos estándares con la fuerza del entusiasmo por lo nuevo pero no tardan en sentirse desilusionados si aquellos sistemas no satisfacen sus propios deseos.

Por su parte, el enfrentamiento destructivo de grupos humanos antagónicos, las guerras, las revoluciones, las persecuciones de las razas y los pueblos, han llevado a los más fanáticos a perseverar en sus esfuerzos de represión y destrucción de aquellos a quienes consideran sus enemigos y a muchos hombres bien intencionados a dudar de la real capacidad de amar de la humanidad o a creer que han sido vanos los esfuerzos y el sacrificio de tantos mártires y grandes seres que han demostrado con la ofrenda de sus vidas su gran amor por los demás.

Finalmente, la revolución tecnológica, al crear nuevos sistemas de producción automatizada y organizaciones en masa cada vez más perfectas, ha ido poco a poco socavando la confianza del individuo en ciertas virtudes que se consideraban importantes para el éxito en la sociedad preindustrial o aun en la era industrial, como la artesanía, la libre iniciativa, la libre competencia y otras tantas habilidades y valores individuales que aún tiene la ilusión de poseer pero que las grandes organizaciones le van discutiendo poco a poco y donde la relación personal puede quedar reducida a la ficha de identificación de una función o un rendimiento,

LAS GRANDES CRISIS

En resumen, si los sistemas ideológicos que servían de base a una cierta concepción del mundo y de la vida son de pronto puestos en tela de juicio, si las acciones de lucha antagónica entre los hombres desmienten los ideales más hermosos acerca del amor y la fraternidad, y si el ser individual se siente cada vez más desubicado en medio de una sociedad superorganizada, no es extraño que muchos *pierdan la cabeza* o sufran, como dice Ortega³ aquella *desorientación vital* que les impide —rotos los antiguos esquemas o resquebrajado el *anden régime* —restablecer un nuevo equilibrio existencial sobre la base de nuevos valores acordes con un mundo nuevo.

³ José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, Revista de Occidente, Madrid, 1956, ps. 31 a 83,

IV

DUALIDAD E INTEGRACIÓN

Para poder comprender, aunque sea someramente, todas estas crisis en esdala mundial, debemos darnos cuenta que el ciclo de lo que podríamos llamar la civilización racional se basa, fundamentalmente, en el principio de una dinámica de pares de opuestos y de desarrollo de aspectos parciales de la realidad.

Toda esta maravillosa civilización que conocemos ha dado por resultado, en los diversos campos de la actividad humana, el conocimiento y desarrollo de las partes , pero se ha perdido de vista el todo . La ciencia , la filosofía , la biología , la economía , la política , todo está bajo el signo de la dualidad y de la lucha de los opuestos.

La premisa de la filosofía racional de dividir el todo en sus partes, a los fines de facilitar el conocimiento de las mismas y luego reconstruir el todo por la suma de dichas partes, sólo resultó valedera para las llamadas agregaciones sumativas, es decir, aquellos conjuntos tales como un montón de arena que pueden explicarse por el conocimiento de cada uno de sus elementos, pero no así para las totalidades que tienen un valor de unidad y totalidad de por sí.

GÉRMESES DE FUTURO EN EL HOMBRE

En medicina, por ejemplo, por el estudio de los órganos y funciones aisladas se intentaba comprender el funcionamiento del organismo, pero el organismo es una totalidad biológica que no puede ser comprendida por la suma de sus partes constitutivas.

En física, por el conocimiento de los presuntos elementos fundamentales, los átomos, se intentaba explicar las propiedades de la materia. Y así ocurría en las demás ciencias.

Lo mismo pasa en la sociedad humana. Las razas y los pueblos desarrollan sus culturas parciales, entran en conflicto unos con otros y luego intentan reunirse en federaciones, mercados comunes, sociedad de naciones, con miras al logro de la unidad, pero mientras los hombres se mantengan en espíritu de separatividad, dicho ideal es imposible de lograr.

La nueva era que hemos iniciado se gesta bajo un nuevo signo, no ya el de la dualidad y desarrollo analítico de las partes, es decir de una dialéctica que tiende a la síntesis sin lograrla, sino del principio de integración que parte de la totalidad con miras a comprender las partes y que no excluye la dualidad sino que la incluye en el todo y la comprende a partir de éste.

El ciclo de la civilización pasada se desenvolvía bajo el signo de la división y la separatividad; el ciclo actual bajo el signo de la unidad e integralidad.

El nuevo estado de conciencia que caracterizamos como de síntesis e integración ha tomado formas expresivas en muchos hombres de ciencia, filósofos y almas simples, dando nacimiento en sus respectivos campos de influencia a corrientes renovadoras animadas del mismo espíritu de unidad e integralidad.

DUALIDAD E INTEGRACION

Examinemos a continuación algunas de las expresiones de este movimiento contemporáneo de renovación.

1. DUALIDAD E INTEGRALIDAD EN EL CAMPO FILOSÓFICO . LAS ANTINOMIAS EXISTENCIALES Y LA UNIDAD DEL SER

Las filosofías del pasado se caracterizan, en sus construcciones sistemáticas, por establecer, en forma explícita o implícita, formulaciones duales y contradictorias acerca del hombre, del universo y de la vida.

A partir de estas bases que postula la razón se intenta llegar a lo universal, pero dicha pretensión de síntesis queda generalmente a medio camino.

La historia de la filosofía nos muestra innumerables sistemas con una base aparentemente sólida, desde la cual parecería posible llegar al vértice de la comprensión total de los problemas planteados y que, al final , quedan como pirámides truncadas . Es que el esquema racional sobre el que se basan tiene sus límites y las conclusiones que se obtienen no van más allá de las posibilidades de sus propios principios.

La insuficiencia de tales sistemas, por otra parte, da origen, como reacción, a construcciones que parten de puntos de vista contrarios y desembocan en conclusiones también parciales.

O las filosofías del ser o las del no ser; de la afirmación o negación del mundo y de la vida.

O las filosofías de la esencia o las de la existencia.

O las filosofías materialistas o espiritualistas; el realismo o el idealismo.

Sobre la base de estas filosofías duales, de contradicción de pares de opuestos, se han fundado las ciencias de la naturaleza y del espíritu de la era racional.

Los planteos de orden científico, filosófico, social y aun religioso formulados sobre dichos principios han permitido lograr conocimientos parciales, pero como consecuencia lejana se ha mantenido una serie de antinomias irreductibles: el bien y el mal; el individuo y la sociedad; lo inmanente y lo trascendente; lo divino y lo humano.

Si bien es cierto que dicha dualidad y parcialidad fue útil a los fines del conocimiento en una época del desarrollo de la civilización, hoy en día, a nivel de la vida, dicho dualismo conceptual se transforma en una dicotomía existencial generadora de lucha permanente.

Ya Ortega y Gasset, en el primer cuarto de este siglo, al hacer el examen crítico de la filosofía racionalista de su época, encontraba una serie de contradicciones tales como realismo-idealismo, racionalismo-vitalismo, cultura-vida, que aparecían incompatibles con el *sentir vital* de las nuevas generaciones: “Ni el absolutismo racionalista —que salva la razón y nulifica la vida—, ni el relativismo, que salva la vida evaporando la razón. La sensibilidad de la época que ahora comienza —dice— se caracteriza por la insumisión a este dilema. No podemos satisfactoriamente instalarnos en ninguno de sus términos”.⁴

⁴ José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, Revista de Occidente, Madrid, 1956, ps. 31 a 83.

DUALIDAD E INTEGRACION

Las transformaciones logradas por la humanidad en su desenvolvimiento histórico, hacen que aquellos postulados de una filosofía dual que satisfacía a las generaciones anteriores, sean ahora inadecuados y surja la necesidad de una filosofía integral, más acorde con las necesidades de totalidad, síntesis y universalidad que sienten los hombres de nuestro tiempo.

Núñez Regueiro, al enfocar el integralismo filosófico y destacar la necesidad de un nuevo método que amplifique la visión estrecha suministrada por la razón, dice: “Para adoptar esta actitud de integralismo, supónese como insuficiente el camino clásico recorrido de una razón que sigue siendo la misma que descubrieron los griegos, porque al no haber progresado, no quiere, según cierto positivismo estrecho, invadir el mundo invisible e indemonstrable. De ahí la necesidad de una razón integral o restaurada a sus verdaderos y universales dominios que abarque todos los conjuntos del ser, del conocer, del sentir, del pensar y del querer. Ninguna relación debe ocultársele, agrandándose su facultad de percibir las conexiones entre las cosas por una mayor agudeza espiritual, por una penetración más profunda y prolija de la realidad. La luz de la razón integral sería capaz de percibir nuevas relaciones que por la simple y débil razón común no podemos conocer”.⁵

Trascendiendo las construcciones sistemáticas de la filosofía racional y la dualidad de una metafísica realista o idealista, la filosofía moderna, a partir de Kierkegaard, Ortega, Heidegger, Max Scheler,

⁵ M. Núñez Regueiro, *Tratado de filosofía general*, El Ateneo, Buenos Aires, 1947, p. 93.

Bergson, desemboca en una *filosofía de la vida* o de la totalidad de la existencia humana.

El giro de ciento ochenta grados producido en la historia de la filosofía desde una ontología parmenídica del ser quieto, fijo, a una metafísica de la existencia o de la vida, tornan insuficientes los conceptos de la lógica aristotélica para describir este nuevo objeto metafísico que es la vida.

Dice García Morente: “La vida es sujeto y también objeto y también es y no es; y hay en la vida una cantidad de variantes y de diversidades tan grande, que ningún concepto estático, quieto, ningún concepto ahistórico, antihistórico, será capaz de reproducirla. Por eso hacen falta conceptos flexibles, conceptos históricos, conceptos que permitan la variabilidad, la no identidad. Y existen estos conceptos en nuestra mente”.⁶

Los problemas fundamentales de la filosofía: el ser, el no ser, el yo, el mundo, la libertad, el determinismo, la nada, la muerte, Dios, en lugar de ser examinados desde el punto de vista absoluto de la idea de ser o de no ser., son examinados en las nuevas corrientes filosóficas desde el punto de vista de la existencia concreta del hombre.*

Si bien esta nueva postura o punto de partida fija a algunos filósofos en un humanismo intrascendente, permite a otros espíritus más abiertos lograr una concepción amplia y dinámica del mundo y de la

⁶ Manuel García Morente, *Lecciones preliminares de filosofía*, Losada, Buenos Aires, 5ª ed., 1952, p. 392.

* Utilizaremos de aquí en adelante los términos *existencia*, *existencial*, *filosofía de la existencia*, en su acepción técnica de filosofía de la vida o de la totalidad de la existencia humana, sin relación a ninguno de los sistemas llamados existencialistas.

DUALIDAD E INTEGRACION

vida y una conciliación de lo trascendente y lo inmanente a través de nuevos valores superracionales y transvitales.

2. DUALIDAD E INTEGRALIDAD EN EL CAMPO CIENTÍFICO.

EL UNIVERSO DE LA LÍNEA RECTA Y LOS "UNIVERSOS PARALELOS"

Desde fines del siglo XIX se hacía sentir en el campo científico una verdadera *crisis de la razón*, no en el sentido de que la razón se hubiera revelado inútil, sino simplemente insuficiente para dar respuesta a los más graves problemas del hombre y del universo que la misma razón se había planteado.

El método racional, como ya dijimos, había dado sus frutos inestimables en la comprensión analítica de los hechos, había descompuesto el todo en sus partes más elementales, pero se había demostrado incapaz de revelar la totalidad en sí misma y de encontrar el sentido que tenían esas partes en el conjunto.

Un nuevo método, apoyado en la intuición intelectual y emotiva y con arraigo en una sensibilidad más fina que armonizaba los valores intelectuales y no intelectuales, venía a integrarse con el método científico experimental que se había mostrado tan fructífero en el campo de las ciencias naturales hasta entonces.

En la física teórica, Einstein inicia en los primeros años de este siglo una era renovadora, no precisamente a través de nuevos descubrimientos surgidos del análisis, sino de la intuición de las leyes

más generales que rigen la totalidad del universo. En un discurso pronunciado en la Sociedad de Física de Berlín, dijo: “La más alta misión del físico es, pues, la investigación de estas leyes más generales para llegar, por simple deducción, a la imagen del mundo. Ningún camino lógico conduce a estas leyes elementales: solamente la intuición apoyándose en el sentimiento de la experiencia, conduce a ellas. El estado sentimental que hace apto para semejantes acciones se parece al de los religiosos o de los amantes”.⁷

Aun en un campo como el de las matemáticas, donde el silogismo racional constituye el fundamento metódico de la demostración, el método intuitivo o razonamiento por analogía, surge como indispensable para el descubrimiento de nuevas leyes. Deltheil, refiriéndose a “La Analogía en Matemáticas”, dice: “...su importancia es inmensa como instrumento de descubrimiento. La historia de las matemáticas suministra numerosos ejemplos de progresos importantes realizados gracias al descubrimiento de analogías sugestivas entre hechos que hasta entonces parecían completamente independientes”.⁸

Esta nueva visión intuitiva permitió, por una parte, aprehender la unidad subyacente a hechos concebidos hasta entonces como separados y, por la otra, descubrir *otros universos*, con otras leyes.

Así surgen en física las concepciones unitarias de espacio-tiempo, de los espacios *no dimensionales*, del

⁷ A. Einstein, *Cómo veo el mundo*, Cultura, Santiago de Chile,

1935.

⁸ Robert Deltheil, “La analogía en matemáticas”, en: *Las grandes corrientes del pensamiento matemático*, de François Le Lionnais, Eudeba, Buenos Aires, 1962, p. 50.

DUALIDAD E INTEGRACION

espacio curvo y aun la posibilidad de una ecuación del campo unificado.

En geometría, al lado de los clásicos postulados, de Euclides, surgen las geometrías de Lobachevski y Rieman, no euclidianas y, en matemáticas, las teorías de conjuntos.

Todas estas ideas suponen un alto grado de generalización y para comprenderlas no basta el conocimiento de la técnica sino el de un nuevo instrumento mental que pueda trascender el esquema clásico de un universo de tres dimensiones y de espacio y tiempo absolutos.

En biología, a las teorías clásicas que interpretaban al ser vivo como un agregado de elementos celulares constituidos por sistemas fisicoquímicos complejos sujetos a un determinismo rígido, sucede una nueva concepción de totalidad biológica según la cual las leyes de la mecánica y de la fisicoquímica se muestran insuficientes para explicar el proceso de la vida.

Von Uexküll, uno de los más distinguidos representantes de la nueva biología, dice: “La ciencia natural no posee las condiciones elementales necesarias para el conocimiento real de la vida. Un factor inmaterial o supermecánico es inaccesible a todos los métodos de las ciencias naturales”.⁹

Las experiencias de Hans Driesch, von Uexküll, Carrel y otros, modifican por completo las antiguas ideas y sientan nuevas bases para una ciencia genuina de lo viviente, sobre los principios de totalidad, finalidad y estructura conforme a plan. Según estos conceptos el organismo no se constituye

⁹ J. B. Uexküll, *Ideas para una concepción biológica del mundo*, Calpe, Madrid, 1922.

por la suma de las células sino, como dice Driesch, “es el todo el que se sirve de las células”.¹⁰

En psicología, a partir de los trabajos de Freud y sus discípulos, un nuevo mundo, el subconsciente, se incorpora al campo psíquico conocido hasta entonces y se amplía con ello la imagen que el hombre tenía de sí mismo.

Por otra parte, a la antigua concepción elementarista de la psicología clásica, sucede la teoría de la forma o de la *gestalt*, vinculada a los nombres de Wertheimer, Kóhler, Koffka, Lauretta Bender y Paúl Schilder, que interpreta los fenómenos psíquicos como totalidades indivisibles y no como la suma de elementos aislados, sensaciones o ideas. Dice Wertheimer: “Formas son conjuntos cuyo comportamiento no se determina por la conducta de sus elementos individuales sino por la naturaleza íntima del conjunto”.¹¹

En medicina, las clásicas concepciones de Virchow acerca de la patología celular y las interpretaciones organicistas de la enfermedad, son reemplazadas en la actualidad por una corriente de tendencia integral que, bajo los nombres de medicina psicosomática o medicina de la persona, parte de la totalidad psicofísica y espiritual del hombre en la interpretación de la patología y la clínica y no de las lesiones elementales de las células o de los órganos.

Esta tendencia a la totalidad, que acabamos de revisar muy someramente en los campos de la filosofía y la ciencia, ha alcanzado un vuelo aún mayor cuando la visión de totalidad pretende abarcar lo

¹⁰ Hans Driesch, *La philosophie de l'organisme*, M. Rivière, París, 1921.

¹¹ David Katz, *Psicología de la forma*, Espasa-Calpe, Madrid, 1945.

planetario, lo cósmico, lo universal, es decir, cuando la ciencia y la filosofía se proyectan desde una antropología hacia una cosmología.

Muchos problemas de la vida humana, encarados hasta ahora desde un punto de vista antropocéntrico, sólo podrán ser comprendidos desde un punto de vista cosmogónico.

Teilhard de Chardin es uno de los destacados representantes de una cosmología aún incipiente que, liberándose de sus compromisos metafísicos y teológicos del pasado, quiere proyectarse como verdadera ciencia en el futuro.

Para constituir esta cosmología del futuro hace falta un nuevo método y un nuevo instrumento mental de exploración o de *visión* del cosmos que haga posible percibir o vislumbrar dicha totalidad cósmica, no bajo la forma de un nuevo esquema racional de interpretación del mundo (*Weltanschauung*), sino de una intuición en profundidad de la vida del universo.

La imagen del hombre futuro, de la humanidad futura, de la sociedad del futuro y los nuevos valores de realización del hombre en el futuro, no pueden surgir como una consecuencia lógica del pasado y dentro de la misma dimensión de vida sino como consecuencia del futuro mismo: visión profética de la ciencia y de la filosofía.

Hoy en día hay dos corrientes de pensamiento en cuanto a la interpretación de la historia y de la vida que se diferencian, sobre todo, en su relación con un vector de tiempo: una que intenta descubrir y realizar un futuro sobre la base del pasado y otra que intuye el futuro desde su origen en el futuro mismo.

Es decir, a los clásicos métodos de conocimiento

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

racional por deducción e inducción ,debemos agregar ahora un nuevo método que podemos llamar pro fético y que ,debidamente perfeccionado ,podrá constituir un verdadero *radar* de la ciencia y filosofía del futuro.

Ya veremos más adelante ,al hablar de la crisis del individuo en el mundo actual, cómo estas dos actitudes del pensamiento tienen hoy en día plena vigencia en el campo de la vida.

3. DUALIDAD E INTEGRALIDAD EN EL CAMPO DE LA VIDA INDIVIDUAL. LA INTEGRACIÓN VITAL. EL NACIMIENTO DEL INDIVIDUO

El desarrollo de la razón no solamente ha originado un tipo de pensamiento que analiza y divide la realidad sino que ,al convertirse de medio en fin ,ha dividido la propia vida y ha creado un tipo humano dividido ,*especializado* en alguna de sus funciones vitales.

Las antinomias existenciales a que hemos hecho referencia son ,en realidad ,expresiones de antinomias vitales ,escisión de la vida ,contradicciones autodestructivas . De ahí que en esta época surja en muchos hombres un clamor profundo de integración, una necesidad de reconstruir la unidad dentro de sí mismos, de volver a las fuentes de la vida en su interior ,porque se presiente que en lo íntimo del ser hay un germen desconocido , un valor fundamental ,que hace posible dicha integración . Esta integración vital y existencial es condición básica de toda nueva posibilidad de concepción integralista de la cultura . Es decir, no puede haber una integración en

las ciencias, la filosofía, la sociología, la economía, si los hombres intérpretes de esas formas culturales no han logrado una integración vital. En resumen, a partir de la integración vital podemos pretender una cultura integralista.

El tipo humano desarrollado en los aspectos parciales de la inteligencia, emotividad o acción, forma una *personalidad*, es decir, una estructura de valores humanos de por sí que, a manera de máscara, vela la intimidad real del ser. En cambio, la integración vital da origen al *individuo* (■= indiviso, indivisible), cuya más alta expresión caracterizamos como egoencia del ser.

Si la sociedad superorganizada desafía los anhelos de individuación del hombre con una presión de lo colectivo sobre lo individual procedente del mundo exterior, dicho desafío se realiza también desde el interior, desde el inconsciente colectivo poblado por imágenes arquetípicas muy poderosas que mantienen *ligado* al ser hasta que, por amor a la libertad, nazca a una nueva existencia individual.

C. G. Jung, al tratar sobre la individuación, hace surgir al individuo del inconsciente colectivo como resultado de un proceso psíquico. Pero, en realidad, lo psíquico es sólo la matriz inmanente de una gestación cuyo otro polo es espiritual y trascendente. Cabe a Jung el mérito de haber señalado, por lo menos, el camino de la individuación y la posibilidad del yo personal de incorporarse al verdadero centro del psiquismo individual al que califica como *Sí Mismo* o *Mismidad*. Dice Jung: “Individuación significa conversión en individuo y, si por individualidad entendemos nuestra más íntima particularidad o singularidad última e incomparable, conversión en el sí mismo, individuación, podría traducirse tam-

bién por autificación o por realización del sí-mismo". Y, al referirse al sí-mismo, dice: "Entre el sí-mismo y el yo existe la misma relación que entre el sol y la tierra. La idea de un sí-mismo es ya en sí un postulado trascendente que, si bien puede justificarse psicológicamente, no se puede demostrar de un modo científico".¹²

A pesar de que esta diferencia entre personalidad e individuo esté aún poco definida en la psicología de Jung y que el llamado *Si-Mismo* (*Selbst*) pueda ser interpretado de distinto modo, la idea de una síntesis suprapersonal, del nacimiento del individuo y su desarrollo (individuación) y de un reencuentro del hombre consigo mismo, constituyen las bases de una nueva psicología dinámica del futuro.

Si ha de surgir una civilización de tendencia integral, dicha cultura tendrá que asentarse sobre la base de un valor de integración individual, vital y trascendente y de ninguna manera sobre tentativas de integración ideológica, porque todas las ideologías, por su propia naturaleza, están dentro de un campo dual, a pesar de sus pretensiones en contrario. De ahí el fracaso de los intentos de universalidad de muchas corrientes filosóficas, sociales, económicas, políticas y aún religiosas, pese a sus mejores deseos, porque tratándose de ideas-sentimientos enraizados en el campo dual en que habitualmente se desenvuelve la vida de la personalidad, conducen a resultados parciales y contradictorios. Sólo la trascendencia a ese campo permite vislumbrar lo universal. Lo universal, en resumen, no puede surgir de una simple

¹² C. G. Jung, *El yo y el inconsciente*, Epoca, Santiago de Chile, ps. 183 a 186,

DUALIDAD E INTEGRACION

ampliación de la conciencia común sino de una trascendencia de la misma. Por otra parte, la solución de las antinomias existenciales a través de una síntesis resolutive de valores en el orden individual, es algo muy diferente de la lucha dialéctica entre los opuestos que caracteriza a los movimientos colectivos.

Hoy en día existe un ansia de unidad y universalidad en muchos hombres que se asfixian entre los pares de opuestos de las filosofías contradictorias y quieren encontrar una salida real que no encuentran a través de la lucha entre ideas y sentimientos contrarios de un devenir-estático, por paradójico que parezca el término, pues dicha dinámica lleva al final de cuentas a un agotamiento de energías y a una *entropía existencial*. Esta necesidad de unidad tiene ya expresiones concretas en muchos seres sinceramente interesados en pensar, sentir y actuar, no por identificación con determinada ideología, credo, partido, raza, sino en virtud de una identificación consigo mismos que les dé una proyección universal.

Lo individual, como expresión genuina del ser, cobra en la actualidad una gran jerarquía al agotarse el ciclo de una civilización que ha acentuado los movimientos de grandes organizaciones en masa. Pero, entendámonos bien: de ninguna manera hablamos del individuo como de aquel ente aislado, interesado solamente en su propio desarrollo con prescindencia de la sociedad en que vive (individualismo) sino del ser que, por expansión de su conciencia, participa de *todos* los aspectos en que se manifiesta la vida humana. Se trata de una nueva concepción del individuo que empieza a abrirse paso, inclusive en las ciencias físicas, con especial referencia a las partículas subatómicas, que ya no se consideran como

entes aislados sino coextensivas, por su campo, con todo el universo. Se retoma, en resumen, el antiguo concepto de un microcosmos que refleja y manifiesta en alguna medida el macrocosmos.

El individuo, desde el punto de vista de la egoencia del ser, tiene un valor en sí; participa del fluir fenoménico psicosomático y social, pero trasciende dichos campos a través de su propia libertad interior. La realización de esta individualidad no tiene nada que ver con lo que se llama habitualmente autorrealización, conocimiento de las profundidades del psiquismo o despertar de poderes latentes, que traducen actitudes humanistas de desarrollo de posibilidades por esfuerzo propio y que, en última instancia, son formas más o menos sutiles de autoafirmación y exaltación de valores personales, es decir, realizaciones unilaterales.

El individuo nace y se desarrolla cuando la personalidad, al tomar conciencia de su destino divino, entra en una relación analógica y de correspondencia con él. Volvemos nuevamente a este punto clave del proceso de individuación, a este cruce de caminos en el devenir existencial, que pertenece al destino individual del alma y a la intimidad más profunda del ser y que tiene, por lo tanto, un carácter espiritual y no psicológico. Para tener una vislumbre de lo que es este nacimiento no hay que guiarse por la literatura psicológica del presente, que todo lo reduce a un análisis de complejos o a mecanismos de maduración o adaptación al ambiente, sino habría que guiarse por el simbolismo tradicional, la literatura sagrada y la experiencia de quienes conocen el camino de la liberación interior. Mucho se ha hablado y escrito acerca de este segundo nacimiento, de este despertar a la conciencia de sí mismo o a la concien-

cia cósmica: muchos lo consideran el resultado de paciente ejercitación en el dominio de los sentidos, de las emociones, de los pensamientos; otros de la capacidad de amar, o de la acción sin apego, o de un determinado método de vida, modalidades todas de una ascética que puede ser muy buena para unos y contraproducente para otros. Pero hay algo que es más importante que todo lo anterior y que constituye el complemento indispensable de toda ascesis, de todo esfuerzo individual para conquistar la liberación, y es la correspondencia divina, ese *quid* misterioso que en el lenguaje de la tradición mística se designa como Gracia.

El nacimiento a la individuación es un *misterio* que se produce en la intimidad del ser por la conjunción de una corriente humana en ascenso, que se esfuerza por alcanzar los más altos niveles de desarrollo, y una corriente divina que desciende desde las altas cumbres en procura de un enlace substancial con aquella. Esta corriente de origen divino, que se cede por Gracia a todos aquellos que estén en condiciones de recibirla, es una energía cósmica que, como levadura en la masa, promueve el crecimiento y transmutación de los valores humanos.

Arnold Toynbee, quien en su *Estudio de la historia* ha dedicado todo un volumen al crecimiento de las civilizaciones, asigna especial importancia como gérmenes vivos de este crecimiento, a los místicos, sobre todo a quienes después de haber alcanzado las alturas de la contemplación por su *retiro* del mundo, han *regresado* al campo de la acción para brindar a sus semejantes el fruto de la experiencia realizada.¹³

¹³ Arnold J. Toynbee, *Estudio de la historia*, Emecé, Buenos Aires, 1961, vol. III, p. 268.

GÉRMESES DE FUTURO EN EL HOMBRE

Teilhard de Chardin, por su parte, destaca la potencia de la energía espiritual expresada en el amor, en el desarrollo de las formas más elevadas de la vida universal y el valor que tiene la custodia y transmisión del amor divino por la participación activa del hombre: “Bajo la influencia de pasiones geniales como las de un Pablo, un Agustín o una Teresa, —dice— la teoría y la práctica del Amor total no han dejado nunca, desde Cristo, de precisarse, de transmitirse y de propagarse”.¹⁴

En resumen, la integración vital se produce en la intimidad del ser por la unión de lo humano con lo divino y de esta unión nace el individuo como un nuevo germen en expansión.

4. DUALIDAD E INTEGRALIDAD EN EL CAMPO ESPIRITUAL.

LO HUMANO Y LO DIVINO. LOS MENSAJES ESPIRITUALES DE LA ERA MODERNA.

A pesar de que la Divinidad subyace naturalmente en las profundidades de la conciencia humana, y que tanto la Revelación como la Tradición Espiritual mantienen viva sobre la tierra la idea de lo divino, el desarrollo de la razón y del poder del hombre lo han llevado a creerse autosuficiente, y se ha establecido entre lo humano y lo divino un abismo difícil de cruzar.

Sin embargo, coincidiendo con las grandes crisis ideológicas y existenciales de la era moderna, se ha hecho sentir entre los hombres cada vez con más fuerza un ansia de renovación espiritual, de búsqueda interior de lo divino y de reencuentro de la

¹⁴ Pierre Teilhard de Chardin, *La energía humana*, Taurus, Madrid, 1963, p. 171.

DUALIDAD E INTEGRACION

personalidad con los valores esenciales y trascendentes de la vida.

Aun el auge del materialismo y su corriente destructora de valores tradicionales, ha actuado en muchas almas como un fenómeno de erosión que, quitando la corteza de ciertas formas envejecidas, ha dejado al descubierto el fondo naturalmente espiritual del hombre. Es, como dice Simone Weil, un materialismo purificado.¹⁵

En psicología, la imagen del hombre condicionado, ya sea por el instinto (Freud), por la sociedad (Adler) o por los arquetipos del inconsciente colectivo (Jung), es reemplazada en la moderna psicología de la persona por una totalidad de cuerpo, alma y espíritu donde el espíritu trasciende el complejo psicofísico y otorga al hombre su verdadera dignidad y ubicación.¹⁶

Por otra parte, en diversos campos de la cultura se hace sentir un renovado interés por el conocimiento de las varias formas de expresión artística, religiosa y social de los pueblos, con una tendencia cada vez mayor a vislumbrar el fondo de inspiración común que las anima antes que las facetas exteriores y contingentes que las diferencia. Es digno de señalar, al respecto, el estudio de Northrop sobre las ideologías de Oriente y Occidente sobre las bases de una filosofía de las culturas y una filosofía de la ciencia.¹⁷

La interpretación racional de las ideas espirituales

¹⁵ Simone Weil, *La gravedad y la gracia*, Sudamericana, Buenos Aires, 1953.

¹⁶ Viktor E. Frankl, *El hombre incondicionado*, Planin, Buenos Aires, p. 153.

¹⁷ F. S. C. Northrop, *El encuentro de Oriente y Occidente*, E.D.I.A.P.S.A., Méjico, 1948.

fundamentales y su estructuración a través de formas dogmáticas y sistemas filosóficos, tanto en Oriente como en Occidente, ha creado tal diversidad de doctrinas que también en este campo la lucha de los opuestos, las contradicciones formales, la lucha ideológica y la *guerra santa*, han caracterizado durante siglos la historia del desenvolvimiento de las ideas espirituales en el mundo.

Pero la vuelta a la síntesis también se ha hecho sentir aquí, con la esperanza de encontrar aquel *campo unificado* a través del cual puedan comprenderse los aspectos parciales de las religiones y filosofías existentes.

Desde el punto de vista histórico, a un primer movimiento de influencia cultural cristiana en Oriente por obra de los misioneros, se produce, desde mediados del siglo pasado, una corriente de influencia de las ideas espirituales del Oriente hacia el Occidente.

Los trabajos de Schopenhauer, Max Müller, René Guenon, André Maurois, Mircea Eliade, Albert Schweitzer y otros, han permitido al público culto de Occidente conocer mejor el pensamiento de la India y las formas de su cultura espiritual.

En estos últimos tiempos la difusión de algunos aspectos del budismo Zen ha hecho conocer el trasfondo espiritual de la China.

Por otra parte, desde comienzos del siglo XIX, destacados pensadores, poetas, filósofos y místicos de la India se interesaron por la cultura y religiones de Occidente, creando a través de sus escritos y sus obras un poderoso puente de comprensión entre ambas culturas. Esta etapa en el desarrollo del pensamiento de la India está asociada a los nombres de Ram Moham Roy (1772-1883), Devendranath Tagore (1817-1905), Keshab Chandra Sen (1838-1884), Daya-

DUALIDAD E INTEGRACION

nand Sarasvati (1824-1883), Ramakrishna (1834-1886), Vivekananda (1862-1902), Rabindranath Tagore (1861-1914), Mahatma Gandhi (1869-1949), Aurobindo Ghose y otros.¹⁸

Aparte de esta corriente de ideas, no podemos dejar de señalar la importancia de algunos mensajeros de Oriente que han hecho conocer en forma directa, por su presencia en el nuevo mundo, los tesoros espirituales de sus antepasados, tales como Vivekananda, Yogananda, Krishnamurti.

Toda esta corriente hacia una integración de valores espirituales ha puesto de manifiesto que las raíces religiosas de la humanidad subyacen profundamente en todas las culturas y se manifiestan en diversidad de formas según las características de los pueblos y las etapas de su desarrollo.

También surge con evidencia que siempre ha existido una relación fundamental del hombre con lo divino, pero el grado de conciencia participante de dicha relación varía según las necesidades de los individuos y de las épocas.

Después de más de un siglo de positivismo y materialismo, la humanidad vuelve a dirigir sus ojos hacia la Divinidad, pero con una actitud diferente, no ya a través de nuevas creencias, nuevos sistemas o ideologías, sino a través de la expansión de la vida individual.

Es en la profundidad de la conciencia individual donde se presiente, hoy en día, la posibilidad de una síntesis analógica entre los valores humanos y divinos que permita a dicha individualidad una expansión participante en la vida del universo.

¹⁸ Albert Schweitzer, *El pensamiento de la India*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1952, p. 184.

LA EGOENCIA DEL SER. DESARROLLO DE LA INDIVIDUALIDAD EXPANSIVA Y PARTICIPANTE

Dentro de las perspectivas generales del devenir universal y de las tendencias de unidad e integralidad que hemos señalado como características de la nueva era de expansión, el hombre se constituye como centro de integración y armonía de valores humanos y divinos.

La realización de esta armonía, como vivencia individual, se traduce en una expansión de la conciencia y en una participación en la vida de *todos* los hombres: egoencia del ser.

La imagen del individuo formada sobre la base de una concepción racional y materialista, como partícula independiente dentro del universo y aislada de las demás partículas que constituyen la sociedad humana, es decir, como un ente cerrado que se contrapone a la sociedad y al Cosmos, es una imagen artificial que no corresponde a la realidad.

La ruptura de los esquemas clásicos de espacio y tiempo absolutos, así como la nueva visión del mundo y de la vida que inaugura la era atómica, hicieron surgir una imagen muy diferente del indi-

viduo: la conciencia de sí mismo que tomó el hombre y la vislumbre de su unidad e integralidad lo llevaron necesariamente a descubrir sus relaciones con el Cosmos.

Retomamos entonces el concepto de individualidad en su significado etimológico de único e indivisible. El verdadero individuo —el único que existe, por otra parte— es aquél que tiene conciencia de su unidad consigo mismo y de su relación con un Todo mayor que es el universo. No es, entonces, una partícula aislada ni cerrada sino una partícula expansiva y participante.

Esta relación particular del hombre consigo mismo y con la *totalidad* de la vida, no como concepto, sino como vivencia de una conciencia participante, es lo que da la característica de una individualidad egoente o egoencia del ser.

La relación del hombre con el universo no es un concepto nuevo, por cierto. Desde la más remota antigüedad los sabios han señalado las correspondencias del hombre con el Cosmos y dichas correspondencias constituyeron la preocupación fundamental de la ciencia y la filosofía en ciertas épocas de la historia.

El progreso del hombre en valores materiales y el desarrollo de su razón, lo llevaron a considerarse como una partícula aislada y desconectada del universo, el cual, de organismo vivo quedó reducido a esquema mecánico.

Pero el antiguo tema de las correspondencias, ahora bajo una nueva forma, vuelve a cobrar interés, máxime desde el momento en que la tecnología ha hecho posible la conquista del espacio.

Max Scheler intenta, desde un punto de vista filosófico, señalar la posición singular que el hombre

LA EGOENCIA DEL SER

ocupa en el Cosmos y el papel que el espíritu desempeña en la orientación de las poderosas fuerzas de los centros inferiores hacia los valores superiores señalados por la conciencia.¹⁹

Alexis Carrel fue uno de los primeros hombres de ciencia de este siglo que se dio cuenta de la insuficiencia de las concepciones clásicas acerca del hombre : “Entre los numerosos conceptos relativos al ser humano —dice en *La incógnita del hombre*— algunos son meras construcciones lógicas de nuestro espíritu . En el mundo exterior no encontramos ningún ser a quien aplicarlos”.²⁰ Al referirse al individuo, Carrel hace un estudio profundo de sus relaciones materiales, psíquicas y espirituales con el universo: “El individuo es, evidentemente , un centro de actividades específicas . Se caracteriza por ser independiente y dependiente a la vez , del Universo cósmico . Pero no sabemos cómo está ligado a los otros seres, ni cuales son sus fronteras espaciales y temporales . Tenemos razones para creer que su personalidad se extiende fuera del continuo físico . Sus límites parecen estar situados más allá de la superficie de la piel . La precisión de sus contornos anatómicos es, en parte, una ilusión...”. Y más adelante dice : “Conocemos el centro del individuo , pero ignoramos aún dónde se hallan situados nuestros límites exteriores . En efecto, estos límites son hipotéticos. Quizá no existen. Todo hombre está ligado a los que le preceden y a quienes le siguen”.²¹.

¹⁹ Max Scheler, *El puesto del hombre en el cosmos* , Losada, Buenos Aires, 1928.

²⁰ Alexis Carrel, *La incógnita del hombre*, J. Gil, Buenos Aires, 1949, p. 50.

²¹ Alexis Carrel, *op. cit.*, ps. 235 a 241.

En su visión cosmogónica, Teilhard de Chardin asigna al hombre “la porción más significativa y la más preciosa del Universo” y le concede el don *de participación* y no solamente el de espectador en el devenir universal. “A una aceptación instintiva, sentimental y racional pasiva de las potencias cósmicas —dice— suceden, en los seres vivos, el don racional y la colaboración reflexiva del elemento en una tarea y un ideal comunes”.²²

Es esta relación viva con el Todo y esta conciencia-participante lo que a nuestro juicio caracteriza la más alta expresión de la individualidad.

El descubrimiento de esta relación viviente del hombre con el universo y el reencuentro armónico de sus valores inmanentes con la raíz trascendente y divina que se oculta detrás de toda manifestación, parece ser la aspiración fundamental que late en la profundidad de la conciencia individual del hombre de nuestra época. Cuando se va más allá de la vocación social de una persona y, queriendo conocer su vocación esencial se le pregunta qué es lo que quiere ser, la respuesta que surge habitualmente es la siguiente: *quiero ser hombre*, como si en la plenitud de humanidad se vislumbrara hoy la verdadera realización, mucho más que en la conquista de poderes sobrenaturales o valores escatológicos con que en otros tiempos se pretendía identificar al hombre liberado.

A las imágenes sobrehumanas del *Héroe*, el *Santo*, el *Superhombre*, como conquistas extremas del poder de la voluntad, del sentimiento, del conocimiento o de la acción, se intuye en nuestros días, como arque-

²² Pierre Teilhard de Chardin, *La energía humana*, Taurus, Madrid, 1963, p. 171.

tipo de perfección, la imagen del *Hombre* simplemente, pero no en el sentido del humanismo inmanentista sino de un humanismo trascendente.

Ahora bien, ¿cómo se manifiesta lo divino en la intimidad de la conciencia individual del hombre moderno? O en otras palabras: ¿cómo se nos aparece Dios a nuestros ojos cuando nuestra razón ha barrido con las imágenes que nos había proporcionado la tradición, y cuando hemos crecido lo suficiente en valores humanos como para pretender ver y sentir por nosotros mismos?

En primer lugar, debemos reconocer que el hombre moderno tiene más inquietudes religiosas y espirituales que las que aparecen a simple vista; sus declaraciones de ateísmo o materialismo son muchas veces reactivas a un tipo de religiosidad que ya no comparte, y su materialismo suele ser más una postura que una realidad profunda. Más allá de todas las formaciones reactivas suele existir, como dice Frankl, una “religiosidad inconsciente”,²³ o sea el sentimiento oculto de una relación íntima con lo divino, sentimiento que, incluso, puede estar reprimido en una cultura como la nuestra que enaltece los valores materiales de la existencia. Esta inquietud espiritual, encubierta o manifiesta, es hoy como una marea de creciente intensidad que asciende en busca de nuevas formas de expresión.

¿Cómo se insinúan algunas de estas formas en el pensar, el sentir y el actuar del hombre moderno? Teilhard de Chardin, al hablar de la necesidad de un “nuevo Rostro de Dios”, dice: “Hasta ahora había bastado, aparentemente, un Dios de Cosmos (es

²³ Viktor Frankl, *El dios inconsciente*, Plantín, Buenos Aires, 1955, p. 75.

decir, un creador de tipo *eficiente*) para saciar nuestro corazón y satisfacer nuestro espíritu. De ahora en adelante (y aquí es donde hay que buscar sin duda la fuente profunda de la inquietud religiosa moderna) nada, si no es un Dios de Cosmogénesis, es decir un creador de tipo *animante*, podrá saciar nuestra capacidad de adoración. De este nuevo Dios Evolutor hay que mantener a todo precio la trascendencia primordial, pero conviene igualmente (o incluso más todavía, en eso consiste precisamente la renovación esperada) profundizar, admirar y saborear su carácter immanente”.²⁴ No estamos del todo de acuerdo con esta presentación Teilhardiana de la Divinidad que, como otras ideas del ilustre jesuíta, están demasiado influenciadas por una tendencia evolucionista. Pero lo que sí podemos decir es que, sin quitar nada a la trascendencia de lo divino, el hombre intuye y siente que Dios no le es extraño sino que arraiga en su propia inmanencia, que está unido a él, Encarnado en su propia vida, que dirige y protege su crecimiento, y que, si penetra en la intimidad de su corazón, lo encontrará.

En el fondo, el hombre moderno se niega a nuevos intentos de querer perfilar un rostro divino sobre la base del conocimiento especulativo racional, o sea de una nueva teología, o a querer reducirlo a las conclusiones de la ciencia, sino más bien a mantener su carácter de Misterio, profundizando y admirando cada vez más el Misterio sin pretender quitar su último velo ante los ojos de la mente, pero ansiando unirse con ese Desconocido a través de acciones reales y de vida.

²⁴ Pierre Teilhard de Chardin, *La activación de la energía humana*, Taurus, Madrid, 1963, p. 226.

LA EGOENCIA DEL SER

En definitiva, surge en el mundo de hoy una nueva expresión de la mística que, nutriéndose por un lado de la corriente viva de la tradición espiritual de la humanidad, y de la corriente histórica del desarrollo y progreso por el otro, quiere unir definitivamente en la intimidad del corazón del individuo esos dos focos, humano y divino, que se sienten atraídos cada vez más.

Una vislumbre de Presencia de lo divino en la conciencia humana, una sed de Unión substancial entre lo humano y lo divino y una reversión de los valores espirituales emergentes, hacia el cuerpo de la humanidad por una Participación efectiva con las necesidades de desarrollo de todos los hombres, parecieran ser los rasgos incipientes de una mística del hombre moderno que, al realizar la unidad consigo mismo y restablecer las corrientes de vida universal en su interior, se constituye en germen individual de unidad y renovación de vida en la sociedad del presente y del futuro.

Más allá de las representaciones que el hombre pueda formarse de la divinidad, más allá de las especulaciones que formule con su razón acerca de la existencia o no existencia de lo divino, hay un hecho concreto, de orden individual, que define la verdadera posición del hombre en el cosmos y es la respuesta vital del individuo al llamado a participar en el destino del universo de que forma parte. Voz que de una u otra forma se hace oír en la conciencia de cada ser humano en un cierto momento de su existencia.

Cada día se ve con mayor claridad que no es suficiente una respuesta de creencia o una respuesta sentimental como actitudes parciales del hombre frente al llamado divino, sino que hace falta una

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

respuesta *total*, de participación de vida, es decir actitudes integrales de la mente y del corazón con la vida. Lo trágico en este desafío de lo divino a lo humano es darse cuenta que no hay términos medios y que, o bien se logra una relación viva de participación o sólo queda el recuerdo de un ideal. Todos aquellos seres decepcionados que han intentado la búsqueda de lo divino por diversos caminos sin encontrarlo y que, a cierta altura de la vida, cargados con los conocimientos adquiridos, con los poderes logrados y con las imágenes envejecidas, se hacen escépticos o soberbios, es porque en el fondo han equivocado el camino y no han sabido encontrar la verdadera relación de participación que los hubiera hecho sentirse plenamente hombres.

Ahora bien, el desarrollo de la egoencia del ser a través de una individualidad expansiva y participante, requiere un trabajo interior que dura toda la vida. El camino, desde los oscuros abismos pasionales del subconsciente, pasando por los intrincados laberintos de la mente racional, ascendiendo por las laderas del monte hasta llegar a su cumbre, cruza zonas tenebrosas y paisajes maravillosos, por trechos llenos de dificultades, y obstruido a veces por barreras que parecen infranqueables.

De algunos aspectos básicos de este desarrollo de la individualidad expansiva y participante trataremos en los capítulos que siguen.

VI

MORADA INTERIOR

El individuo, para realizar su egoencia, ha de tener una morada que le sea propia, digna de su condición humana y divina, desde la cual pueda contemplar en silencio los cambios incesantes de la vida.

La vida del hombre en la sociedad moderna tiende cada vez más a la movilidad, a la Variabilidad, a la continua excitación y a la actividad exterior; la vida social, el trabajo, las diversiones, van ganando terreno en relación a la vida íntima, y la vida pública se impone a la privada. Cada vez se está más expuesto a la *radiación de la vida colectiva*, a la nube de informaciones periodísticas, radiales y de televisión, al torrente de referencias bibliográficas, al ruido de las grandes ciudades y, sobre todo, al impacto de las *partículas de alto potencial destructivo* generadas por el egoísmo, la ambición personal, el odio, el ansia de poder y tantas otras pasiones que se liberan en el juego de las relaciones humanas.

En otros términos, si la era atómica ha enfrentado al individuo con un tipo de radiación cósmica desconocida en tiempos pasados, la sociedad superorganizada del presente lo bombardea con un tipo de *radiación psicológica* tanto o más peligrosa que la

primera. ¿Qué tipo de defensas poseemos para esta clase de agresiones? ¿Tiene el hombre alguna inmunidad natural contra un medio ambiente que se torna física y psicológicamente amenazante? ¿No estaremos frente a un desafío ecológico sin precedentes, que puede determinar una nueva selección biológica de los tipos humanos más aptos o, inclusive —como dicen algunos— una verdadera mutación?

Pero esto no es todo. La identificación del hombre con los valores de la cultura y la tendencia hacia la actividad exterior, ha ido creando un tipo de *homo socialis* que trata de adaptarse al medio ambiente y establecer correctas relaciones en el plano de la convivencia, transformándose en perfecto engranaje dentro de la organización social o en medio para fines sociales: es el hombre-funcionario, hombre-empresa, hombre-obrero, inclusive bien tipificado por los respectivos profesiogramas. Es un *hombre en función* de algo exterior a sí mismo, aunque sea de algo tan digno como el estado, la empresa, la clase social. Se forma, así, una nueva esclavitud psicológica de carácter colectivizante que lleva al ser a identificarse con las ideas y formas de vida del grupo social al que pertenece y a volverse cada vez más extraño a sí mismo, es decir, a *alienarse* (en el sentido etimológico de la palabra: volverse extraño a sí mismo).

La sociedad lanza de esta manera al individuo un desafío mucho más profundo que los desafíos a que hemos hecho referencia con anterioridad: es una estocada a fondo en aquello que el hombre creía más propio: su vida privada

Los mismos sociólogos y aun los físicos que se ocupan seriamente de estudiar las consecuencias sociales del proceso de automatización y del aparato teó

MORADA INTERIOR

rico de la civilización moderna , se preguntan cómo hará el individuo para defenderse psicológicamente del tumulto de sensaciones producidas en esa sociedad superorganizada , partiendo por supuesto de la base que no es fácil modificar el mundo exterior.²⁵ Vaneer Packard, en su libro *La sociedad desnuda* ²⁶ se encarga de demostrar , con abundante documentación , cómo el individuo es desnudado continuamente ante las organizaciones sociales , ya sea desde su ingreso a una empresa , con cuestionarios y *tests* que no sólo se ocupan de detectar aptitudes profesionales sino también aspectos de la vida privada, hasta las fichas de identificación en los servicios informativos oficiales o privados , las declaraciones de impuestos , etc., a tal punto que Packard señala la necesidad de incluir entre los derechos del hombre un derecho a la intimidad.

A medida que la humanidad va cubriendo la Tierra por su acelerado crecimiento demográfico y paralelamente al proceso de organización social , el individuo se encuentra cada vez más comprometido en las mallas de la vida colectiva y tiene la impresión de ir perdiendo su libertad . Mientras el ser permanecía separado de los demás por grandes distancias y la vida de ciertos grupos era totalmente desconocida para otros , la existencia se desarrollaba bajo un sentir profundo de libertad exterior , ya sea real o ideal . Pero al comprimirse las partículas humanas por aumento del número, por aglomeración en las grandes ciudades, con interferencia recíproca de sus

²⁵ F. Erler, A. Marchionini, F. Pollock, A. Walther, A. Weber, *La revolución de los robots* (investigación (sobre problemas de la automatización). Eudeba, Buenos Aires, 1961, 141.

²⁶ Vaneer Packard, *La Sociedad desnuda*, Sudamericana, Buenos Aires, 1955.

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

campos a través de las comunicaciones; al aflojarse los límites de clases y lograrse una interrelación cada vez más profunda entre los hombres, disminuye la libertad exterior en razón misma de esa cercanía. Es lo que ocurre con las moléculas de la materia, que tienen mayor libertad de movimiento en el estado gaseoso, en que la distancia entre las partículas es grande, que en el estado sólido en que dichas partículas se encuentran comprimidas.

En el estado actual del desarrollo de la comunidad estamos llegando a un punto crítico del goce de la libertad exterior, de una libertad dionisiaca de la que nos habíamos enamorado; en ese punto de inflexión, el desarrollo exterior, tanto individual como colectivamente, se hace interior, y el anhelo de conquistar una libertad en lo externo se transmuta en una búsqueda de libertad interior. En otras palabras, todo parece ocurrir como si el ciclo de desarrollo hacia lo exterior tocara sus límites y desde allí, enrollándose sobre sí mismo, iniciara un nuevo ciclo de desenvolvimiento interior. Al compás de esta respiración de los ritmos de la historia y de estos movimientos colectivos de expansión y repliegue, se hace sentir, hoy en día, en el individuo, un renovado anhelo de intimidad y de vida interior.

Pero surge de inmediato una pregunta: ¿Qué clase de intimidad se trata de salvar en un mundo que presiona al individuo desde lo exterior y que se adentra inclusive en su vida privada? No creemos que pueda salvarse una intimidad egoísta, cargada de falsos encubrimientos, ni una vida interior ensoñativa e ilusoria, refugio de hombres débiles que tienen “miedo a la libertad”, como diría Fromm,²⁷ sino

²⁷ Erich Fromm, *El miedo a la libertad*, Paidós, Buenos Aires.

MORADA INTERIOR

de la intimidad del alma, que no es un valor psicológico o social, sino esencialmente espiritual.

El despertar a la vida interior forma parte, entonces, del proceso de maduración individual y colectivo. Tales aspectos de la vida íntima del ser, reservados hasta ahora a la experiencia mística, empiezan a ser comprendidos por la filosofía y la ciencia. En efecto, a poco que se profundice en la dinámica de la vida con un criterio de totalidad se advierte que la actividad exterior y la identificación del ser con valores también exteriores, no pueden constituirse como finalidades existenciales de por sí, porque son aspectos de una psicodinámica centrífuga, unidireccional que, de no ser equilibrados por una fuerza análoga de dirección centrípeta, llevarían necesariamente a la aniquilación. La idea del absurdo de movimientos unidireccionales empezó a cobrar relieve en la física cuando lo que podríamos llamar una *filosofía de la línea recta* entró en crisis. Hoy en día se acepta que si hay una fuerza de gravedad tiene que haber una antigravedad; si hay una materia debe haber una antimateria; si hay una partícula, una antipartícula.²⁸ Y en el mismo orden de ideas, si hay una expansión hacia lo exterior tiene que haber un repliegue hacia lo interior; si hay una vida que se manifiesta activamente en multiplicidad de formas en crecimiento, tiene que haber un centro que no se mueva y que sostenga dicha actividad: sin querer, volvemos a la idea aristotélica del *primer motor inmóvil y eterno*. A pesar de los avances que estos conceptos significan, no podemos trasladarlos así no más a la vida humana y hablar de una vida exterior

²⁸ Maurice Duquesne, *Materia y antimateria*, Cía. Gral. Fabril Editora, Buenos Aires, 1963.

y de una vida interior como pares de opuestos a un mismo nivel de realidad, porque con ello no haríamos más que confirmar un inmanentismo ya sea biológico o psicológico. Desde el punto de vista de una individualidad expansiva y participante, en unidad armónica de sus valores humanos y divinos, dicho centro interior es morada real de la Divinidad en el ser, cámara secreta del corazón y, por lo tanto, su realidad es trascendente y sólo puede expresarse a través del Silencio.

Todo puede ser explorado, examinado, interrogado e investigado por la mente, pero ante el velo del santuario interior la mente calla, cesa la búsqueda, la acción se transforma en contemplación y la ciencia cede el paso a la mística. El Silencio es un valor de integración, que hace posible la unión de lo humano y lo divino. El Silencio es el verdadero campo de estabilidad del hombre individual, lo que le permite moverse en el torbellino de la vida exterior sin ser arrastrado por él, lo que hace posible convivir con las más diversas formas y expresiones de la vida sin identificarse con ellas y lo que le permite conservar, en definitiva, su propia individualidad. Se comprende que sin Silencio no sea posible hablar de intimidad real, ni de individualidad, ni de libertad interior.

El hombre que es capaz de *callar con el corazón*, que no se identifica con las pasiones propias o ajenas, que no se constituye en juez de las ideas o acciones de los demás puede unirse, por silencio de amor, con sus semejantes y adquiere una nueva fuerza espiritual que le es propia, capaz de contrarrestar las poderosas fuerzas que agitan la vida material del mundo.

VII

LAS TRES GRANDES LEYES DE LA VIDA. LA VOCACION DE SER LIBRE

Las experiencias de la personalidad humana se realizan, habitualmente, dentro del juego de, dos leyes fundamentales de la vida: la Ley de Predestinación y la Ley del Libre Albedrío.

Los filósofos y los teólogos han discutido durante siglos alrededor de los problemas vinculados al destino del hombre y su libertad, construyéndose sistemas filosóficos o doctrinas religiosas sobre la base del predominio que le atribuían a uno u otro de estos presuntos pares de opuestos.

La simbología tradicional, por su parte, ha fijado en imágenes, mitos, leyendas y relatos, las poderosas fuerzas o arquetipos del destino y del libre albedrío y las actitudes básicas de los hombres frente a ellos, de sumisión o rebeldía.

Desde un punto de vista histórico — en términos muy generales — toda la antigüedad ha estado bajo el imperio de una actitud de sumisión a la figura dominadora del destino, con ocasionales atisbos de libertad prometeica, abatida casi siempre por el poder superior del primero.

Con el Renacimiento comienza una era de mayor confianza del hombre en sus propias fuerzas y en su capacidad de investigación. El individuo desafía a la naturaleza con su inteligencia, y aparece un espíritu fáustico que culmina con el tiempo en el superhombre de Nietzsche. El hombre animado de ese espíritu exalta su libre albedrío, desafía a todos los poderes divinos y se constituye en un dios sobre la Tierra: es la tendencia babilónica y luciferiana llevada al máximo.

Este impulso de querer vencer al destino por la acción positiva y el afán de poderío, que se manifiesta con todo vigor en la civilización occidental, tiene su contrapartida en un heroísmo de la no-acción que alcanza sus más altas expresiones en Oriente y aun en algunos místicos de Occidente. Según esta filosofía de la acción negativa, si toda acción genera *karma*, para librarse del destino de la acción lo ideal sería la no-acción; dicha actitud llevaba a ciertos monjes jainistas a no cavar la tierra para no atarse al *karma* de la destrucción de millares de criaturas inocentes.

Tales planteos racionalistas conducen a antinomias irreductibles en el plano de la vida, sin ofrecer soluciones reales. Y, precisamente, toda la polémica racional conducida durante siglos sobre la base de una contradicción entre el destino y el libre albedrío no ha dado origen más que a luchas estériles.

En el orden individual, el enfrentamiento del hombre con su destino y la rebeldía frente al mismo, es propio de un tipo humano *ciego*, impulsado por la fuerza de sus instintos y que no puede prever las consecuencias de sus acciones.

En la tragedia de Sófocles *Edipo Rey*, la imagen de Edipo, —condenado por el destino a realizar ac-

LAS TRES GRANDES LEYES

ciones que no puede eludir y terminando por arrancarse los ojos al tomar conciencia de sus actos— es muy apropiada para representar el estadio-evolutivo del hombre impulsado y la línea de desenvolvimiento de lo que podemos llamar *devenir-antagónico*: el hombre ama, lucha, se esfuerza y construye su obra, pero ésta se vuelve, al final, en contra de él mismo.

Oscar Wilde, en su *Retrato de Dorian Gray*, pinta con trazos vigorosos la imagen de un hombre que, impulsado por el deseo, puede llegar a formarse de sí mismo, y describe cómo al reconocer el espectro de su propia obra y querer liberarse de él se genera un nuevo impulso de autodestrucción.²⁹

Los resultados contradictorios y destructivos del libre albedrío frente al destino a través de las acciones movidas por el deseo, tampoco pueden contrarrestarse por la no-acción porque esta última lleva, finalmente, a una nueva atadura al destino por la indiferencia y el egoísmo.

La posibilidad de controlar los resultados de la acción surge de una conciencia ética y de la responsabilidad individual de elegir, porque sólo en el origen de las acciones es posible controlar las consecuencias de las mismas: yo puedo decidir arrojar o no una piedra, pero una vez que la he lanzado no puedo evitar que caiga.

La ética supera el dilema racional planteado entre la acción y la no-acción y determina una conducta ética. Por su libertad de elección, el hombre ya no es tan ciego frente al destino sino que, hasta cierto punto, lo elige.

²⁹ Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*, Sopena, Buenos Aires, 4.^a ed., 1947.

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

Pero si bien la ética armoniza el libre albedrío con el destino, no siempre resuelve la contradicción entre ambos. Aun el hombre responsable, que ha cumplido siempre con la ley, se enfrenta con la ironía de ver que *su* obra puede también volvérselo antagónica pues, aunque con lazos más sutiles que los del *hombre estético* (Kierkegaard), queda también ligado a la misma.

La solución de la antinomia predestinación-libre albedrío y la liberación de los lazos creados en un devenir antagónico, sólo tienen expresión real a través de un nuevo estado de conciencia-voluntad: no ya, solamente, la conciencia del placer del hombre estético y su impulso a la acción, ni la conciencia responsable ante el deber del hombre ético, sino la conciencia de ser del hombre individual y su voluntad de ser libre: egoencia del ser.

Esta conciencia de ser surge cuando la línea del destino personal cruza —por decir así— la línea de su destino cósmico y el individuo adquiere por primera vez conciencia real de sí mismo y responsabilidad participante.

Una nueva Ley, que rige los destinos de liberación del hombre, se manifiesta en las profundidades de la conciencia individual como un *nuevo llamado*: es como despertar después de un largo sueño; es un llamado diferente a todos los demás llamados del mundo o de la vida; es un llamado procedente de lo cósmico, de lo trascendente, de lo divino.

Viktor Frankl destaca la importancia de esta Voz de la conciencia como fenómeno trascendente y la libertad que tiene el hombre de responder o no a dicho llamado. Cita al respecto el relato del joven Samuel (1er. Libro de Samuel 3,2-9) quien “duerme una noche en el Templo, donde dormía también el

sacerdote Elí. Una voz que lo llama por su nombre lo despierta y, levantándose, se dirige a Elí para preguntarle qué es lo que quiere de él; pero el Sumo Sacerdote no lo había llamado y le dice que se acueste de nuevo. Lo mismo se repite por segunda y tercera vez, y sólo entonces el Sumo Sacerdote ordena al chico que, al sentirse llamado la próxima vez por su nombre, se levante y diga: ¡“Habla, Señor, tu siervo te escucha”!³⁰

La respuesta a este llamado vocacional (del latín Vox=Voz), es algo íntimo e individual, y desde el momento en que un alma puede responder: ¡“Habla, Señor, tu siervo te escucha”! queda establecida una promesa también íntima, una alianza, un Voto (= Promesa).

La decisión del individuo de seguir el camino señalado desde la trascendencia, le da una nueva posibilidad: trascender los límites de un destino personal antagónico y entrar en la órbita de un *devenir-realizador*.

¡“Habla, Señor, tu siervo te escucha”! Sabias palabras que es necesario analizar en la profundidad de su significado y de su alcance. En primer lugar hay una capacidad de silencio como para poder escuchar; luego el reconocimiento de una dignidad espiritual que trasciende la condición de criatura (Señor, siervo) y hace posible un diálogo entre lo humano y lo divino.

En realidad el hombre, peregrino por los caminos de la vida, entra en la senda de su devenir realizador cuando su voluntad individual, regida por el libre albedrío, deja de oponerse a las leyes cósmicas y

³⁰ Viktor Frankl, *El dios inconsciente*, Plantin, Buenos Aires, 1956, p. 63.

divinas y entra con ellas en una relación de analogía. Se comprende que este cambio de una voluntad de autoafirmación en una voluntad analógica, sólo pueda producirse si hubo primero una transformación substancial en los sentimientos y actitudes fundamentales frente a la existencia, o sea un cambio radical en el corazón. Por eso el devenir realizador no comienza en ninguna de las puertas abiertas en el mundo, de lo que pueden llamarse templos, escuelas, organizaciones o caminos, sino que comienza en lo más íntimo del corazón del individuo. El camino, o sea los medios para actualizar esa vocación de ser o vocación de liberación interior, se da por añadidura y quien tiene verdadera vocación encuentra el camino más adecuado a su propia idiosincrasia y posibilidades.

Este alumbramiento de la conciencia cósmica en la conciencia individual constituye el momento existencial crítico más importante de la vida. Nunca se sabe cuándo se producirá ese contacto misterioso entre la línea de un destino personal y la línea de su destino de liberación cósmica: es el instante supremo del amor que vibra en el alma a su debido tiempo, es el despertar del amor divino, es un *instante sagrado en la vida de una persona*.

Mucho ha progresado en estos últimos tiempos la psicología del desarrollo y se han descrito con prolijidad las distintas etapas del desenvolvimiento individual, pero como todos los estudios acerca de la historia o la biografía realizados dentro de una perspectiva lineal y mecánica, no dan relieve a lo que podría ser un estudio del desarrollo en función del ser o de la existencia.

Si nos colocamos desde este último punto de vista, reconoceremos de inmediato la importancia que tiene

LAS TRES GRANDES LEYES

aquel instante crítico de la vida en que se despierta en un individuo su propia vocación de Ser, en que se reconoce por primera vez a sí mismo en profundidad, en que toma conciencia de su valor existencial, y en que advierte, aunque sea por un instante, *que será lo que hay que ser o no será nada*.

Lástima que esta vocación individual de *ser* sea tan a menudo confundida en la sociedad utilitaria del presente con tales o cuales aptitudes o inclinaciones para hacer, y que las preocupaciones de padres y maestros se dirijan más a lo que un individuo pueda lograr en la vida en términos de rendimiento o eficacia en el hacer que en su realización plena de Ser.

Vocación, en el más alto nivel de su significado, hay una sola: es la vocación de Ser, de colmar el propio destino.

Así como en el desarrollo de la personalidad hay una etapa en que el yo personal toma conciencia de sí mismo y queda prendado de su propia imagen, así también, en el despertar a la vida individual, hay un instante en que el ego se refleja en el lago de la conciencia cósmica, reconoce su propia individualidad y sus posibilidades de liberación.

A la luz de esta conciencia individual surge una nueva actitud frente al destino. En efecto, por un lado, éste se le revela al hombre como lo determinado que hay en él, lo que no puede modificar, el marco de sus servidumbres orgánicas, psicológicas y sociales, su constitución, su pasado, su raza, su familia, pero por otro lado se le aparece un nuevo destino, proyectado al futuro, y por el cual se siente de pronto ligado al destino de los hombres libres.

En otras palabras, si por su destino biológico y psíquico se siente unido a los seres que fueron, por su destino espiritual se siente unido a los que vendrán.

Esta conciencia de un *destino bifaz* y la necesidad de lograr su propia unidad e integralidad, hacen que el hombre individual se haga responsable de la *totalidad de su destino*.

Las actitudes de sumisión o rebeldía frente al destino sólo pueden ser posibles dentro de la oscuridad del campo existencial en que vive el hombre dividido, y son actitudes que mantienen la dualidad de la vida: Pero en la conciencia de Ser del individuo, el *destino de servidumbre* no es un enemigo al que hay que combatir o frente al cual hay que someterse, sino un punto de apoyo para *subir*.

Más aún, es el *único* punto de apoyo que tengo para elevarme, *mi* punto de apoyo, lo que me ha sido dado en mi existencia singular, como material condicionado, para poder trascenderlo. Me doy cuenta, entonces, que no puedo negar ese punto de apoyo de mi destino, porque es el único que tengo para subir y no puedo reemplazarlo por otro.

Esta comprensión del valor relativo del *destino de servidumbre* frente al *destino de liberación*, y la respuesta consecuente de tomar al primero como un trampolín para lograr la trascendencia, reconcilia al hombre con su propio marco de limitaciones y hace posible la síntesis de aparentes contradicciones existenciales.

Dice Frankl: “El destino es parte del hombre, como el suelo a que le ata la ley de la gravedad, sin la cual no podría dar un paso. El hombre tiene, en efecto, que mantenerse erecto sobre su destino, como se mantiene erecto sobre el suelo que pisa y en el que tiene que afirmar el pie para saltar hacia su libertad. Libertad sin destino es imposible; la liber-

LAS TRES GRANDES LEYES

tad sólo puede ser libertad frente a un destino, un comportarse con el destino”.³¹

El instante de reconocimiento de la vocación de ser libre es como el primer amor, deja una huella profunda en el alma. Si no se responde a ese llamado, queda como un recuerdo imborrable, como una añoranza de *algo que uno pudo ser*.

Muchas tristezas y sentimientos de frustración en el hombre, que la psicología suele interpretar con ligereza como debidos a tales o cuales complejos o conflictos, no son más que resultado de una falta de fidelidad de respuesta a ese llamado vocacional de Ser.

No hay que pensar que dicho instante sea igual para todos, ni que alcance en todos los hombres la misma dimensión ni la misma claridad en cuanto a su reconocimiento. Densos son los velos de la gran noche de la vida sobre la Tierra y, cuando se acerca la hora de valorarse realmente como individuo, el alma puede estar demasiado dormida o demasiado ocupada en sus actividades y deseos como para responder adecuadamente al llamado vocacional de ser libre. Sigue, así, su línea de devenir antagónico, pero el anhelo de liberación queda siempre latente en la intimidad del hombre, aun a través del ciclo descendente de su existencia.

³¹ Viktor Frankl, *Psicoanálisis y existencialismo*, Fondo de Cultura Económica, Méjico-Buenos Aires, 1952, .p. 101.

VIII

EL MÉTODO EN FUNCIÓN DE LA VIDA INDIVIDUAL

El desarrollo de la individualidad expansiva y participante y la conquista de su libertad interior debe realizarse, necesariamente, a través de un método de vida.

Hay quienes creen que los intentos de metodizar la vida no son nada más que formas de poner obstáculos, limitaciones y coerciones a lo que debiera ser el fluir espontáneo de la misma, y que todo método es, por principio, lo más contrario a la libertad que todo hombre anhela y, en definitiva, una nueva forma de esclavitud.

Todas las formas de liberalismo educativo tienen su fundamento en el criterio que acabamos de mencionar, y el desafío de la generación liberal de nuestra época a todo ordenamiento metódico de la conducta, surge como reacción a las que se consideran presiones artificiales de la sociedad tradicional.

A veces nos alarmamos por los extremos a que suelen conducir estas reacciones, sobre todo en la juventud, y denunciarnos a los jóvenes rebeldes, iracundos y antisociales como frutos de una época de

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

decadencia , pero no siempre tienen el mismo celo para investigar qué pasa en las capas más profundas de una sociedad que genera tales productos , ni la suficiente valentía para reconocer que muchos de los métodos que se han venido utilizando para educar a la juventud son, hoy en día, inadecuados.

Es lógico pensar que, si asistimos al nacimiento de una nueva era y al surgimiento de nuevas expresiones de la individualidad, se produzca también en el campo de la metodología educativa una crisis de conceptos y se haga necesario vislumbrar nuevos métodos adecuados al desarrollo de dichas individualidades.

Sin negar la importancia de la tradición cultural de la humanidad y las bases fundamentales de educación para la vida vigentes en todas las épocas, los nuevos métodos no pueden surgir en el presente como consecuencia *evolutiva* del pasado, sino como reflejo de las necesidades del hombre futuro. Y es a esas necesidades a las que debemos apuntar si queremos tener alguna probabilidad de comprender a la nueva generación.

Casi todos los métodos educativos del pasado están inspirados en una filosofía racional y tienden, por lo tanto, al desarrollo de aspectos parciales del ser: la inteligencia, las aptitudes prácticas, la sensibilidad artística, la fuerza y destreza física, etc. Cuando se *suma* el cultivo de todos estos aspectos en una sola persona y se realiza en ella una educación intelectual, artística, deportiva, de relación social y de intercambio cultural, se pretende haber realizado una educación *integral*, pero a dicha síntesis de la totalidad a partir de la suma de las partes se le pueden hacer las mismas críticas que ya apuntáramos en otra

EL MÉTODO

oportunidad al hacer referencia al principio de integración (cap. iv, p. 43).

Además, tales métodos han sido orientados más hacia lo colectivo que a lo individual, educando a grupos humanos en función de una finalidad común de orden social.

Pero lo que provoca mayor sufrimiento y reacción en el hombre es sentirse sometido a un método o una ley que le resulte extraña y haga violencia a su conciencia íntima.

Por último, el individuo no puede sentirse feliz dentro de un sistema de leyes o reglas que ordenen todas las acciones de su vida sin tener en cuenta la vida misma. En la sociedad moderna se educa al hombre para la cultura, para el arte, para la técnica, para la familia, para el partido, para la empresa, para el estado, pero se descuida la educación para que como individuo alcance la plenitud de sus posibilidades: se forman profesionales y funcionarios, pero no hombres.

No es extraño, entonces, que métodos y leyes que se funden sobre las bases de: parcialidad de desarrollo, orientación colectiva, imposición tiránica, y ordenamiento de la vida hacia fines secundarios, aparezcan como insuficientes y contradictorios en una época de despertar a la conciencia individual con sentido de integralidad y que, como reacción a los métodos autoritarios y masificantes del pasado, haya surgido en el presente una corriente de liberalismo que quiere sacudir todo método. Pero no hay que confundir las reacciones de una época de transición con el sentir más profundo de los nuevos hombres que apuntan al futuro.

En efecto, en la medida de la expansión de su conciencia, del reconocimiento de sí mismo y de sus

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

relaciones con el universo, el hombre siente la necesidad de descubrir las leyes fundamentales que rigen la vida del cosmos y su propia vida individual, para lograr su liberación a través de dichas leyes y no en contra de las mismas.

El método, si se hace medio adecuado para el desarrollo de la vida individual, recobra entonces su verdadera jerarquía de instrumento de liberación y, a través de la ley humana, el ser vislumbra sus posibilidades de armonía con la Ley divina. Los legisladores del futuro no podrán desconocer esta función vital del método y tendrán que darse cuenta que las leyes y reglas que ordenan la conducta no solamente deben ser dadas para regular las relaciones de los hombres en una comunidad, sino para que el individuo alcance en dicha comunidad su plenitud como hombre.

Método individual, entonces, no es hacer lo que a cada uno le parezca, sobre la base de una presunta libertad exterior, sino aquel medio más adecuado para lograr la libertad interior. Lo importante es ser fiel al método que se ha elegido, observante de las leyes de la comunidad a que se pertenece y tener capacidad de renunciamento.

En la búsqueda de la expansión del individuo, han surgido en estos últimos tiempos diversos métodos que, de una forma u otra, hacen posible un cierto grado de conocimiento de sí mismo, de dominio personal, y de amplificación del campo perceptivo, desde el Yoga y el Zen procedentes del Oriente hasta el psicoanálisis, la mescalina y el ácido lisérgico en Occidente. Estos métodos han cautivado el interés de muchos seres deseosos de hallar una *técnica* que les diera las llaves de acceso a una vida superior.

Tanto se ha hablado del extraordinario desarrollo

EL METODO

de poderes psíquicos por medio de la Yoga, del conocimiento de las profundidades del subconsciente por el psicoanálisis y de las visiones oceánicas producidas por las drogas alucinógenas, que la mente humana, siempre dispuesta a lo maravilloso, ha creído muchas veces que la expansión del individuo y su liberación, al igual que otras conquistas de la voluntad del hombre en esta era tecnológica, era cuestión de técnica, sin darse cuenta que es función de vida.

Hay una diferencia fundamental entre el desenvolvimiento de una individualidad expansiva y participante, en armonía de sus valores humanos y divinos, con lo que es conocimiento de los niveles profundos del psiquismo y desarrollo de poderes psíquicos. En efecto, la mayoría de las técnicas orientadas en este último sentido son medios de desarrollo *parcial* de tales o cuales funciones psicológicas o parapsicológicas, mientras que el verdadero desenvolvimiento expansivo del individuo es *integral*, *abarca todo* el ser, y armoniza sus aspectos immanentes y trascendentes.

Además, el hombre moderno rechaza instintivamente métodos y procedimientos que son de otra época, que pertenecen a otras culturas, destinados a vencer barreras de limitación en otro tipo de personas. En nuestra época, el método individual debe estar en función de la vida cotidiana, y la trascendencia se logra no solamente a través de una ascética, sino también de una mística que es la capacidad de transformar por amor la vida común y contingente en un pan de vida espiritual. Dadas las características de la vida del hombre en la sociedad moderna, su alejamiento de la naturaleza, el divorcio con las leyes cósmicas y las necesidades que tiene el individuo de encontrarse consigo mismo y de

GÉRMESES DE FUTURO EN EL HOMBRE

liberar sus propias energías en la conquista de sus valores reales, todo hace pensar que la ascética más adecuada para estos tiempos tiene que fundarse sobre las siguientes bases: un método de vida, de control mental y de reserva de energías.

1. MÉTODO DE VIDA. LA ARMONÍA DEL INDIVIDUO CON LOS RITMOS DE LA NATURALEZA

En la sociedad tecnológica y utilitaria del presente los hombres adoptan, en general, el método de vida que les impone la organización de que forman parte, método que está en función de la producción, los servicios sociales, el conocimiento o el placer, pero no en función de la vida misma ni de su desarrollo.

El hacinamiento en las grandes ciudades, la contaminación progresiva del aire, la tensión emocional permanente, la alimentación inadecuada o el hambre, la prolongación de la jornada de trabajo en unos casos y el ocio en otros, aparte de los horarios de trabajo nocturno, el alcohol y las drogas, han producido un alejamiento tal de la Naturaleza que en todo plan de desarrollo integral del hombre hace necesario, ante todo, restaurar la relación de armonía física, energética y psicológica entre el individuo y el planeta que habita.

Descubrir el valor de dichas relaciones a través de un método de vida natural, permite romper la primera coraza de separatividad física con la Tierra y los demás seres que la habitan, restableciendo una correspondencia telúrica que el artificio de la vida moderna ha interrumpido.

Por otra parte, en estos últimos tiempos empieza

EL MÉTODO

a dedicarse mucha atención al estudio de los ritmos biológicos, psicológicos y cósmicos, lo que permite una mejor comprensión de las diversas manifestaciones de la vida humana y de su adaptación al ambiente. Se sabe, por ejemplo, que las cifras de los componentes de la sangre y la excreción renal de electrolitos y esferoides, varían considerablemente según la hora del día en que se determinen y, aun la respuesta del organismo a los medicamentos, varía según el momento del ciclo horario en que se hace la administración.³²

El absurdo de la vida moderna de mantener una tensión emocional y física permanente, con el afán de lograr resultados utilitarios, es contrario al método de trabajar de la Naturaleza cuyos ritmos de actividad y pasividad, diurnos, nocturnos, estacionales y cósmicos, suben y bajan pausadamente con un tiempo que les es propio y que está de acuerdo a las finalidades trascendentes de la vida, cuyos alcances de desarrollo el hombre ignora.

Nos vanagloriamos de las conquistas de la medicina en beneficio de la salud y la prolongación de la vida humana, de la erradicación de las enfermedades infecciosas y parasitarias y de los avances en la tecnología quirúrgica, pero nos olvidamos que mientras desaparecen algunas enfermedades del pasado aparecen otras con las características de *enfermedades de la civilización* y que buena parte de la salud que el hombre disfruta es artificial y mantenida a costa de un enorme esfuerzo.

Alexis Carrel, premio Nobel de medicina y conocedor profundo de la biología humana, expone ma-

³² Documento Geigy, *El ritmo en medicina*, Basilea (Suiza), 1965.

GERMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

gistralmente en *La incógnita del hombre* esta problemática de la salud y la enfermedad. Dice Carrel: “Como sabemos, existen dos clases de salud: natural y artificial. La medicina científica ha dado al hombre salud artificial y protección contra la mayor parte de las enfermedades infecciosas. Es un don maravilloso. Pero el hombre no está contento con una salud que sólo es la ausencia de enfermedad y que depende de dietas especiales, productos químicos, productos endocrinos, vitaminas, exámenes médicos periódicos y la costosa asistencia de hospitales, doctores y enfermeras. El hombre desea salud natural, que procede de la resistencia a las enfermedades infecciosas y degenerativas y del equilibrio del sistema nervioso. Tiene que ser construido de modo que viva sin pensar en su salud. La medicina logrará su mayor triunfo, cuando descubra el medio de hacer que el cuerpo y el espíritu sean naturalmente inmunes a las enfermedades, al cansancio y al temor. Algunos individuos son inmunes a las infecciones, a las enfermedades degenerativas y a la decadencia de la senectud. Tenemos que descubrir su secreto”.³³

El desenvolvimiento integral del hombre abarca todos los aspectos del ser, y la armonía del ritmo de su vida individual con la vida del universo es condición básica de aquella armonía de valores humanos y divinos que se pretende lograr cuando se habla de unidad e integralidad de vida.

La falta de esta adecuación simple y armónica entre la vida del individuo y la vida del cosmos, ha hecho surgir en la sociedad moderna una serie de

³³ Alexis Carrel, *La incógnita del hombre*, J. Gil, Buenos Aires, 1949, p. 278.

ÉL MÉTODO

actividades compensatorias, desde los deportes hasta los *hobbies*, sin contar con los excesos de todo tipo que algunas escuelas o tendencias han impuesto, ya sea en la cultura física, en el refinamiento estético, en los regímenes de alimentación, etc.

Todos los extremismos en cuanto a método de vida se refiere suelen durar poco y llevan a actitudes mentales también extremistas y fanáticas, haciendo depender la salud, la armonía de la vida y aun la felicidad, de tal o cual régimen, de tales o cuales ejercicios.

La distribución adecuada del tiempo de acuerdo al ritmo de las horas diarias y a las necesidades materiales y espirituales del hombre, es la clave de una vida correcta. Tal vez las comunidades religiosas hayan logrado algún conocimiento acerca de estos ritmos y del valor que tienen, por la escrupulosidad con que respetan las horas asignadas a cada tarea, de tal manera que la comunidad llega a moverse al ritmo de un reloj.

El ajuste perfecto del individuo a las leyes biológicas y cósmicas y la distribución armónica de actividad y pasividad en el ciclo de las veinticuatro horas del día constituyen el marco de estabilidad exterior necesario para cultivar la vida interior.

Si la organización lograda en la era tecnológica y puesta casi exclusivamente al servicio de bienes de producción y consumo se armonizara con las necesidades de desarrollo del hombre mismo, tal vez constituiría, convenientemente adaptada, la Regla del hombre que vive en el mundo y que quiere contribuir al desarrollo de los bienes materiales de la comunidad, pero no descuidar por eso el desenvolvimiento de sus valores íntimos y de su propia vida. Para ello haría falta un nuevo San Benito que pu-

GÉRMEENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

siera la organización al servicio del desarrollo integral del hombre y que estableciera las Reglas de vida en el mundo con la misma sabiduría y sencillez como fueron dadas hace quince siglos para las comunidades monásticas de Occidente y que aún están en vigencia.

Dos aspectos de estas antiguas Reglas, adoptados por Gandhi en su reforma social de la India, tienen singular importancia para toda tentativa de renacimiento espiritual en esta era del *homo mechanicus*: me refiero al trabajo manual y a la vida simple.

Los grandes problemas económicos y sociales que agitan a la sociedad actual y que los teóricos de la economía, la sociología o la política, pretenden resolver a través de sistemas de derecha o de izquierda, tendrían fácil solución si cada hombre, individualmente, participara en alguna medida con su trabajo manual al bienestar de la comunidad.

En cuanto a la vida simple, cuyo valor han destacado los místicos de todas las épocas y lugares, es apreciada por Toynbee como proceso significativo de crecimiento social. Toynbee hace un estudio profundo de lo que llama la *ley de la simplificación progresiva* o *eterealización* y después de examinar esta simplificación gradual en los distintos aspectos de una cultura en ciclo de progreso: arte, lingüística, técnica, moda, lleva el tema al plano de la vida individual y dice: "...ese proceso —de simplificación— suelta fuerzas que han estado aprisionadas en un medio más material y las hace actuar libres, con mayor vigor, en un medio más etéreo".³⁴

La vida sencilla es el verdadero desafío que el

³⁴ Arnold J. Toynbee, *Estudio de la historia*, Emecé, Buenos Aires, 1953, vol. ni, p. 201.

EL MÉTODO

hombre individual puede hacer a una corriente social de progresiva complicación, de *trepadores de pirámides*, de *buscadores de prestigio* o de *artífices del derroche* —como diría Vanee Packard— para conservar, en la simplicidad de la existencia, los valores fundamentales de la vida.

2. EL CONTROL DE LA MENTE

Una de las grandes dificultades del hombre es el control de sus pensamientos, dificultad que se ve agravada en la actualidad por la incesante actividad mental fruto de la vida moderna.

La psicología ha demostrado que si bien es cierto que el torbellino de sensaciones producido por estímulos externos es uno de los motivos de inquietud mental, más importantes son las poderosas fuerzas emocionales del subconsciente cuya actividad es la que agita el oleaje de los pensamientos en el campo de la conciencia. Esto explica que todas aquellas ejercitaciones que procuran un control directo del yo sobre los pensamientos —ejercicios de concentración mental de que está llena la literatura— no den generalmente mayor resultado, pues la tensión psíquica requerida para dicho control genera una contrafuerza subconsciente que se opone al vórtice mental que se intenta controlar y la consecuencia es una lucha agotadora en el campo de la mente.

Mayor eficacia práctica tienen aquellos ejercicios que intentan aquietar la mente en forma indirecta.

Al estudiar las relaciones entre

³⁵ J. H. Schultz, *El entrenamiento autógeno*, Científico-Médica, Barcelona, 1962, 2* ed. española.

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

tensión muscular y actividad mental, llega a la conclusión de que así como una tensión psíquica se expresa habitualmente en una tensión muscular, la relajación de la musculatura permite lograr, por vía indirecta, un adecuado *silencio mental*. El método de Schultz, de autorrelajación concentrativa, que comienza con la relajación de la musculatura voluntaria y continúa generalizando dicha relajación a las funciones autónomas, lleva al ejercitante a grados bastante profundos de quietud mental y de control de los pensamientos y de la fantasía.

El examen retrospectivo, o sea el recuerdo ordenado en forma retrospectiva de los hechos ocurridos durante el día o en un espacio de tiempo mayor, parece ser el movimiento natural de la mente en estado de pasividad. Numerosos hechos registrados en personas en momentos cercanos a la muerte, sobre todo en sujetos semiasfíxiados que luego han podido referir sus experiencias, revelan que, en esos instantes, las imágenes de los hechos pasados desfilan ante la mirada expectante del moribundo en rápida sucesión retrospectiva, llegando a recordar en forma nítida los acontecimientos de la más temprana infancia. Cuando se quiere realizar este ejercicio en forma activa, con un esfuerzo de atención en busca de los recuerdos, se encuentra gran dificultad, como si se fuera en contra de la corriente de los pensamientos; pero si previamente se relaja la musculatura corporal y se coloca la mente en estado pasivo, como el espectador dispuesto a observar el movimiento natural de la misma, se observa que los recuerdos fluyen en forma retrospectiva y que, a lo sumo, hay que guiarlos con el esfuerzo mínimo de atención como para mantenerse despierto y evitar las dispersiones.

EL MÉTODO

El examen retrospectivo ha sido conocido desde la más remota antigüedad, practicado en diferentes formas y sujeto a diversas interpretaciones. Según Mircea Eliade, en textos budistas clásicos se describe este ejercicio “que consiste en remontar, por medio del recuerdo, el curso de los días, de los meses y de los años, hasta llegar a la permanencia en la matriz, quemar el *karma* acumulado en las experiencias realizadas y vencer al tiempo para sumergirse en la Eternidad”.³⁶ Lo cierto es que la práctica del examen retrospectivo va poniendo orden en la mente, facilita la evocación correcta de los recuerdos y da agilidad al pensamiento.

La oración y la meditación, aparte de su valor espiritual como ejercicios ascético-místicos, aquietan el lago de la mente, clarifican y ordenan las ideas, discriminan lo que es propio del ser de aquello que es reflejo de las opiniones ajenas y, en definitiva, ayudan a pensar en forma individual y desapasionada.

El hombre moderno necesita conquistar un *silencio mental* que ubique a su instrumento de pensamiento dentro de una jerarquía de funciones en la totalidad del ser, evitando que la razón se constituya como un poder autónomo, tiránico, generador de contradicciones y, finalmente, destructor de aquella individualidad expansiva y participante que idealmente se quiere realizar. El instrumento mental debe ser conocido por el hombre a través de un control de sí, que es una continua mirada objetiva sobre el fluir de su mente, hasta que conozca sus pensamientos, su origen y sus motivaciones. Sólo así podrá que-

³⁶ Mircea Eliade, *Yoga, inmortalidad y libertad*, Leviatán, Buenos Aires, 1957, p. 195.

GERMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

brar la identificación entre su ser y su fluir mental, cadena poderosa y esclavizante que se constituye en barrera casi infranqueable en su camino de liberación interior.

3. RESERVA, TRANSFORMACIÓN Y USO DE LA ENERGÍA HUMANA

En esta era energética, en que el hombre ha llegado a la liberación y control de buena parte de las energías de la naturaleza, no podemos decir que tenga el mismo control sobre sus propias energías endógenas, es decir, aquellas generadas en su propio organismo.

En medicina, la concepción materialista del hombre impidió durante mucho tiempo que se diera la importancia debida a su economía energética y la mayoría de los trastornos en el funcionamiento corporal se atribuían a lesiones estructurales, con un concepto de patología orgánica (Morgagni, Virchow)³⁷.

Las investigaciones de psicofisiología realizadas por Sherrington, Pavlov, Gley, von Bergmann, Cannon, ponen en evidencia la perturbación de diversas funciones del organismo por factores psíquicos y sientan las bases de una patología funcional³⁸.

El concepto de una energía humana de calidad diferente a las energías fisicoquímicas conocidas hasta entonces y la demostración de su actividad en el hombre sano y enfermo, se debe a Freud quien, a comienzos de este siglo, introduce el término *libido*.

³⁷ Lelio Zeno y Emilio Pizarro Crespo, *Clínica psicopatológica*. El Ateneo, Buenos Aires, 1945, p. 46.

³⁸ Von Bergmann, *Patología funcional*, Labor, 1940.

EL MÉTODO

Freud designa con esta palabra, en sus primeros escritos, “aquella fuerza que se manifiesta en el instinto sexual”.³⁹

Cualesquiera hayan sido las interpretaciones posteriores acerca de la llamada teoría de la libido, lo cierto es que los nuevos conceptos de energía sexual y de energía psíquica, abrieron un campo nuevo en la comprensión de muchos fenómenos de la patología y de la conducta humana, que empezaron a considerarse en términos dinámicos y energéticos.

Esta concepción energética alcanza en Teilhard de Chardin una amplitud mucho mayor, trascendiendo el campo de las energías fisicoquímicas, sexuales o psíquicas, para entrar en la idea de una *energía cósmica* que, asimilada y transformada por el hombre (*hominizada*, según sus propios términos) se manifiesta en su vida en diferentes formas y calidad. “Por energía humana —dice Teilhard de Chardin— entiendo aquí la porción siempre creciente de energía cósmica actualmente sometida a la influencia reconocible de los centros de actividad humana”. Esta energía cósmica la considera manifestada en el hombre en tres formas diversas:

- “a) La energía *incorporada* es aquella que la lenta evolución biológica de la Tierra ha acumulado y armonizado gradualmente en nuestro organismo de carne y nervios: la sorprendente máquina natural del cuerpo humano.
- “b) La energía *controlada* es aquella que, a partir de sus miembros el Hombre llega a dominar

³⁹ Sigmund Freud, “La Psicoanálisis y la teoría de la libido” en *Obras completas*, Americana, Buenos Aires, 1943, XVII, p. 253.

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

ingeniosamente a su alrededor, con un poder físico, por medio de máquinas artificiales.

- "c) La energía *espiritualizada*, en fin, es aquella que, localizada en las zonas inmanentes de nuestra actividad libre, forma la materia de nuestras intelecciones, afecciones, voliciones".⁴⁰

Es decir, una parte de la energía cósmica en el hombre está fija en el mantenimiento de las estructuras y funciones orgánicas y otra parte está libre o puede liberarse, quedando al servicio de nuevas construcciones o nuevas funciones.

La conciencia individual de ser depositario de energías cósmicas y de la posibilidad de su aprovechamiento evolutivo, da al hombre su verdadera jerarquía de participación cósmica y despierta el sentimiento de una nueva responsabilidad y de una nueva ética. Ya no se trata, solamente, de cumplir con los deberes que impone al hombre la sociedad, sino de responder por la propia vida, por las energías cósmicas que ha recibido por participación, por el uso o abuso que haya hecho de su vida y de sus energías, por el esfuerzo que haya realizado para conquistar su liberación o por los pasos que haya dado en ligarse a la esclavitud.

El concepto de una economía energética orientada a los fines del desarrollo, es un signo de madurez individual en el hombre y de conciencia de sus posibilidades de liberación. Llegado a este punto el individuo se da cuenta que la liberación será siempre una utopía mientras permanezca en el plano de las ideas y no haya una energía que transforme sus

⁴⁰ Pierre Teilhard, de Chardin, *La energía humana*, Taurus, Madrid, 1963, p. 125.

EL MÉTODO

Ideales en vida; reconoce, además, que esa energía existe en él en forma potencial, esperando ser liberada y puesta al servicio de su crecimiento interior.

La transmutación de las energías ligadas a formas inferiores de vida (plomo), en expresiones espirituales superiores (oro), ha sido la base de todas las formas de alquimia del alma, desde los más antiguos sistemas tántricos del Oriente hasta los diversos matices de la ascética mística de Occidente. Pero esta reserva de energías y su transformación evolutiva, parece salir en nuestros días del círculo esotérico de una ejercitación excepcional reservada a muy pocos, para ser patrimonio de toda la humanidad. Efectivamente, todos los hombres tienen acceso al control de ciertas formas de su propia energía que habitualmente se derrochan, sobre todo de las energías ligadas al sexo, a la palabra y a la vista.

A. FUNCIONES DEL SEXO

DE UNA SEXUALIDAD DE CONSERVACIÓN A UNA SEXUALIDAD DE TRANSFORMACIÓN

A pesar de que los problemas vinculados al sexo han sido muy bien estudiados hoy en día, sobre todo a partir de los trabajos de Freud y su escuela, la sexualidad constituye para muchos una función enigmática frente a la cual no siempre aciertan a ubicarse. Es frecuente comprobar, tanto en doctos como en profanos, las opiniones más contradictorias referentes al sexo. Por otra parte, la literatura de divulgación, en lugar de aclarar el problema, lo con-

GÉRMEENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

funde muchas veces, sobre todo cuando trata estas cuestiones en forma superficial y generalizadora.

Desde un punto de vista doctrinario, hay quienes consideran la sexualidad como una función destinada exclusivamente a la reproducción. El sexo, según esta teoría, está al servicio de la conservación de la especie y todo otro aspecto distinto a esta función conservadora, como el placer, entra en el orden del vicio o del pecado.

Frente a esta concepción idealista se levantan los sistemas que podemos llamar naturalistas, según los cuales la sexualidad es una de las tantas necesidades del organismo y debe ser tratada como las demás funciones instintivas, es decir, que toda restricción en aquel campo sería antinatural. Según esta interpretación naturalista el sexo tiene, además de su función reproductora, una función placentera.

En la práctica y desde el punto de vista de una problemática existencial del hombre, ambas concepciones, idealista y naturalista, se presentan como actitudes extremas que no contemplan la totalidad de las necesidades del individuo, que son tanto naturales como espirituales.

De acuerdo a la teoría psicoanalítica, la sexualidad es una energía de características particulares cuyas fuentes de origen están en el propio organismo. Freud demostró que la energía sexual no solamente podía canalizarse a través de los órganos genitales, sino que también podía expresarse a través de otras zonas orgánicas. Además, introdujo el concepto de *desarrollo sexual*, es decir, que la sexualidad no es una energía que se despierta de golpe en la pubertad sino que se desenvuelve en el tiempo, pasando en el niño y en el joven por una serie de etapas

EL MÉTODO

hasta llegar a lo que se conoce como sexualidad adulta. Para que se produzca esta madurez sexual es necesario que el yo renuncie a los objetos infantiles del deseo y si tal desplazamiento evolutivo de la libido no se produce, ocurren graves trastornos en el desarrollo de la personalidad.

Otro concepto muy importante, aportado por la Psicología Médica, es el de *constitución sexual*, o sea que cada individuo tiene, al nacer, una característica o fórmula sexual que determina el tipo de sus reacciones y conducta durante toda la vida. Esta idiosincracia de la sexualidad hace que sea muy aventurado establecer leyes o normas de la conducta sexual que sean aplicables a todos los individuos.

Pero aparte de las características que puedan señalarse a la sexualidad, ya sea desde el punto de vista del desarrollo psicobiológico o de las modalidades de la constitución temperamental, es posible establecer en el hombre una tipología del sexo sobre las bases del desarrollo psicoespiritual. Corresponde a Ouspensky el mérito de haber señalado, desde este último punto de vista, las diferencias fundamentales que existen entre lo que debe llamarse sexualidad normal, infra-sexo y supra-sexo.⁴¹

Dice Ouspensky: “El sexo normal se encuentra enteramente coordinado con otros aspectos de la vida del hombre y con sus más altas manifestaciones. No se atraviesa en su camino y no les roba energía; la energía utilizada en el funcionamiento de la sexualidad normal es inmediatamente repuesta debido a la riqueza de las sensaciones e impresiones que se

⁴¹ Pedro Ouspensky, *Un nuevo modelo del universo*, Sol, Méjico, 1950, cap. xn. “Sexo y evolución”.

GÉRMEENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

reciben por el intelecto, la conciencia y el sentimiento”.

“La característica fundamental del infra-sexo es la ausencia de coordinación entre la idea de sexo y la idea de las otras funciones normales del hombre. El sexo siempre conduce a las gentes del infra-sexo a la tentación, al pecado, al crimen, a la locura, al libertinaje. Muchos hombres que en realidad no pertenecen al infra-sexo empiezan a saber del sexo por medio de hombres de esta clase de infrasexualidad e inmediatamente reaccionan ante el sexo como ante algo sucio. Todas las clases de crímenes pasionales pertenecen a la infrasexualidad. La dificultad de comprender la naturaleza del infrasexo es creada por el continuo embellecimiento y el deseo de ennoblecer y justificar todas las manifestaciones de violencia y de emociones degeneradas relacionadas con el sexo. Todo el poder de la hipnosis del arte y de la literatura se dirige hacia la glorificación de estas emociones y estos crímenes. Hasta el elemento más insignificante de infrasexualidad, ya sea en el hombre o en la mujer, rebaja las relaciones, los sentimientos y las sensaciones de uno a otro a una categoría inferior o incluso destruye completamente todo lo que había de positivo en ellas”. Hasta aquí Ouspensky.

Ahora bien, querer reducir este tipo de infrasexualidad a determinados complejos, traumas o fijaciones infantiles, como pretenden algunas escuelas psicológicas, es un error. Esto es algo mucho más profundo, que está en la raíz de la constitución y de las desviaciones éticas.

El reconocimiento de este infra-sexo detrás de las apariencias de una forma bella o del refinamiento

EL MÉTODO

cultural, constituirá seguramente, una de las preocupaciones mayores en el futuro inmediato para formar parejas felices y para evitar en forma consciente que se transmitan caracteres degenerativos en la descendencia.

Mucho se ha avanzado hoy en día en el conocimiento de la dinámica de la sexualidad y de la conducta sexual, pero aún es pobre y a menudo contradictorio todo lo referente a la orientación y educación del sexo. Llama poderosamente la atención, por ejemplo, que en un tratado de sexología tan completo como el Kinsey Record,⁴² que dedica dos voluminosos tomos a analizar exhaustivamente la conducta sexual del hombre y de la mujer, con referencias estadísticas de todo tipo, no dedique una sola página a la educación sexual.

En un trabajo de Freud aparecido en 1930, *El malestar en la cultura*, el fundador del psicoanálisis señalaba que los conflictos que el hombre civilizado sufre a causa de su sexo, derivan exclusivamente de una cultura represiva que deforma la instintividad natural desde los primeros años de la vida.⁴³

Por otra parte, los trabajos de investigación psicosocial realizados en culturas primitivas, como los de Margaret Mead en Samoa,⁴⁴ parecían confirmar aquellos puntos de vista, pues los hechos de observación muestran que en los pueblos donde no hay

⁴² Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy, Clyde E. Martín, *Sexual behavior in the human male and sexual behavior in the woman*, Saunders, 1948.

⁴³ Sigmund Freud, "El malestar en la cultura", en: *Obras Completas*, Americana, Buenos Aires, 1943. t. xix, p. 74.

⁴⁴ Margaret Mead, *Adolescencia y cultura en Samoa*, Abril, Buenos Aires, 1945, p. 153.

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

represión no se produce en los jóvenes la llamada crisis de la pubertad, que se considera como artificio de la civilización moderna.

Tanto las conclusiones de Freud referentes a lo que él llama *malestar en la cultura*, como las observaciones de Margaret Mead en Samoa, no resisten a una crítica profunda pues no toman en cuenta el desarrollo de los tipos humanos a los que se refieren y hacen generalizaciones prematuras.

Si la represión sexual origina cuadros patológicos, si se la considera como causa de buena parte de la nerviosidad del hombre moderno y si en las culturas no represivas las personas parecen ser más felices, todo haría pensar que la solución a estos problemas estaría en un liberalismo sexual.

Conocemos la experiencia social, realizada en siglos pasados, de una cultura represiva en el orden sexual y no negamos sus consecuencias desfavorables. Pero también conocemos la experiencia que nos brinda hoy una cultura no represiva, donde la angustia y la nerviosidad del hombre no han disminuido á pesar de la mayor liberalidad sexual y donde los problemas vinculados al sexo han variado tal vez en la forma pero persisten como raíz de conflictos individuales y colectivos.

El propio Freud, a pesar de haber destacado la importancia del placer sexual y la canalización directa de las energías sexuales, también señaló la trascendencia que en el hombre tienen las llamadas *derivaciones culturales del instinto* o *desviaciones de la libido hacia fines más elevados*: sublimación o transmutación. Dice Freud: "Precisamente los componentes del instinto sexual se caracterizan por esta capacidad de sublimación, de cambiar su fin sexual

EL MÉTODO

por otro más lejano y de un mayor valor social. A las aportaciones de energías conseguidas de este modo para nuestras funciones anímicas, debemos probablemente los más altos éxitos civilizadores”.⁴⁵

En resumen, aparte de las funciones reproductora (conservadora) y placentera, debemos reconocer en la sexualidad una función *evolutiva* que está al servicio del desarrollo superior del hombre, no solamente para alcanzar un cierto grado de socialización sino también de transformación espiritual.

Nada hay que discutir a las funciones naturales que el sexo tiene, ni querer resolver los problemas derivados de la sexualidad amputando o frenando alguna de esas funciones, sino apuntar al desarrollo de *nuevas* funciones de la sexualidad. La nueva función del sexo que el hombre del futuro podrá desarrollar es la de favorecer su propio desenvolvimiento interior: generación y crecimiento anímico endógenos.

Para la conquista del actual estado evolutivo del sexo ha sido necesaria la renuncia a los deseos más animalizantes y primitivos. Pero cabe ahora la pregunta de si es posible continuar la evolución por una participación consciente y activa del individuo, y si a través de la renuncia de una parte de su sexualidad placentera podrá conquistar un estado de supra-sexo. El mismo Freud decía lo siguiente: “La plasticidad de los componentes sexuales, que se manifiesta en su capacidad de sublimación, puede constituir una gran tentación de perseguir, por medio de una sublimación progresiva, efectos civilizadores

⁴⁵ Sigmund Freud, “Una teoría sexual y otros ensayos”, en: *Obras Completas*, Americana, Buenos Aires, 1943, t. n, p. 200.

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

cada vez más grandes”,⁴⁶ Pero Freud, demasiado influido por la mentalidad de su época, no parecía tener mucha confianza en el poder de esta sublimación y no llegó a vislumbrar la trascendencia cósmica y evolutiva de estas nuevas funciones de la sexualidad.

El hombre —y en esto hay una diferencia fundamental con el animal— no puede eludir, ante la consumación de sus deseos sexuales naturales, la mirada de su conciencia trascendente que le exige, según el desarrollo alcanzado, un grado mayor o menor de sublimación de sus energías sexuales.

En otras palabras, el conflicto auténticamente humano dentro del campo sexual, es el que se plantea en la intimidad del ser entre el sentimiento de lo sagrado y de lo profano, entre la presión de los deseos naturales y los anhelos íntimos de pureza y de trascendencia.

La necesidad de pureza surge de algo intrínseco y espiritual en el hombre y no puede explicarse, solamente, desde el punto de vista de un sentimiento de culpa o de la influencia de un medio ambiente puritano. Si el hombre primitivo no siente tal necesidad y si los jóvenes de algunas tribus indígenas no experimentan los conflictos anímicos de nuestros adolescentes civilizados, que tan bien ha descrito Spranger,⁴⁷ es porque no han alcanzado el desarrollo suficiente como para hacerse sensibles a los valores del espíritu.

⁴⁶ Sigmund Freud, “Psicología de la vida erótica”, en: *Obras completas*, Americana, Buenos Aires, 1943, t. xii, p. 42-44.

⁴⁷ Eduardo Spranger, *Psicología de la edad juvenil*, Revista de Occidente Argentina, Buenos Aires, 1948. 3^a ed., p. 132.

ÉL METODO

Todo individuo normal, a cierta altura de su desarrollo psicoespiritual, tiene para consigo mismo alguna exigencia de pureza y de castidad. Muchos jóvenes sienten espontáneamente la necesidad de ser castos pero, como la castidad se encuentra desvalorizada en el medio ambiente actual, creen que son inadaptados o neuróticos y, al querer ponerse a la altura de la mayoría, no hacen sino sufrir más.

En la India se conserva aún, en algunos sectores de la sociedad, la práctica de la castidad. Entre las observaciones que hace Lanza del Vasto en su viaje a la India, figura la siguiente: “Muchos jóvenes entregados a sus estudios permanecen vírgenes hasta los 25 años. Otros, a fin de preservarse íntegros para la obra de caridad, hacen voto de castidad para toda la vida. Hay parejas de casados que lo hacen de común acuerdo y viven bajo el mismo techo como hermano y hermana . Entre los indios que he conocido , nunca he sido testigo de una escena indecente o de un chiste obsceno”.⁴⁸ Gandhi, el paladín de la no violencia, instituyó para sus discípulos más cercanos, la práctica de la castidad. Dice Gandhi : “El hombre sin freno no tiene esperanzas de propia realización . Confieso que puede ser difícil probar la necesidad de sujeción a un ateo o a un materialista . Pero aquel que conoce la diferencia entre la naturaleza perecedera de la carne y la imperecedera del espíritu sabe, intuitivamente , que la propia realización es imposible sin disciplina y sin freno. El cuerpo puede ser un campo de libre juego para la pasión o un templo para la propia realiza-

⁴⁸ Lanza del Vasto, *Peregrinación a las fuentes*, Sur, Buenos Aires, 1954, ps. 62 a 63.

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

ción. Si es lo último, no hay lugar ahí para el libertinaje. Las necesidades del espíritu deben doblegar la carne a cada momento”.⁴⁹

Pero la castidad inspirada por el sentimiento religioso y valorizada muchas veces como una virtud que se opone a las funciones naturales del sexo, con todas las implicaciones de la culpa y castigo, debe incorporarse a la dinámica normal del hombre moderno como una nueva función evolutiva de la sexualidad. Este tipo de restricción de la sexualidad no tiene nada que ver con la represión fundada en el temor; es más bien una ofrenda voluntaria de energías que el hombre maduro pone al servicio de su individualidad naciente para favorecer su desarrollo y lograr una armonía de valores humanos y divinos que le permita sentirse plenamente hombre.

Si bien es cierto que esta transmutación de las energías sexuales en procura de un supra-sexo sólo se produce, al comienzo, después de cierta lucha con las pulsiones instintivas, vencido el umbral de inercia de una sexualidad que tiende a la descarga automática, el excedente no indispensable se incorpora a la dinámica general del individuo sin mayor esfuerzo y entra al servicio de las funciones superiores del intelecto, la sensibilidad y la acción. Si estas funciones superiores son activadas a través de una vida rica y plena de renuncia, ellas mismas, desde su propio nivel, *bombean*, por necesidad de alimentación, a la energía sexual libre y la transmutación se realiza silenciosamente como tantos otros procesos del metabolismo biológico.

⁴⁹ Mahatma Gandhi *Principios básicos del gandhismo*, p. 111.

ÉL MÉTODO

Es la riqueza de la vida superior, entonces, y no la lucha a brazo partido con la naturaleza inferior lo que, en definitiva, encauza la energía sexual hacia los nuevos campos del desarrollo espiritual del hombre.

Cuando se habla de transmutación sexual, se sobreentiende que este proceso se realiza sobre la base de un cambio en la escala de valores del ser, pero no sabemos aún qué repercusiones puede tener en el campo estrictamente fisiológico. No conocemos bien la fisiología del hombre cuyas energías sexuales están en una dinámica transmutativa, aunque todo hace pensar que los cambios profundos en los niveles psicoenergéticos han de tener una contrapartida material en el organismo. Es probable que se produzcan nuevas sustancias químicas, nuevos estímulos en las glándulas de secreción interna, en los mecanismos de inmunidad natural o en las funciones del sistema nervioso. Con alguno de estos indicios, recogidos en forma empírica por la observación de algunos hombres y mujeres que han consagrado sus vidas a un ideal superior, la fisiología del futuro volverá a plantear, en el terreno experimental, los viejos problemas de los alquimistas referentes a la transmutación de los elementos (en este caso en el campo biológico) y al misterio del rejuvenecimiento y de la prolongación de la vida.

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

B. NUEVAS FUNCIONES DE LA PALABRA. DE LA PALABRA AL VERBO

El lenguaje verbal, atributo específicamente humano, no es sólo una función expresiva del pensamiento y las emociones, sino de todo el ser.

Torrentes de ideas y sentimientos se canalizan a través de la palabra en un fluir centrífugo que en muchos hombres adquiere el carácter de función autónoma impulsiva, es decir, que la actividad mental y emocional se expresa automáticamente en formas verbales, sin ningún control.

Esta maravillosa actividad expresiva del lenguaje oral, si bien es el fundamento de la comunicación entre los hombres, puede transformarse en acciones de desgaste o destructivas cuando la palabra es inútil o malsana.

Cuando una función biológica va más allá de los límites adecuados a sus fines se desvirtúa y, en lugar de estar al servicio de la totalidad del organismo, se vuelve en contra de él. Conocemos las desviaciones de muchas funciones por uso inadecuado o por abuso y su patología correspondiente. Pero en el terreno del lenguaje podemos preguntarnos: ¿cuáles son los límites normales de la palabra? ¿Qué *quantum* energético es el necesario para sostener la función de comunicación de las ideas y la expresión de los sentimientos en una vida de relación normal? Todo lo que sobrepase ese límite fisiológico es, in-

EL MÉTODO

dudablemente, un abuso de la función y un desaprovechamiento de energías que podrían ser utilizadas para otras funciones.

Sabemos muy bien a qué abusos ha llegado el hombre, hoy en día, con su palabra: una dialéctica inútil, que pretende resolver con palabras lo que hay que realizar con hechos o una emotividad que se desgasta en la expresión verbal cuando podría animar los circuitos de la actividad creadora.

Cuando el hombre toma conciencia de los límites naturales de sus funciones, empieza a respetar dichos límites. Realiza esto con la sexualidad, con la palabra y con las demás funciones de la vida: no es que niegue su naturaleza, sino que respeta los límites que le son propios y no va más allá porque tiene conciencia de que *más allá* es lo que el hombre religioso llamaría el pecado y el hombre consciente de sus posibilidades futuras considera el campo reservado a la conquista de nuevos valores suprapersonales, que debe realizar con la energía que habitualmente se derrocha.

El control de la palabra dentro de los límites necesarios a la expresión clara de las ideas y sentimientos constructivos, permite una reserva de energías que puede ser puesta al servicio de una nueva función del lenguaje: la función creativa de la palabra, el Verbo.

En realidad, la lingüística ha estudiado detenidamente las funciones fonética, semántica, de comunicación y simbólica del lenguaje, pero muy poco ha dicho acerca de la energía vocal y del poder de la palabra. Los autores más serios que se han ocupado de remontar la corriente histórica del lenguaje y de estudiar las raíces comunes a diversas lenguas,

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

no han podido menos que asombrarse de la sabiduría encerrada en tales raíces y de la imposibilidad de querer derivarlas por evolución del lenguaje animal o de presuntos sonidos de imitación u onomatopéyicos del hombre primitivo.

Ya Platón, en el *Cratilo*, decía que las cosas tienen una forma, un color, un sonido y una esencia y que las palabras primitivas imitan la esencia de las cosas. El erudito filólogo y filósofo Max Müller dice: “¿Cómo puede el sonido expresar el pensamiento? ¿Cómo se han hecho las raíces signos de ideas generales? Son tipos fonéticos producidos por un poder inherente al espíritu humano. Estas raíces han sido creadas por la naturaleza, como diría Platón, pero con el mismo Platón nos apresuramos a añadir que por naturaleza entendemos la mano de Dios. El hombre en su origen poseía la facultad de dar una expresión articulada a las concepciones de su razón”.⁵⁰ Por su parte, Wilbur Marshall Urban considera que, “cualesquiera que sean nuestras opiniones sobre el origen y desarrollo del lenguaje, puede aceptarse como seguro que las palabras y el lenguaje articulado se han apartado cada vez más de la fuente originaria de su ser”.⁵¹

Es a esta fuente originaria del lenguaje, no sólo en función de historia sino en función de ser, adonde el individuo tendrá que volver para descubrir potencialidades de la palabra que el uso y abuso de la lengua, en el devenir colectivo de las razas, ha dejado latentes como posibilidades futuras.

⁵⁰ Max Müller, *La ciencia del lenguaje*, La España Moderna, Madrid, 5* ed.

⁵¹ Wilbur Marshall Urban, *Lenguaje y realidad*, Fondo de Cultura Económica, Méjico-Buenos Aires, 1952, p. 33

EL METODO

En realidad, lo que hoy conocemos como lenguaje oral es sólo un fragmento del lenguaje total, aquel aspecto ligado al desarrollo racional y emocional del hombre en una cierta época de su historia. Pero al hacerse el hombre integral, restableciendo la unidad consigo mismo y con el universo, su lenguaje ya no podrá ser sólo medio expresivo de *algunos* aspectos parciales de su personalidad, sino expresión de su *ser total*, que es divino y humano a la vez. Su palabra ya no será solamente una energía que vehiculiza un significado, una emoción, un sonido o un símbolo, sino una energía humana que se asocia a la energía divina del Verbo creador y participa de su corriente de vida.

Si las energías del hombre individual vibran en una relación participante con la energía cósmica y si sus aspiraciones más profundas están puestas al servicio de una finalidad trascendente, su palabra se hace realmente viva, es fuente de vida para los demás y sostén humano para la obra divina sobre la tierra.

Esta palabra viva, este Verbo creador, no puede surgir de la dialéctica confusa que agita a la masa humana, ni del mar de arena de las palabras vacías, huecas y sin sentido en que se encuentra sumergido el hombre de nuestro tiempo, sino de la soledad del individuo y de su silencio interior.

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

C. NUEVAS FUNCIONES DE LA VISTA. DE LA VISIÓN EXTERIOR A LA VISIÓN INTERIOR

Si consultamos cualquier texto de fisiología nos enteraremos que la función normal del ojo es la visión. Pero lo que llamamos visión también está sujeto a los conceptos de uso, abuso y desarrollo.

Dentro de las avenidas de acceso al conocimiento del mundo exterior, que son los sentidos, la percepción visual ocupa en el hombre el lugar más importante y su jerarquía funcional se acrecienta, en el desarrollo filogenético, a costa de otros campos sensoriales que, como el olfato, van quedando relegados a las estructuras más antiguas del cerebro, a veces como reliquias de lo que otrora fuera su grandeza.

En la vida moderna, la función visual adquiere cada vez más importancia como medio de conocimiento y gozo del mundo que nos rodea. El torbellino de estímulos visuales es, hoy, impresionante y la industria tecnológica inventa todos los días nuevos medios para multiplicar tales estímulos y acrecentar su influencia. El término medio de la población adulta e infantil pasa largas horas delante de sus televisores, de los espectáculos públicos, de los anuncios de todo tipo, de los impresos en libros, revistas, etc.

Sin duda alguna asistimos a un abuso de la visión exterior, tal como lo señaláramos respecto a la pa-

EL MÉTODO

labra y a la sexualidad. Pero es que estas tres funciones: vista, palabra y sexo, no son funciones fijas, como la digestión o la circulación de la sangre, que en su desarrollo onto y filogenético parecieran haber alcanzado el máximo de sus posibilidades, o como el olfato que está en franca involución, sino que, por el contrario, son funciones en desarrollo, cada una de las cuales sintetiza a muchas otras funciones subalternas del pasado y da pie a nuevas transformaciones para el futuro. Una sola palabra, una sola mirada, un solo movimiento expresivo de la erótica, resumen en sí múltiples experiencias, movilizan miles de conexiones cerebrales y humorales y cada una de estas modalidades de expresión del ser puede, en un momento dado, señalar el rumbo de una vida y aún marcar el curso de la historia.

No es extraño, entonces, que estas *funciones jóvenes* en el hombre, como las yemas de los brotes nuevos en las plantas, estén sobrecargadas de energía y que esta sobreabundancia predisponga al abuso. Sin duda alguna, el hombre dispone en los respectivos *centros* de estas funciones, de mayor energía que la necesaria estrictamente para ver, para hablar lo necesario o para la reproducción y el goce sexual dentro de los límites que podríamos llamar fisiológicos.

Respecto a la percepción visual, el abuso de la función va en desmedro de otros aspectos de posible desarrollo como la *visión interior o visión de totalidad*.

La visión interior, conocida por los místicos y por todos aquellos que han logrado un conocimiento real de sí mismos, no puede ser reemplazada por el conocimiento que surge de un análisis psicológico de la personalidad, por muy *profundas* que sean las ca-

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

pas que se exploren. Se trata de una *nueva* función, verdadera *vista interior*, que trasciende el campo restringido de la visión exterior y tiene acceso a una nueva dimensión del ser.

Esta visión interior es una visión en profundidad, es lo que Leonardo da Vinci decía *saper vedere*, lo que los filósofos califican de intuición (— visión-contemplación) en el sentido de conocimiento claro e inmediato de la realidad y lo que, con toda propiedad, puede llamarse *clarividencia*, no en el sentido parapsicológico del término sino en su significado etimológico de *claridad de percepción*.

Cuando se habla de intuición y clarividencia, o bien se da por sentado que se trata de cualidades innatas o bien de facultades extraordinarias que se adquieren al cabo de largas y complicadas ejercitaciones. Una abundante literatura de recopilación de textos yogas ha difundido en el público culto de Occidente, en lo que va de este siglo, las técnicas empleadas en algunas escuelas orientales para despertar la clarividencia y otros poderes superiores de la mente. La parapsicología, por su parte, ha estudiado con criterio científico la llamada percepción extrasensorial y las diversas modalidades: visuales, auditivas, cenestésicas, etc., con que se manifiesta.

Pero la visión interior no tiene nada que ver con todo esto. En primer lugar, no se trata de una función aislada que pueda desarrollarse por una técnica, sino que es el resultado del desarrollo en profundidad de la vida misma. Además, así como la visión exterior sólo es posible en un medio ambiente luminoso, la visión interior requiere la existencia de una *luz interior*, de ahí que en lenguaje de la tradición mística se la designe también como ilumina-

EL MÉTODO

ción. La luz interior es la nueva atmósfera en que se mueve la individualidad expansiva y participante y surge como chispa al contacto de lo humano con lo divino.

La reserva de energías en el campo visual, la renuncia a las estimulaciones inútiles procedentes del mundo exterior y el hábito de dirigir la mirada hacia el propio ser a través de la meditación, van desarrollando progresivamente una capacidad de visión interior y de visión en profundidad que, descrita como fenómeno extraordinario en los grandes místicos o grandes clarividentes, empieza a ser accesible como función normal del individuo en expansión quien reclama con urgencia el instrumento necesario para verse con claridad a sí mismo y al mundo que lo rodea.

IX

TRABAJO Y AYUDA A LA HUMANIDAD. LA PARTICIPACIÓN

La vocación de Ser debe expresarse en un que-hacer individual que otorgue a la vida una plenitud de sentido.

Al expandirse el individuo y tomar conciencia de sus posibilidades y de su propio destino, surge la necesidad de plasmar, en la realidad concreta, sus anhelos de liberación interior: del silencio íntimo brota la acción fecunda, la conciencia expansiva se revierte en una voluntad participante y la vida se hace plena e integral. Sin este tránsito de la idea a la acción, de la conciencia a la voluntad, de la expansión a la participación, los movimientos de vida iniciados quedan detenidos a medio camino y no puede recogerse el fruto de la experiencia total, que es conocimiento-gozo-sufrimiento al mismo tiempo.

Un ciclo de vida que no llega a su completo desarrollo es como una combustión incompleta en el campo de la existencia y los residuos de estos *carbóns no quemados del todo* son los que se van acumulando a través del tiempo y constituyen el saldo de insatisfacciones, frustraciones, ignorancia, inge-

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

nuidad y tantas otras cosas que dan el sello de la inmadurez y de la falta de plenitud existencial.

Hoy en día los hombres están capacitados para comprender y aun para sentir, por lo menos dentro de ciertos límites, los grandes problemas de la vida humana, pero cuando se trata de plasmar en la acción dichas ideas-sentimientos, aparecen dificultades a veces insalvables y suelen quedar fijados en una actitud idealista frente a la vida.

No es que la voluntad y el impulso a la acción no existan; por el contrario, hay un desarrollo considerable de un tipo de voluntad personal de autoafirmación, movida por el deseo posesivo y el ansia de poder, que ha llevado al hombre a la conquista del mundo exterior y a creerse amo del mismo. La medida del poder y alcance de la voluntad está dada por los afectos que la determinan; o si se quiere, en otros términos: la medida de la voluntad está dada por la calidad del sentimiento que se genera en el corazón. Aun la etimología de la palabra voluntad (derivada del latín *voluntas* y del verbo *velle o volere*, desaparecido en castellano) significa querer. Pero hay muchas formas de querer.

En el hombre personal, este *querer* es la fuerza de amor de sus centros emocionales y pasionales que mueve a una voluntad muchas veces de tipo impulsivo y de finalidad posesiva. Muchos seres quisieran salir de este campo de acciones limitadas y egoístas y, cuando intuyen las necesidades de los demás, quisieran lanzarse a una acción desinteresada en bien de la humanidad. Pero la mayoría de los hombres está demasiado preocupada por sus propios deseos de bienestar y seguridad material y, generalmente, sus más bellos ideales y sus más pu-

TRABAJO Y AYUDA A LA HUMANIDAD

ros sentimientos de amor efectivo al prójimo se desvanecen muy pronto, como el humo, en el transcurso del tiempo. Se trata de ideas solamente, como si los sentimientos superiores no tuvieran aún la fuerza suficiente para mover la voluntad. Las acciones de *ayuda a la humanidad* realizadas en los niveles intermedios del desarrollo suelen tener el carácter de acciones compensadoras, es decir que, en el fondo, colman el vacío existencial, la frustración, la soledad o la necesidad de justificarse a sí mismo, lo que no quita, por otra parte, el valor de las mismas.

Sólo cuando en el corazón se produce la real transformación de los sentimientos y surge un amor altruista y capaz de sacrificio, un nuevo centro superior toma el comando de la voluntad; el individuo ya no trabaja para sí, exclusivamente, sino que pone sus energías al servicio del desarrollo de *toda* la humanidad: la parte se integra al todo por participación. Este nuevo tipo de voluntad individual, en contraposición a la voluntad personal, es una voluntad de servicio, voluntad participante o voluntad analógica. A nivel de la individualidad expansiva y participante no hay conciencia de separatividad entre el yo y la humanidad, entre *mi* vida y la *vida de la humanidad*, entre *yo* que quiero servir y los *demás* a quienes ayudo, sino que *yo soy la humanidad*. La voluntad analógica no nace, entonces, de una comprensión racional, de un darse cuenta que hay que hacer algo por los demás, que hay que hacer obras de bien, sino que surge como consecuencia de un nuevo valor individual de participación, es decir, de *sentirse parte* de un todo, parte integrante de lo que llamamos la humanidad, de descubrir esa

GÉRMESES DE FUTURO EN EL HOMBRE

humanidad dentro de sí mismo, de sentir los problemas ajenos como si fueran propios y de hacerse responsable de la *totalidad* de la vida humana: un sentimiento de participación genera una acción participante.

La pregunta que surge habitualmente: *¿Qué puedo hacer para ayudar a la humanidad?*, no tiene sentido en un alma madura, para quien la humanidad es ella misma y sus deberes hacia la humanidad no se contraponen a los deberes para consigo misma. No hay una acción primera y una acción segunda. No hay una acción sobre sí que se opone a una acción sobre otro: toda acción exterior afirma el mundo de dualidad y pares de opuestos si no es expresión auténtica de un estado interior de participación que unifica el problema y sentir individual con el problema y sentir colectivo y universal.

La acción participante y unitiva supera también el antiguo dilema entre la acción y la no acción que desde que fuera expuesto en forma magistral en el *Bhagavad Gita*, ha dado origen a tantos pareceres y filosofías. La participación va más allá de toda dualidad: es un acto simple, de ofrenda, de entrega, de olvido de sí mismo; es un sentido Crístico del individuo en expansión que le hace sentir su propia vida y la vida de los demás dentro de la *totalidad*, de la vida humana. Esta mística de participación está muy por encima de las acciones benéficas, de la filantropía, de la ayuda a los necesitados, acciones que quedan incluidas como consecuencia de la participación pero que no la determinan.

La participación, por ser individual, es íntima y pertenece a la esfera de vida interior. Puede manifestarse en acciones grandes o insignificantes, os-

TRABAJO Y AYUDA A LA HUMANIDAD

tensibles u ocultas a los ojos de los demás: lo importante es la fidelidad con que cada uno responda al llamado de su destino porque en definitiva la vida interior del individuo es el fundamento de la vida de la comunidad humana.

Toynbee, en su estudio acerca del proceso de crecimiento de las civilizaciones, siguiendo al respecto las ideas de Bergson, destaca la importancia del desarrollo interior del individuo como factor de progreso de la sociedad. “Es merced al desarrollo interno de la personalidad —dice— que los individuos humanos son capaces de realizar, en sus campos exteriores de acción, esos actos creadores que determinan el crecimiento de las sociedades humanas”⁵² Dentro de estas personalidades creadoras asigna Toynbee un papel principal a los grandes místicos, sobre todo quienes habiendo alcanzado por el retiro del mundo el más alto nivel de espiritualidad, no han vacilado en descender desde las altas cumbres al valle para participar de la vida de sus semejantes. “Gracias a su desasimiento y retiro, la personalidad puede desarrollar las facultades individuales que hubieran seguido siendo inoperantes si el individuo en quien eran inmanentes no se hubiera liberado, por un tiempo, de los lazos y trabas sociales. Para el anacoreta el retiro es una oportunidad de transfiguración y tal vez una condición necesaria; pero, por lo mismo, esa transfiguración puede carecer de finalidad y tal vez hasta de sentido, si no preludia el regreso de la personalidad transfigurada al medio social del que originariamente procedía, al contorno

⁵² Arnold J. Toynbee, *Estudio de la historia*, Emecé, Buenos Aires, 1961, t. ni, p. 252.

GÉRMEENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

nativo del que un animal social no puede extrañarse permanentemente sin repudiar su condición humana”.⁵³

Pero no solamente por conducto de las grandes individualidades creadoras se lleva a cabo la ayuda a la humanidad, sino que todo hombre, a través de las acciones pequeñas y cotidianas, pero fieles, puede participar en la misma; esa fidelidad y consecuencia es la que genera y mantiene el fuego sagrado en el corazón de los hombres y lo que constituye el germen fecundo de la acción civilizadora. Todo aquel que siendo infiel a sí mismo, a los deberes propios de su estado, a las obligaciones contraídas con la sociedad, pretenda *ayudar a la humanidad* realizando tales o cuales obras, por más apariencias de benéficas que tengan, proyectará sobre los demás sus propios problemas y permanecerá ajeno a la vida de los seres a quienes quiere ayudar.

Teilhard de Chardin también señala la importancia que tiene el cumplimiento fiel de las acciones humanas como apoyo indispensable para alcanzar los fines más elevados de la existencia: “En virtud de un maravilloso poder ascendente encerrado en las cosas —dice— cada realidad alcanzada y superada nos permite llegar al descubrimiento y a la continuidad de un ideal de calidad espiritual superior. A quien despliega convenientemente sus velas al soplo de la Tierra, una corriente le fuerza a salir cada vez más a alta mar. Cuanto más nobles son los deseos y las acciones de una persona, más avidez tiene de las cosas grandes y sublimes. Pronto ni su familia, ni su país, ni el aspecto remunerador de su

⁵³ Arnold J. Toynbee, *Idem*, p. 268.

TRABAJO Y AYUDA A LA HUMANIDAD

actividad, serán ya plenamente satisfactorios. Necesitará crear organizaciones generales, abrir caminos nuevos, defender grandes causas, descubrir verdades, tener un Ideal que sostener y mantener . Así , poco a poco , el obrero de la Tierra deja de pertenecerse a sí mismo. Poco a poco el gran soplo del Universo , que le penetró por el resquicio de una acción humilde, pero fiel, le dilata, le eleva , le empuja”.⁵⁴

En resumen, si a través de la expansión de su conciencia el ser individual responde a la influencia de lo divino, por su actividad exterior debe responder a la totalidad de lo humano con una conducta participante. Toda disociación entre estos dos aspectos, humano y divino, crea las utopías humanistas o espiritualistas y, al final de cuentas, se traduce en la frustración existencial de quienes, habiendo recibido en un cierto momento la inspiración de un ideal divino en su mente y su corazón, no supieron hacer depositaria a la humanidad de dicho tesoro y lo dejaron encerrado en una personalidad egoísta, sin posibilidades de fruto. Si bien las grandes obras de asistencia a la humanidad son patrimonio de los grandes seres llamados a realizarlas, la conducta participante debe formar parte de la vida de todos los hombres, en su círculo y de acuerdo a sus posibilidades.

⁵⁴ Pierre Teilhard de Chardin, *El medio divino*, Taurus, Madrid, 1965, 4ª ed., p, 60.

X

INTEGRACIÓN MATERIAL DE LA EXISTENCIA HUMANA. EL SACRIFICIO

A pesar de los esfuerzos naturales y aun espirituales para librarse del mundo material y de las condiciones esclavizantes de la existencia, hay siempre en toda vida humana un trasfondo de dificultades y obstáculos incomprensibles frente a los cuales es imposible luchar: es la barrera de lo irremediable, de lo que está allí siempre presente, con una presencia oscura pero real, es como la *sombra de la existencia*.

Los avances del conocimiento, los progresos de la ciencia y la conquista del poder, al vencer muchos de los límites que se creían absolutos, han hecho creer que dicha sombra existencial no tardaría en ser vencida completamente por el esfuerzo del hombre. Hay filosofías y caminos ascéticos fundados sobre la base de un espíritu fáustico, de desafío a todos los obstáculos de la vida y de confianza en el esfuerzo o sobre-esfuerzo del individuo para conquistar su liberación.

Otras corrientes han tomado con más fe el espíritu pasionista, aceptando el dolor y las dificultades

GÉRMEENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

des de la vida con ánimo de resignación y capacidad de sufrimiento en espera de una liberación futura por gracia divina.

Con una u otra de estas actitudes el hombre reconoce, en un momento dado, que el dolor no ha sido vencido; que, pese a todo, está siempre presente, y es cuando anhela el conocimiento de la raíz del mismo. En aras de esta búsqueda, el individuo llega necesariamente a la consideración de los fines últimos de la existencia y no puede menos que plantearse el problema de sus actitudes fundamentales frente al Espíritu y a la Materia. Desde un punto de vista fenomenológico, el Espíritu se nos presenta como lo simple, la unidad, lo luminoso, el medio divino por excelencia, mientras la Materia se nos aparece como lo concreto, lo oscuro, lo múltiple, lo variable, lo móvil, el medio de lucha. Toda tentativa de ubicar en alguno de estos extremos el valor supremo de la existencia, como valor de por sí, animando las corrientes espiritualistas o materialistas, está condenada al fracaso, pues el fenómeno auténticamente humano está dado por la Encarnación del Espíritu en la Materia.

Algunos filósofos y místicos han hecho de la contemplación, opuesta a la acción, y del éxtasis (= salir fuera de sí mismo), el fin fundamental de la vida. Más aún, como bien lo señala Toynbee, hubo civilizaciones, como la helénica o la egipcia, que sufrieron la influencia del *gran rechazo* de sus creadores a descender de las alturas de la contemplación al mundo de la acción y dicho rechazo fue el germen de su decadencia.⁵⁵ Todo hace pensar que estos se-

⁵⁵ Arnold J. Toynbee, *Estudio de la historia*, Emecé, Buenos Aires, 1953, t. m, p. 274.

INTEGRACIÓN MATERIAL

res no llegaron al término de sus experiencias espirituales porque de haber sido así hubieran comprendido que en el sacrificio del regreso y de la inmersión en el mar de la Materia estaba la suprema conquista de la existencia humana. En forma análoga, podemos suponer que, en las culturas materialistas, tampoco los seres son consecuentes con su descenso en la materia *hasta el fin* y que su materialismo es, más que nada, una postura o una detención en los goces sensibles de la materia, porque de abrazarla en su totalidad, incluyendo sus aspectos dolorosos, hasta el fin, hubieran logrado en dicho abrazo unitivo la trascendencia de la misma.

La conquista de la Materia, entonces, y de sus aspectos incomprensibles que aparecen como otros tantos *misterios* de la vida: el dolor en todas sus manifestaciones, los defectos físicos, las enfermedades, la incomprensión entre los hombres, los continuos cambios, los lazos de sangre, el peso del pasado, la lucha por la subsistencia, la incertidumbre frente al futuro, la muerte, no se realiza por una negación o evasión ni tampoco por la fuerza de una voluntad que quiera extirpar dicho sufrimiento de raíz, sino en la consumación existencial de tales aspectos materiales. En otros términos, el individuo no puede lograr su plenitud si no enlaza su ser con la totalidad del trasfondo de su existencia, si no integra su luz interior con la oscuridad de su propia vida hasta llegar a descubrir y realizar el misterio que encierra la *totalidad* de la misma.

La Pasión, en una palabra, y todos los aspectos pasivos de la existencia —pasivos en el sentido de lo que no se puede modificar y hay que padecerlo— constituyen el reverso de las actividades y de las

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

iluminaciones espirituales. Lo importante es darse cuenta que, pese a todas las conquistas que el hombre pueda lograr sobre la Tierra e, inclusive, a su desarrollo espiritual, hay un momento en la vida, propio del sacrificio. Y que dicho sacrificio es inevitable y tiene un valor realizador de consumación existencial a través de la unión del Espíritu con la Materia. Cuando Cristo, al término de Su Pasión en la Cruz, dice: *Todo está acabado* (Jn. 19,30), no significa solamente una carga agotada o una misión cumplida, sino también una experiencia material llevada a su fin en la plenitud de la Encarnación. Esta plenitud de la Encarnación es temida por el hombre, quien elude el dolor de una u otra forma y muere sin haber consumado realmente su existencia.

En nuestra civilización racionalista y utilitaria, el sacrificio suele ser visto como signo de debilidad o capacidad de sufrimiento inútil, propio de espíritus masoquistas. Nietzsche, intérprete de este pensamiento, ha llegado a decir que “el Cristianismo ha tomado partido por todo lo que es débil, humilde, fracasado; ha hecho un ideal de la contradicción a los instintos de la conservación de la vida fuerte”.⁵⁶ Olvida Nietzsche que el espíritu fáustico que él encarna y el espíritu pasionista, corresponden a dos ciclos diferentes de civilización y a dos actitudes también distintas frente a la vida y que la fortaleza real del hombre, por superior que sea, emerge siempre de un fondo existencial oscuro y doloroso que hay que saber conquistar por espíritu de sacrificio. El racionalismo desconoce el valor *transformante* del sacrificio unitivo y la posibilidad de realizar *valores*

⁵⁶ Federico Nietzsche, “El Anticristo”, en: *Obras completas*, Aguilar, Buenos Aires.

INTEGRACIÓN MATERIAL

vitales profundos. Algunos de estos valores vitales profundos son: la estabilidad existencial, la compasión, la sabiduría, la serenidad interior.

Muchos hombres mantienen la *estabilidad* de su existencia mientras sus vidas siguen la curva de un progreso, de un crecimiento, de una actividad, pero cuando esa curva desciende y se hace disminución, decadencia, inactividad, pérdida, entran en crisis y no pueden ya sostenerse sobre situaciones que parecen absurdas. Sin embargo, las mejores vidas permanecen en equilibrio sobre esos puntos oscuros e incomprensibles: sobre el sacrificio de la enfermedad, la lucha por la vida, los continuos cambios, pues a través de la unión con esos aspectos variables y destructivos perciben el trasfondo de la vida permanente.

Cuando el corazón participa no solamente en el dolor propio sino en el sufrimiento de todos los hombres, surge en la intimidad del ser la verdadera *compasión*. No el sentimentalismo compasivo, que es un movimiento emocional transitorio frente al dolor, sino la *compasión unitiva* que está más allá de las ideas y de las emociones y se nutre de la capacidad de sacrificio del individuo por toda la humanidad.

Aquél que sintió en sí mismo los dolores de todos los seres, que participó de sus necesidades, que compartió su miseria, llega a conocer la raíz del sufrimiento, su origen y su finalidad. Este conocimiento por participación es *sabiduría*: quien la posee puede comprender a los demás; nada le extraña ni a nadie juzga; puede disipar las tinieblas de la ignorancia, auxiliar a los necesitados y consolar a los afligidos.

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

Finalmente, la conquista de la muerte, por el sacrificio unitivo con todos aquellos aspectos materiales que amenazan constantemente a la vida, concede al individuo el valor máspreciado que es la *serenidad interior*.

XI

LA BARRERA DEL MIEDO. VALOR-CONTROL

Mira y López describe muy acertadamente el miedo como uno de los *Cuatro gigantes del alma*⁵⁷, expresión elocuente que sintetiza el carácter poderoso y, al mismo tiempo amenazante, de las llamadas reacciones primarias o básicas de la existencia, siempre presentes, desde el nacimiento hasta la muerte, que pueden ser fuente de conservación de vida o de destrucción y que el hombre, en su desarrollo evolutivo, tiende a controlar progresivamente.

Para la mentalidad primitiva⁵⁸ el mundo exterior, aún poco diferenciado del mundo interior, está poblado de peligros y el yo debe protegerse de su *magia* a través de una serie de rituales y prohibiciones tabú. El desarrollo de la razón y el conocimiento del mundo exterior, han ido develando poco a poco su misterio, quitándole su poder amenazante y peligroso y reduciéndolo a lo que llamamos sen-

⁵⁷ Emilio Mira y López, *Cuatro gigantes del alma*, El Ateneo, Buenos Aires.

⁵⁸ L. Lévy Bruhl, *Las funciones mentales de las sociedades inferiores*, Lautaro, Buenos Aires, 1947.

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

tido de la realidad. A través de este desarrollo psicológico se ha formado un verdadero *órgano de defensa* que protege al yo de los estímulos procedentes del exterior y le permite el control sobre los mismos. Aunque no se trate de un control absoluto, todo hombre maduro tiene un cierto control sobre el mundo que lo rodea.

Pero no ocurre lo mismo frente a su mundo interior y la mayoría de los hombres civilizados se sienten tan amenazados y perseguidos por las fuerzas procedentes del subconsciente desconocido como el primitivo frente a los poderes mágicos del mundo externo.

Freud fue uno de los primeros en darse cuenta de la existencia de este *dispositivo protector*, que defiende eficazmente al yo de los estímulos externos pero no así de los internos. “Por ahora —dice— nos limitaremos a advertir que sólo contra los estímulos externos y no contra los impulsos instintivos internos, existe un dispositivo protector”⁵⁹. El estudio más profundo de los mecanismos de defensa⁶⁰ permitió a los psicólogos comprobar que, frente a las amenazas de las fuerzas subconscientes, actuaban mecanismos protectores de distinto tipo que, en la vida normal, mantienen el equilibrio psicofísico. Pero en circunstancias especiales, ya sea por un incremento considerable de los instintos, o por debilitamiento o falta de desarrollo de dichos mecanismos de defensa, o por situaciones exteriores que a

Sigmund Freud, “Inhibición, síntoma y angustia”, en: *Obras completas*, Americana, Buenos Aires, 1943, t. xi, p. 18.

⁶⁰ Anna Freud, *El yo y los mecanismos de defensa*, Paidós, Buenos Aires, 1949.

LA BARRERA DEL MIEDO

su vez movilizan temores latentes en el subconsciente, el *dispositivo protector* puede mostrarse insuficiente para controlar el flujo energético procedente del interior y, en tales circunstancias, sobreviene el miedo, ya sea referido a un objeto (miedo propiamente dicho), o sin objeto alguno, miedo a lo desconocido (angustia).

Es curioso que en una época como la nuestra, en que el hombre ha controlado por su conocimiento buena parte del mundo exterior y en que se ha hecho un culto a la autoafirmación personal, la enfermedad *del miedo* paraliza constantemente a los seres mejor dotados, a los que han demostrado más capacidad para enfrentar difíciles problemas de la vida y a quienes en diversas circunstancias han dado pruebas de valentía y capacidad de resistencia. Dice Gebser, refiriéndose a la peculiar situación del hombre en esta nueva era que él llama de la *aperspectiva*: “El mayor peligro que nos amenaza, nuestra mayor miseria, no viene de afuera, ni siquiera del Este, ni tampoco del Oeste, sino que procede de nuestro propio miedo interior, de nuestra íntima inseguridad”⁶¹. Por su parte, Teilhard de Chardin también habla de un incremento del *temor existencial* en la época moderna que explica como resultado de la conciencia que el hombre-individuo va adquiriendo de la pequeñez de su propio yo y de la inmensidad del Universo en que está sostenido. “Por un contraste tan dramático como psicológicamente inevitable — dice — el hombre-individuo nunca ha tenido una impresión más viva y más razonada de no hacer ya pie en el mundo más que en el momento preciso en que ya

⁶¹ Jean Gebser, Ernst Naegeli, Arthur March y otros, *La nueva visión del mundo*, Sudamericana, Buenos Aires.

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

pensaba haber emergido definitivamente en el fondo de sí mismo”.⁶²

Es que el hombre —volvemos a repetirlo— ha desarrollado aptitudes y capacidades para enfrentar situaciones exteriores y ha formado, inclusive, los órganos protectores y de control adecuados; pero al aumentar las situaciones de inseguridad en el mundo moderno, hasta un límite completamente desconocido en la sociedad estable del pasado, se movilizan temores e inseguridades internas que hasta entonces permanecían latentes. Este despertar a situaciones de profunda inseguridad, encuentra al hombre con un dispositivo psíquico de protección insuficiente; torrentes de energía psíquica sin elaborar penetran en el campo de la conciencia y aparecen los nuevos demonios modernos del pánico, la angustia, la depresión y tantas otras formas de neurosis o psicosis por *desprotección interna*. ¿Qué hacer ante tales circunstancias?

El organismo, a través de su evolución filogenética, encontró la forma de crear nuevas defensas cuando se sintió amenazado por las bacterias y los virus desarrollando mecanismos de inmunidad natural, o bien sucumbiendo cuando no había tiempo para formar tales defensas. En la actualidad sucede lo mismo frente a las poderosas fuerzas del mundo interior: o bien el hombre sucumbe al desequilibrio o se decide a enfrentar dichas fuerzas para tratar de controlarlas a través de nuevos valores anímicos.

La psicología moderna ha hecho avances considerables en la comprensión de las situaciones que ame-

⁶² Pierre Teilhard de Chardin, *La activación de la energía*, Taurus, Madrid, 1965, p. 162.

LA BARRERA DEL MIEDO

nazan al hombre desde su interior, y el conocimiento de su dinámica ha hecho posible un cierto control. En efecto, el conocimiento de los peligros ocultos quita la *magia* de los mismos, permite reincorporar a la conciencia la energía retenida por los complejos inconscientes y, al quitar la fuerza a tales *demonios*, los reduce a mansos corderos. Pero en la interpretación de los fenómenos de angustia se ha acentuado el aspecto patológico de los mismos, sin valorar adecuadamente el significado prospectivo y evolutivo de su emergencia.

El enfoque de la angustia del hombre moderno desde el punto de vista de su existencia, aun aquellos aspectos decididamente patológicos, si se incluyen en la totalidad existencial, permite al individuo enfrentarse con las fuerzas desconocidas procedentes del interior y entablar con ellas *fiera y desigual batalla* en procura de su control. No se trata del acto heroico de vencer al *Gigante del Temor* oponiéndole una fuerza de valentía que muchas veces es más aparente que real, sino de generar ciertas actitudes y valores íntimos que puedan controlarlo: es lo que podemos llamar *valor-control*.

Para desarrollar este valor-control, independientemente de la comprensión que se pueda lograr acerca de los peligros que amenazan al yo, es necesario tener en cuenta algunas reglas de conducta muy simples, conocidas por la sabiduría de todos los tiempos, pero olvidadas y aun desvirtuadas en la civilización racionalista y autosuficiente de nuestra época.

En primer lugar, hay una actitud existencial básica que es la que define las posibilidades de lograr o no un control de la propia vida sumergida en un

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

mar de inseguridades y peligros. Si dicha actitud básica se afirma exclusivamente en valores transitorios, ya sean materiales, emocionales o intelectuales, y en la seguridad que dichos valores proporcionan al hombre, hay que contar con la presencia siempre amenazante del temor a perder tales puntos de estabilidad. Sólo cuando el centro de gravitación de la vida humana se desplaza de los valores transitorios a valores trascendentes y permanentes de la existencia, es posible enfrentar las inseguridades existenciales y el miedo con una nueva actitud. Eso no quiere decir que, desde el lado de la inmanencia psicológica, el individuo no pueda seguir sintiendo miedo, sobre todo en circunstancias difíciles de orden exterior o interior, pero hay una posibilidad de controlarlo y de evitar esas caídas catastróficas que suelen tener los hombres que asientan su vida en valores efímeros.

Coronando esta actitud básica de trascendencia, si dijéramos que las posibilidades de desarrollar el valor-control existencial se asientan sobre los pilares de la fe, la prudencia, la esperanza, la templanza y la fortaleza, correríamos seguramente el riesgo de ser acusados de virtuosistas en una época en que tales términos son sustituidos por: autosuficiencia, comprensión de motivaciones y libre expresión de los deseos. Sin entrar en polémica acerca del valor moral de unas u otras de estas actitudes examinaremos, desde el punto de vista psicológico y fenoménico, los efectos que ciertas formas de conducta producen en el funcionamiento de los dispositivos de defensa con que el hombre cuenta para mantener su equilibrio.

LA BARRERA DEL MIEDO

1. SENCILLEZ-COMPLEJIDAD.

La experiencia demuestra que la complejidad creciente de los problemas de la vida, la multiplicación de las preocupaciones y las previsiones exageradas para el futuro, movilizan una carga psíquica que predispone a la ansiedad. Por el contrario, la sencillez de vida, la confianza del individuo abierto a lo divino, la fe en la Providencia y la seguridad de que el futuro está en las manos del hombre que vive en armonía con las leyes del universo, son actitudes que permiten el funcionamiento correcto de los mecanismos psicobiológicos de defensa.

El hombre moderno vive en un continuo estado de defensa, pensando siempre en el mal que le puede sobrevenir; su vida se desenvuelve en estado de prevención, con un temor latente ante posibles males venideros; en esto no es muy diferente del primitivo, que vive alerta ante peligros desconocidos tratando de conjurarlos. El hombre actual teme, sobre todo, al futuro, a lo que no conoce, a las fuerzas que no controla: las enfermedades, los cambios, las opiniones y actitudes de los demás, el azar, los accidentes, la muerte. Por otra parte, la lucha por la vida, la competencia, el triunfo de los más audaces, hace a muchos hombres desconfiados de todo y de todos y para protegerse de ese mundo amenazante viven precaviéndose, tomando medidas de seguridad; pero esa actitud de defensa permanente es fuente de continua tensión y ansiedad y se vuelve contraria a la expansión y desarrollo de la vida. El hombre que no es capaz de confiar en la sabiduría de las leyes que

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

regulan el destino humano y vive encerrado en su castillo, agregando todos los días un nuevo cerco para asegurar su protección, muere de miedo sin haber descubierto la raíz de su propia seguridad.

El individuo debe aprender que el mal que ve en los demás y los peligros que amenazan su existencia, no son otra cosa que la proyección de su propio mal, de su egoísmo, de su incapacidad de darse. En la vida no sólo hay poderes amenazantes y destructores sino también poderes protectores: pero el hombre moderno no los ve, no cree en ellos; sólo cree en los demonios que él mismo ha fabricado.

El abandonar todas esas preocupaciones y temores y vivir con sencillez la hora presente, sin pensar en los males futuros, genera en el interior del ser una nueva fuerza de defensa que lo sostendrá material y espiritualmente en el momento necesario.

2. PRUDENCIA-BRAVOSIDAD

La observación de todos los días nos trae ejemplos de hombres audaces en los negocios, en el amor, en la lucha por el poder, que llegan a las más altas cumbres de la realización personal y parecen invencibles pero que, sobrepasado un cierto límite de audacia, se vienen vertiginosamente al suelo presas del temor y del desequilibrio, ¿Qué ha pasado? Han cruzado el umbral de lo prudente y, pasado ese límite, el valor y la seguridad se transmutan en un valor contrario que da por resultado la crisis.

A veces se confunde la prudencia con la vacilación: no se trata de perder las oportunidades de la

LA BARRERA DEL MIEDO

vida por falta de decisión, pero cada individuo debe aprender a conocer el alcance de sus propias fuerzas y no aventurarse más allá de lo que puede dar: la sabiduría de la prudencia estriba en conocer los límites del propio valor personal.

3. TEMPLANZA-DERROCHE

El desgaste de energías, sobre todo llevado a los límites del derroche, produce una falta de vigor para enfrentar adecuadamente las grandes crisis existenciales. Hombres que se creen aparentemente fuertes pero que están desgastados en forma crónica por falta de control en sus deseos, tienen una *débil defensa interior* que cede fácilmente al impacto de desajustes que hombres mejor templados (sabia analogía del idioma) pueden soportar mejor.

La templanza no es solamente una virtud sino resultado natural de una reserva de energías que es indispensable para el buen funcionamiento de los mecanismos de control. Pero el hombre moderno, que ha hecho un culto al derroche energético, no tiene idea de la importancia biológica de la templanza. En la sociedad actual se multiplican incesantemente las necesidades artificiales, superfluas; necesidades de consumo y de bienestar material, para cuya satisfacción el individuo va consumiendo poco a poco su propia vida. Se confunden las necesidades de desarrollo de la persona humana, para lo cual se requieren muy pocas cosas, con las necesidades de apropiación, que exigen tener muchas cosas. El individuo empieza a rendir culto a cosas que cree necesarias, las ve crecer y multiplicarse a su alre-

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

dedor y piensa que con ellas va creciendo y progresando también él, cuando en realidad lo único que suele hacer es ir depositando en esas cosas lo mejor de su vida, lo mejor de sus afanes; luego hay que cuidar esas cosas, *asegurarlas*, reponerlas cuando se gastan, preservarlas de la desvalorización natural o inflacionaria para lo cual es menester adquirir otras cosas de más valor y, así sucesivamente, creyendo que algún día se tendrá la seguridad anhelada; pero mientras tanto la propia vida ha sido descuidada, las propias energías que setenían disponibles para el desarrollo del ser se han invertido en la conquista del poder; se ha ganado en bienes, pero se ha perdido en fuerza interior.

4. RENUNCIA-POSESIÓN

La conquista del poder y la posesión del mismo suelen considerarse condiciones fundamentales de seguridad, pero es una seguridad que se asienta sobre el temor latente de perderla. De ahí que los poderosos de la tierra (los ricos del Evangelio) son los que, en el fondo, están más llenos de temor. Esto no quiere decir que no haya que resistir para vencer, que no haya que poner en juego la totalidad de las posibilidades para conquistar el fruto de una victoria, pero al llegar a ese punto extremo del valor, hay que saber renunciar al fruto del mismo para quedarse con la esencia de la experiencia recogida y abandonar la posesión de aquello que se ha conquistado. Es la renuncia al poder y no la posesión del mismo la que da la verdadera fortaleza: los hombres de renuncia son los realmente fuertes.

LA BARRERA DEL MIEDO

A través de todas estas consideraciones de carácter psicológico y biológico que hemos hecho acerca de la sencillez, la prudencia, la templanza y la fortaleza, y de los datos suministrados por la patología en aquellos casos de desequilibrio por predominio de los valores opuestos, es posible, en el momento actual, restaurar una verdadera ciencia de la conducta humana y revalorizar ciertas actitudes de carácter constructivo que, intuitas en el pasado como virtudes, pueden ser retomadas en el presente como leyes de estabilidad emocional y equilibrio del individuo.

XII

EL AMOR EXPANSIVO. DUALIDAD Y UNIDAD EN EL CORAZÓN. LA JERARQUÍA DE VALORES EN EL AMOR

A pesar de lo mucho que se ha hablado y escrito acerca del amor y pese a las expresiones más sublimes dadas por el ejemplo de grandes seres, siempre le queda al hombre, como incógnita de su vida individual, si será capaz de amar de verdad.

Se han escrito cientos de libros sobre el arte de amar y muchos otros más sobre la psicología de la conducta amorosa, pero por más que se sepa y se comprenda acerca del amor, queda en cada corazón humano el gran interrogante: si frente a las experiencias concretas que cada individuo debe realizar en *su* vida, será *él* capaz de realizar el amor que un día concibió como ideal de su existencia. Todos pueden llegar a concebir el ideal del verdadero amor, pero sólo unos pocos lo realizan.

Si se quiere comprender a fondo la conducta humana hay un punto de capital importancia a tener en cuenta, y es que el amor no es de igual calidad en todos los hombres. Si bien el amor es esencialmente único, se manifiesta en diversas formas, se

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

expresa en diferentes sentimientos y se realiza a través de una jerarquía de valores. Dante en *La divina comedia* y Platón en *El banquete*, exponen, con el lenguaje de la poesía o del diálogo, todas las formas y expresiones del amor, desde las más instintivas y pasionales hasta las más sublimes y divinas.

En otras palabras, una cosa es la *mecánica del amor*, sobre la que se ha detenido excesivamente la psicología contemporánea y, otra muy distinta, es el *amor* en sí mismo y la *capacidad de amar* de una u otra manera. Estas distintas maneras de amar no pueden reducirse a las motivaciones psicológicas que, a toda costa, se pretende hallar y que sin duda existen, cuando se analizan racionalmente las acciones humanas, pero que no explican el valor intrínseco de las mismas.

En nombre del amor se han cometido y se siguen cometiendo los mayores desatinos, porque todo el mundo parte de la creencia que sabe amar. Cuando se habla de amor, antes de analizar los motivos que lo determinan como acto, habría que preguntar: *¿De qué clase de amor se está hablando?* Aparte de los factores circunstanciales que influyen en la conducta amorosa, el amor se mueve por diferentes actitudes del corazón y diferentes valores en el orden del sentimiento: hay amores instintivos, amores propiamente humanos y amores divinos.

Los amores instintivos son todas aquellas expresiones del amor centradas en el propio sujeto, que tienden a la conservación del individuo y de la especie y a la autosatisfacción de todos los deseos. El principio de la *conservación* y el principio del *placer* son las leyes que rigen soberanas en el mundo de los amores instintivos.

EL AMOR EXPANSIVO

Hay seres que no sobrepasan estas formas primarias del amor, que son incapaces de vivificar el placer ajeno y que, si entran en relación con otra persona, tienden a reducirla a la condición de *cosa*, es decir, de medio adecuado para la satisfacción de su propio placer, su propia comodidad, su propia seguridad. En la actualidad, la mayoría de los grandes problemas que el hombre tiene consigo mismo y con sus semejantes, procede de formas inferiores del amor, algunas ya superadas por la evolución general de la humanidad; a través de estos amores los seres se ligan unos con otros en relaciones posesivas y contradictorias que los llevan, finalmente, al antagonismo y la destrucción. La historia del amor corriente está indisolublemente unida a la historia del sufrimiento y de la muerte. La psicología de los complejos ha reducido muchos de estos problemas a fijaciones inadecuadas de la libido o a regresiones infantiles, y ha supuesto que dichas fijaciones constituyen los grandes obstáculos a la expresión plena del amor. Pero habría que preguntarse, como lo hace Frankl, qué es lo primero en esta dinámica del amor: es decir, ¿la energía amorosa queda ligada primariamente y por razones evolutivas a estructuras psíquicas inferiores y ello impide el desarrollo de un amor más maduro, o es al revés, que el individuo es incapaz de amar de otra manera, tiene una baja calidad de amor y un escaso empuje amoroso y esto hace que, como en la marea baja, queden al descubierto las capas primitivas del subconsciente? “No son las rocas quienes originan la bajamar, sino que es ésta quien las hace visibles”.⁶³

⁶³ Viktor Frankl, *La idea psicológica del hombre*, Rialp, Madrid, 1965, p. 23.

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

Los amores que con propiedad pueden llamarse humanos son aquellos que se vivifican mutuamente con un sentimiento de correspondencia y de relación *personal*, aunque puedan estar aún cargados de componentes instintivos. El amor humano se hace atractivo, comprensivo, compasivo y responsable; puede abarcar sólo a dos personas, a una familia o a un pueblo; puede llegar a los sacrificios más sublimes por los seres que se aman.

Pero el amor humano, aun en sus más altas expresiones, tiene sus límites. Así como la ciencia señala los límites de un espacio que se creía infinito y la filosofía se acerca al conocimiento de los límites de la razón, así también nos estamos haciendo cada vez más conscientes de los límites del amor humano. Se ha idealizado mucho la capacidad de amar de los hombres, pero en la realidad cada uno ama a su manera, y el que se cree representante de las formas más elevadas del amor suele cometer en los hechos las mayores iniquidades. Pese a las declaraciones de universalidad que abundan en todas partes, el amor humano tiene un campo limitado de acción; en mayor o menor grado es posesivo, mantiene la dualidad entre amante y amado y exige correspondencia; por último, no tiene poder para amar a los que considera sus enemigos.

Cuando la conciencia individual se expande hacia lo trascendente, y lo humano y lo divino se unen en una sola expresión de vida, el ser empieza a participar de un amor desconocido hasta entonces, del amor divino. El amor divino, el amor real, el Amor simplemente, no tiene limitaciones; no hace diferencias entre un hombre y otro, entre un pueblo elegido y otro que no lo sea. Es unitivo y expansivo; no hay

EL AMOR EXPANSIVO

dualidad entre un sujeto que ama y otro que es amado; se ama por amar, se da por dar sin esperar recompensa.

Este Amor no es hijo de la tierra, no se desarrolla por *evolución* de las formas conocidas del amor humano, es Hijo del Espíritu, es un fuego divino que viene desde lo alto, es como un rayo cósmico que, al hacer impacto en una partícula humana, genera una nueva fuerza expansiva.

Una corriente de este amor divino se manifiesta con intensidad en esta era, traduciéndose en cambios profundos en el sentir de muchos individuos de la nueva generación: una falta de plenitud con las formas limitativas del amor que mantienen divididos a los pueblos y las razas, un ansia de ecumenismo y de participación en la totalidad de los problemas humanos, son los primeros síntomas de una renovación fundamental que se anticipa en los sentimientos y que ha de dar las bases de un amor unitivo y expansivo para la humanidad del futuro.

Más allá de las inquietudes de descubrimientos en el espacio cósmico, más allá de los anhelos por develar el enigma de las leyes del universo, el hombre de nuestra época siente la necesidad de descubrir el misterio que encierra su propio corazón. Ahora bien: ¿Es posible favorecer de alguna manera el despertar del amor divino en el corazón del hombre? ¿Es posible transformar los sentimientos corrientes, limitativos y posesivos, y hacerlos universales y expansivos? ¿Puede el hombre transformar su amor o es el Amor el que transforma al hombre?

Todo haría pensar que, filogenéticamente, hasta el nivel de desarrollo alcanzado colectivamente por la humanidad y, ontogenéticamente, por lo que de-

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

termina el potencial genético que trae cada individuo al nacer, las etapas del amor se realizan en forma automática, saltando de un nivel inferior a otro superior por la fuerza intrínseca de la vida, en la misma forma en que se suceden las etapas de la morfogénesis biológica. Pero más allá de lo que está determinado, en las *zonas a cultivar* dentro del corazón humano, ya no basta el solo impulso biológico, ni el solo esfuerzo del hombre para conquistar los valores éticos y espirituales más elevados, sino que hace falta la presencia de una nueva energía-vida que es el amor divino en sí. En otras palabras, si hasta cierta altura de su desenvolvimiento, el amor puede ser interpretado como un movimiento progresivo de ascenso de abajo hacia arriba, de lo animal a lo humano (movimiento desde la inmanencia de la vida), los valores superiores del amor sólo pueden lograrse por una influencia de arriba hacia abajo, de lo divino a lo humano (movimiento desde la trascendencia). Pero, ¿dónde encontrar este divino elemento?

Es indudable que en todas las épocas hubo seres extraordinarios capaces de amar, y que el ejemplo de vida dado por ellos mueve a sus semejantes a las formas más elevadas de amor. Erich Fromm, en su *Arte de amar*, intuye la importancia de la influencia educativa y civilizadora de algunos hombres que tienen la delicada misión de conservar los gérmenes de la tradición cultural de una época y de contribuir al desarrollo de los mismos en los más altos niveles de la vida. Estos hombres actúan por simple presencia. Dice Fromm: “Si bien impartimos conocimientos, estamos descuidando la enseñanza más importante para el desarrollo humano: la que sólo pue-

ÉL AMOR EXPANSIVO

de impartirse por la simple presencia de una persona madura y amante”.⁶⁴

Pero por más maravilloso y estimulante que sea el ejemplo de los demás, el individuo quiere realizar en sí mismo, en el más profundo centro de su corazón, la unión substancial de lo humano con lo divino. Sólo por participación substancial con el amor divino puede el hombre tener expresiones de amor expansivo.

Por los caminos exteriores, el hombre realiza sus experiencias de amor en compañía, junto a otros hombres que, como él, buscan el amor en las experiencias de la vida, en las formas, en el ejemplo, en el contacto e intercambio recíproco, en lo que se da o en lo que se recibe. Pero cuando el individuo reconoce que el amor no es un bien que deba pedir a otro, que no es un complemento que deba buscar fuera de sí mismo, sino que es algo inherente a su propia vida, dirige los ojos hacia su interior en busca de esa divina llama que presiente en el centro mismo de su alma. En la búsqueda del amor por el camino interior se sentirá acompañado durante un cierto trecho; la senda hollada por la experiencia colectiva se desdibuja a cierta altura y, al llegar al umbral de la cámara secreta del corazón, se encuentra solo frente al misterio del amor y de la vida. Allí comprende que una cosa son los caminos que conducen al amor, el ejemplo que estimula, las experiencias que acercan a él, y otra cosa es la unión con el amor en sí; una cosa es la ascética y otra la mística. Si la ascética puede ser colectiva, la místi-

⁶⁴ Erich Fromm, *El arte de amar*, Paidós, Buenos Aires, 1960. p. 128.

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

ca tiene que ser necesariamente individual. La unión de amor es el acto más individual y secreto. De esta unión substancial e íntima brota el nuevo Amor de que están sedientos los hombres individuales de hoy.

¿Qué ley rige esa secreta unión de amor?: lo único que da dignidad y jerarquía al hombre, la entrega total de sí mismo. Mientras demos una parte de nosotros mismos, de nuestros deseos, de nuestros bienes o de nuestra vida, sólo tendremos acceso a una parte del amor. Pero para el verdadero amor o hay entrega total o no hay nada.

¿Porqué hemos calificado de mística a esta suprema unión de amor en el hombre? ¿Puede tener el hombre actual algún interés real en la mística? Este término, que utilizamos repetidas veces en el curso de esta obra, por estar cargado de una larga historia de significaciones secundarias, tiene poco prestigio en los ambientes que hacen gala de cultivar ideas claras y posiciones de autosuficiencia. Sin embargo la mística, tomada en su sentido de unión entre lo humano y lo divino, es la necesidad fundamental del corazón y la raíz de sostén de las ideas y obras de los hombres.

Individualmente, por mística de amor, el hombre logra la unión de su ser con la Divinidad que mora en el más profundo centro de su corazón y descubre allí el nuevo ritmo de la vida integrada, que es armonía de valores humanos y divinos. Los diversos aspectos del desarrollo individual: el conocimiento, la acción, el poder, el bien y el mal, se integran en el Amor y en lugar de constituirse como factores autónomos de disociación de vida, encuentran su lugar y su sentido dentro de la totalidad de la misma.

ÉL AMOR EXPANSIVO

El individuo descubre la vida mística de su corazón que, absorbiendo la sangre cargada con el dolor propio y ajeno y transformándola en el fuego del Amor, la expande hacia la humanidad en nuevas expresiones de vida.

Colectivamente, todos los intentos de la ciencia, la tecnología, la filosofía y las religiones para construir un mundo mejor, serán vanos si en el centro de ese mundo no late un corazón capaz de amar; si por mística unitiva de Amor no es posible dar a cada una de las expresiones particulares de las culturas, de los pueblos, de las razas, su lugar y su sentido en la totalidad de la comunidad humana.

Comprenderemos, entonces, que la mística, lejos de ser una actividad excepcional, desvinculada de la vida corriente, es raíz trascendente de toda vida que se desarrolla en el tiempo, tanto individual como colectiva, y es el fundamento de unidad que el hombre trata de realizar por esfuerzos de predominio y luchas antagónicas o por utopías sociales, sin darse cuenta que sólo el Amor une de verdad.

XIII

LA PERSEVERANCIA COMO VALOR DE ESTABILIDAD DE LA EXISTENCIA

Llegar al final de todo lo que se comienza, he ahí la posibilidad de consumir la experiencia humana. De nada valen los más altos ideales si no se termina lo que se empieza.

Lo inconcluso, lo que se deja a medio hacer, las promesas no cumplidas, por más razones que se encuentren para justificarlas, dejan en el alma no solamente la amargura del fracaso, sino un residuo de energía no utilizada que es fuente de dolor material. Es decir, que todo ciclo de vida que no llega a su término —consumación— tiene en el individuo, aparte de la repercusión moral, una consecuencia biológica y material. Quizá la biología o la bioquímica del futuro puedan detectar la existencia de *metabolitos de frustración* o productos de un metabolismo vital incompleto y sus efectos deletéreos en la vida humana.

La liberación del individuo se realiza en la consumación de su existencia. Por otra parte, no puede hablarse de individuo sin identidad consigo mismo, sin capacidad de perseverar hasta el fin en sus ac-

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

titudes fundamentales frente a la vida y sin posibilidad de vencer los cambios naturales impuestos por el tiempo. Si el hombre no puede mantener un valor estable en su vida, algo intocable, algo que no pueda ser destruido por el tiempo ni por los cambios propios del devenir, no puede llamarse realmente individuo: su ideal de individualidad se disuelve en el mar de la contingencia como una estatua de sal. La individualidad es armonía entre lo permanente y lo contingente, de ahí que consideremos a la perseverancia como uno de los valores claves de realización del individuo a través de la conquista de su estabilidad existencial.

Las religiones y la ética tradicional han conservado siempre ciertos valores de estabilidad, individual y social, reconociendo sobre todo en la promesa solemne un valor de dignidad superior para el hombre, y en la fidelidad a lo prometido una virtud y una posibilidad de realización. Pero la oleada de racionalismo y de sensualismo en la sociedad materialista del presente, ha echado por la borda tales valores de estabilidad sobrevalorando el cambio: con ello el hombre gana en experiencias, en multiplicidad de experiencias, pero pierde la posibilidad de su experiencia más importante como individuo, la conquista de su unidad hasta el fin, de su consumación existencial, de su trascendencia y su liberación.

La perseverancia, entonces, rescatada del álbum de las virtudes tradicionales y liberada de sus condicionamientos escatológicos, adquiere un valor clave de estabilidad individual y de *consummatio existentialis* en la sociedad cambiante de nuestra época. Más que una virtud, la perseverancia es condición de la vida misma en su integralidad.

LA PERSEVERANCIA

La ejercitación de la perseverancia en las experiencias concretas de la vida se realiza a través de acciones, actitudes y valores de diferente jerarquía, naturales y espirituales, humanos y divinos.

La expresión más simple de la perseverancia es la *paciencia*. Por la paciencia se vence la inercia de la materia, propia de toda experiencia viva, tanto la inercia ligada a los obstáculos del mundo exterior como la propia inercia interior. La rutina, esa palabra que produce escalofrío y que hace sentir a tantas almas la inutilidad de su vida vinculada a experiencias que parecen sin sentido, cuando se la vislumbra como medio adecuado para perforar la dura corteza de la vida material y llegar al término de lo que se ha empezado, cobra un valor de excepcional importancia. Todos los ideales del hombre pueden ser maravillosos, todas las posibilidades pueden desarrollarse, todos los caminos emprendidos pueden ser buenos en la conquista de la liberación, pero la vida concreta se realiza en el campo de la materia y la materia no se vence con ideas y buenas intenciones sino con el esfuerzo paciente y perseverante. Además, no hay que olvidarse que al impulso de liberación individual corresponde una onda de resistencia, no solamente de parte del conglomerado colectivo al que se pertenece sino, sobre todo, de parte de la propia naturaleza y del propio mundo interior. Cuanto más altos son los ideales de liberación y mayor el empuje hacia arriba, con más fuerza se siente la inercia del mundo material y mayores son los obstáculos y las dificultades que se encuentran en el camino de la vida. Ante esta barrera, muchos hombres quedan detenidos, envejecen y mueren. Tales dificultades no siempre pueden ser

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

vencidas por el golpe certero de la espada del conquistador fuerte; hay obstáculos tenaces, que persisten a través de toda una vida, y que sólo la paciencia, la constancia, la rutina, pueden vencer, como la gota de agua que horada la piedra.

Pero el esfuerzo natural de la perseverancia tiene sus límites; es fácil luchar cuando se tiene un objetivo, cuando hay un por qué, cuando hay un afecto que sostiene la voluntad, pero todos estos estímulos pueden desvanecerse a cierta altura de la vida, cuando aún falta mucho trecho para llegar hasta el fin, y el individuo se encuentra de pronto, sumergido en la *noche oscura del alma*, en el abismo de la desilusión; este es un punto crítico de la existencia, más aún, es la verdadera prueba de fuego para el individuo: solamente quien cruza ese abismo de oscuridad permaneciendo íntegro puede llamarse individuo (= unidad indivisible que persiste a través de todo cambio). Cuando caen los velos de las ilusiones; cuando la vida se revela en su cruda realidad; cuando el ser toma conciencia de la fragilidad de las cosas humanas, de la variabilidad de sus propios sentimientos y de sus propias ideas; cuando desaparecen los apoyos ideales que hasta entonces lo sostenían; cuando las verdades que hasta ayer creyó infalibles se le muestran hoy caducas y envejecidas; cuando la potencia del amor floreciente es reemplazada por su decadencia..., la oscuridad se hace profunda y el ser puede convertirse en escéptico frente a la vida, agnóstico o resentido, proyectando sobre los demás, sobre el mundo o sobre el destino, la causa de lo que considera sus males. Muchos seres terminan en este umbral su vida, la vida de su alma, mientras la existencia material continúa su ciclo de descenso.

LA PERSEVERANCIA

El escepticismo es uno de los males del hombre en la sociedad moderna, que se agudiza en el momento actual debido al giro que se está produciendo desde un ciclo de predominio de colectividades y de valores ideales a un ciclo de egoencia individual y de valores reales. Dicho escepticismo, en el fondo, traduce la insatisfacción del ser frente a demandas imposibles de lograr; el individuo pide a la sociedad, a los demás, al destino, cosas imposibles y se siente defraudado si no las recibe él o no las ve realizadas en el mundo que lo rodea; no se da cuenta que, a cierta altura de su desarrollo, hay valores anímicos que debe conquistarlos de por sí y que nadie puede dárselos gratuitamente: que la verdad que reclama, no es algo que los demás puedan darle sino que él mismo debe hacerse acreedor a la misma; que el amor por el que suspira no es una migaja que deba mendigar sino un pan de vida en que debe él mismo transformarse; que los ideales no sostienen de por sí la vida hasta que ellos no se hayan hecho carne.

Para vencer este punto de máxima oscuridad no son suficientes las fuerzas naturales del ser y hace falta una máxima humildad para poner en juego el valor diamantino de la fidelidad que es el único sostén en la noche oscura del alma. La expansión de la conciencia humana hacia lo divino actualiza en el individuo el valor trascendente de la fe que se constituye en guía indispensable para cruzar el valle de la contingencia y de la sinrazón.

La fe, en esencia, no es solamente artículo de credo, sino relación viva entre lo humano y lo divino, vivencia existencial de totalidad que permite intuir el sentido de la vida individual en un todo mayor que es la vida del universo. La *esperanza* de colmar

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

el destino de la partícula humana en el Todo divino, renueva las fuerzas del peregrino de la tierra y, ante la vislumbre de la cima de su liberación, trascendente, hace un último esfuerzo para llegar hasta el fin.

XIV

CONCIENCIA EXPANSIVA Y VOLUNTAD PARTICIPANTE

Dentro de la polaridad de los seres vivos y, quizá también de los que llamamos inertes, hay un polo receptivo, sensibilidad, y otro polo activo, motricidad. La biología moderna, por otra parte, considera que esta dualidad es real solamente a los fines del análisis de los fenómenos, puesto que desde el arco reflejo más simple hasta las funciones orgánicas más elevadas, hay una unidad biológica sensitivo-motriz.

Cuando los fenómenos de la vida fueron estudiados por la psicología, muy pronto se advirtió que la sensibilidad se traducía subjetivamente en fenómenos de conciencia, impresiones, y la motricidad en expresiones del ser vivo que, en el hombre se manifiestan en actividades de la voluntad. Es decir, con un criterio de psicología biológica, conciencia y voluntad se interpretaban como fenómenos psíquicos condicionados al organismo y a las relaciones de este organismo con el ambiente, o sea como epifenómenos.

Cuando de la consideración psicobiológica se pasa

a un enfoque filosófico, se tiende, por lo menos en algunas escuelas, a desligar la conciencia y la voluntad de todo condicionamiento y a darles una autonomía como fenómenos primarios: de ahí que en este campo se planteen problemas tales como libertad de conciencia, libertad de acción, libre albedrío, libertad de elegir, etc. Husserl, por ejemplo, considera a la conciencia como una estructura arquetípica, como un “*apriori* universal sin el cual no puede ser pensado ningún yo individual”.

En resumen, según el punto de vista que se tome para el estudio de la conciencia y la voluntad, o bien se las reduce a fenómenos condicionados biológica o psicológicamente, o bien se exaltan como fenómenos primarios irreductibles a todo condicionamiento. Tanto uno como otro de estos enfoques extremos, no responden a lo que en la realidad de la vida aparece como conciencia y voluntad, porque unas veces se presentan a la observación como fenómenos condicionados y otras veces libres, según ciertas circunstancias y determinadas condiciones. Esta dificultad se salva con un enfoque de tales fenómenos desde el punto de vista de la totalidad de la existencia humana que es inmanente y trascendente al mismo tiempo.

Viktor Frankl ubica muy acertadamente a la conciencia en un punto clave del ser, donde la inmanencia se da la mano con la trascendencia, y le devuelve la jerarquía auténticamente humana que toda una corriente determinista, reflexiológica y psicologista, pretende arrebatarse en aras de un fenomenismo intrascendente. “El hecho psicológico de la conciencia —dice Frankl— es, por lo tanto, tan sólo el aspecto inmanente de un fenómeno trascen-

LA CONCIENCIA EXPANSIVA

dente, únicamente el trozo que tiene contacto con la inmanencia psicológica. La conciencia es únicamente el lado inmanente de un todo trascendente que, como tal, emerge del nivel de la inmanencia psicológica, o sea que trasciende este nivel”.⁶⁵ Es decir, que la conciencia es aquella franja o límite del ser personal que permite escuchar voces de ambos lados : desde la inmanencia biopsicosocial y desde la trascendencia espiritual . Según las voces que predominen y la acquiescencia del yo individual , así serán las expresiones de la conducta.

Este hecho hace que sea imposible trazar una fenomenología general de la conciencia y de la voluntad, porque no hay en todos los hombres el mismo grado o nivel de conciencia ni por lo tanto de voluntad. En otros términos, conciencia y voluntad no pueden determinarse en general, sino a través de la vida individual. Esto no quiere decir que no haya leyes generales de la conciencia y de la voluntad, sino que ambas adquieren el máximo de autenticidad y de poder cuando se expresan individualmente. Yo puedo escuchar muchas voces, del ambiente, de mi subconsciente, pero hay *una* voz que es la más auténtica de todas, la que expresa el más alto nivel de mi conciencia. Y puedo responder a muchas motivaciones extrañas, pero hay *una* motivación, la que es expresión de mí mismo, que es la más auténtica, la que representa mi verdadera voluntad y la que determina en realidad mi propio ser.

Por otra parte, en el ser dividido de una personalidad no integrada, conciencia y voluntad pueden ser

⁶⁵ Viktor Frankl, *El dios inconsciente*, Plantin, Buenos Aires, 1955, p. 63.

GERMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

y son, habitualmente, expresiones diferentes y, a menudo, contradictorias. Es decir, que el ser intuye una cosa en su conciencia y responde a otra con su voluntad. Pero en el ser individual, integrado en la totalidad, conciencia-voluntad es una sola expresión de vida: la voz de la conciencia se expresa en la voluntad, y la voluntad, por su parte, a través de la renuncia a los frutos de la acción, se resuelve en un nuevo estado de conciencia. Conciencia y voluntad no son dos aspectos antagónicos en la vida del ser integrado, sino el ritmo propio de la vida unificada, o sea el ritmo de los grandes movimientos de la vida cósmica manifestándose en el ser individual.

La psicología moderna se ha ocupado preferentemente de estudiar las servidumbres de la conciencia y de analizar las fuerzas subconscientes o sociales que la esclavizan. Tal es la fuerza que suelen adquirir estos condicionamientos biológicos, psicológicos o sociales, que muchos han llegado a creer que la conciencia *es* realmente esclava y que el yo es una débil instancia que flota como una cáscara de nuez en un mar de inconsciencia. Esto puede ser verdadero para ciertos tipos humanos, pero no como una ley general de la existencia, pues la conciencia del individuo puede liberarse de sus opresores y responder a las voces de su destino trascendente. Lo que es real es que tanto conciencia como voluntad no son valores dados en todos los hombres por igual, sino diferentes posibilidades de conciencia-voluntad, campos de experimentación hacia la autonomía y unidad con la conciencia-voluntad cósmica.

La literatura acerca de algunas experiencias espirituales ha hecho creer a muchos que el acceso del hombre a la conciencia cósmica, era un acontecí-

LA CONCIENCIA EXPANSIVA

miento excepcional que se lograba al cabo de ejercicios ascéticos también extraordinarios: éxtasis, *samadhi*, y que el acceso a la voluntad divina era, o bien el resultado de un gran renunciamiento, incompatible con la vida en el mundo (santidad), o de aquella extraña fuerza del héroe, capaz de realizar proezas imposibles para el hombre común. Si bien todos estos relatos tienen una parte de verdad, desde el momento que representan estados cumbres de una conciencia-voluntad cósmica manifestándose en hombres excepcionales, al final han hecho mucho daño: 1º, porque han hecho creer que la conquista de la conciencia cósmica o el ejercicio del poder de la voluntad, era cuestión de técnica, de ejercitación adecuada en procura de poderes extraordinarios por parte del hombre, y 2º, porque muchos seres bien intencionados, viendo que tales cosas eran excepcionales y reservadas para los santos o los héroes, se desentendían de cualquier esfuerzo a su alcance en procura de tales valores.

Si apartamos lo que el *samadhi* o la exaltación del superhombre puedan tener de fantástico, y tomamos conocimiento simple de nosotros mismos, disponiéndonos a escuchar la voz profunda de nuestra conciencia y responder consecuentemente a ella, conciencia cósmica y voluntad divina se nos harán accesibles como realidades vitales cotidianas. Para ello es necesario, no el desarrollo de grandes poderes, sino actitudes de correspondencia humano-divinas. Estas actitudes son: de sumisión a nivel del polo de la conciencia y responsabilidad individual a nivel del polo de la voluntad. Frankl reproduce en su libro *El dios inconsciente*, una frase de María von Ebner-Eschenbach que traduce muy bien esta doble actitud

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

de correspondencia: “¡Sé dueño de tu voluntad y siervo de tu conciencia!”.⁶⁶ Entendámonos: siervo de tu *conciencia*, no de los objetos de dicha conciencia.

Hay que poder rescatar la conciencia de sus identificaciones objetivas. Jaspers, en *La foi philosophique*, explica esto muy bien desde el punto de vista filosófico: “Nuestra conciencia, por su naturaleza intencional, se encuentra necesariamente referida a un objeto. Por eso tendemos a considerar todo conocimiento como un conocimiento objetivo. Pero cuando nos constreñimos a toda costa a someternos a las formas y modalidades del entendimiento objetivo, recaemos en la superstición que consiste en fijar un objeto cualquiera, erigiéndolo en absoluto y creer que hemos captado con ello el Ser mismo, incurriendo en el error ontológico radical, ya denunciado por Heidegger, que confunde el ente con el ser, entificando inadvertidamente el ser... Todo lo objetivo, ante el embate (crítica) de la fe, deviene algo inestable, inconsistente, y debe disolverse, evaporarse en modo tal que, por la evanescencia misma de la objetividad, la conciencia del Ser alcance su plenitud y claridad. Por ello la búsqueda del ser se apoyará siempre en una dialéctica en la que el momento de la negación debe ser principal”.

En términos más simples, para que la conciencia conserve la autonomía de un espejo, capaz de mantenerse en función de espejo, es necesario que las imágenes no queden *fijadas* al mismo, cosa que hacemos la mayoría de nosotros cuando nos adherimos a una idea o a un contenido cualquiera de conciencia y lo hacemos absoluto, *velando el espejo*. De ahí la dialéc-

⁶⁶ Viktor Frankl, *El dios inconsciente*, Plantin, Buenos Aires, 1955, p. 60,

LA CONCIENCIA EXPANSIVA

tica de que habla Jaspers y su momento primordial de negación, es decir, la capacidad tanto de objetivar como de no objetivar, o capacidad reversible de la renuncia, que no se ata a los contenidos de conciencia, y es lo que permite mantener la pristinidad de su función.

En cuanto a las servidumbres de la voluntad son tantas y el hombre responde tan a menudo a influencias ajenas a sí mismo, que muchos seres desconocen la fuerza de su propia voluntad, y lo que creen que es voluntad no es nada más que una actividad impulsada por los deseos del subconsciente. El acto volitivo propiamente dicho, a diferencia del acto impulsado, es eminentemente personal y consciente: conciencia-voluntad. William Stern define la voluntad en los siguientes términos: “La voluntad humana es una fuerza de aspiración, nutrida desde lo hondo de las necesidades, impulsada y ordenada por la anticipación consciente del fin y de los medios y cuyo fundamento se inicia por medio de un acto personal... Para que se inicie la voluntad se requiere una íntima experiencia interior de auto-actividad: Yo soy el que quiere. En ningún otro caso la activa totalidad de la personalidad se concentra en una experiencia interna tan nítida como en el inicio de la voluntad: *Volo, ergo, sum*”.⁶⁷

La definición anterior, que está dentro de la línea de una psicología personalista, si bien destaca la autonomía del acto inicial de la voluntad y del compromiso total de la persona en dicho acto, no va más allá del aspecto inmanente de la misma y es, por

⁶⁷ William Stern, *Psicología general*, Paidós, Buenos Aires, t. n, ps. 218-251.

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

lo tanto, insuficiente para caracterizar la voluntad del individuo abierto a la conciencia cósmica y responsable dentro de la comunidad humana. La voluntad individual, dentro de la egoencia del ser, es esencialmente autónoma, pero, al ser informada no sólo desde la inmanencia sino también desde la trascendencia, se hace analógica y participante con la Voluntad divina.

La voluntad individual analógica y participante supone el compromiso total de la persona a través de una ley divina y humana a la vez, o sea de un medio adecuado para el ejercicio de esa voluntad y el desarrollo del individuo. Tanto el individualismo anarquista, que hace de la voluntad personal su única ley, como los sistemas sociales que imponen a todos un mismo método y una misma ley como voluntad omnímoda del estado, deforman al individuo, impiden su crecimiento y lo llevan, finalmente, a la destrucción. De ahí que sea tan importante el respeto a las instituciones que la sociedad establece en el libre ejercicio de la voluntad de sus integrantes y el respeto al derecho del individuo de elegir aquel medio ambiente o estado que sea más favorable al desarrollo de todas sus posibilidades: ni la dictadura del individuo sobre la sociedad ni la dictadura de la sociedad sobre el individuo.

La voluntad analógica y participante, en resumen, responde, en lo íntimo, a la Ley divina, que le da al ser libertad de elegir y, en lo externo, a la ley humana que le da posibilidad de ejercer dicha libertad: en el ritmo entre estos dos polos se consuma la voluntad del hombre; en otras palabras, una voluntad que se hace libre por la obediencia a las leyes humanas y divinas.

LA CONCIENCIA EXPANSIVA

Más allá de sus caracterizaciones psicológicas y sociales, conciencia y voluntad deben considerarse como dos expresiones del movimiento universal, como dos leyes cósmicas que rigen la vida de todos los fenómenos y están en la raíz de su ser y de su devenir. Cualquier fenómeno se desarrolla en un ciclo que va desde un campo originario de ser a un devenir que lo individualiza y desde allí, por reversión del proceso, a un nuevo estado de ser: la fuerza estática del campo originario, que atrae siempre hacia el centro, hacia el interior, hacia el ser, es la conciencia, y la fuerza que lo impulsa en su devenir y manifestación exterior y que da su fisonomía individual a ese ser, es la voluntad. El impulso hacia adelante, hacia la creación y diferenciación individual, lucha con el campo de la estática, con la conciencia del ser, que manifiesta lo inmóvil, lo eterno. El ciclo completo del devenir existencial se realiza al ritmo de estos dos movimientos, de estos latidos del corazón de la vida cósmica que, en su expansión, lanza al ser a la diferenciación y al desarrollo individual y, en su repliegue, lo absorben en un nuevo estado de conciencia individualizada.

El desconocimiento de estos ritmos fenoménicos y de la importancia de su integralidad han llevado, tanto, en el orden de la vida individual como en las expresiones de las culturas de los pueblos, a interpretaciones parciales de la realidad, a conclusiones equivocadas respecto al destino del hombre en el universo y, en definitiva, a deformaciones del desarrollo, tanto por desviaciones hacia el campo de la conciencia como hacia el polo de la voluntad.

La tendencia a absorberse en el campo de la conciencia ha originado en algunas culturas, sobre todo

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

en Oriente, un sentimiento de desprecio a descender a la palestra de la acción y permanecer, en cambio, en actitudes contemplativas y estáticas; la exaltación de la conciencia, en el desviacionismo místico, ha llevado a las doctrinas de la negación del mundo y de la vida y a la idea de la extinción del ego por aniquilación de sus valores y disolución en lo absoluto.

Por el contrario, la identificación del ser con la corriente de la voluntad lo lleva progresivamente al descenso en la materia, a la multiplicación de sus experiencias, a la reducción de su visión cósmica y a la conquista de un poder individual. El predominio de esta corriente de acción, de impulso al devenir, sobre todo en la cultura occidental, ha dado origen al voluntarismo, al afán de poderío y a la creencia de una identificación total del ser individual con el poder divino, sin posibilidades de retorno a la conciencia cósmica; al final de cuentas, en esta actitud de extremo voluntarismo, también se produce la aniquilación del individuo, ya sea como consecuencia de tendencias sociales que lo sumergen en una masa anónima o de un individualismo que reduce al hombre a un poder personal de por sí y que lo lleva al encierro y la autodestrucción.

Frente a estos extremos, se comprende la necesidad que tiene el hombre de ubicarse correctamente en el ritmo conciencia-voluntad y descubrir la armonía de su ser individual con las leyes del universo y de la vida. La expansión de conciencia debe hacerse real a través de una dinámica de la voluntad que hace posible la expresión de esa conciencia cósmica en un campo limitado de vida individual. La voluntad, por su parte, es el poder creador del indi-

LA CONCIENCIA EXPANSIVA

viduo, que le permite avanzar hacia un futuro desconocido, actualizar sus potencialidades y realizar la verdadera individualidad; pero este individuo no debe hacerse anárquico y, a través del hilo de Ariadna de su conciencia originaria, debe poder revertir sus valores individuales y regresar al seno materno. Este regreso a la conciencia cósmica no supone una disolución del ego en el océano de lo indiferenciado, sino que es la conquista de un nuevo estado de conciencia sin perder por ello la autonomía de su individualidad y de su potencia distinta a todas las demás potencias. El ego no se disuelve, entonces, no se aniquila: ni en el océano de la conciencia cósmica, ni en el seno de la masa social ni en el caos del inconsciente, sino que, a través del ciclo armónico conciencia-voluntad, adquiere sabiduría, egoencia, conciencia de su ser y de su devenir, armonía de sus valores humanos y divinos.

XV

LA BARRERA DEL TIEMPO. MEMORIA Y OLVIDO

El tiempo es una condición inherente a la vida, y todos los seres vivos se desarrollan sobre la tierra en las cuatro dimensiones del espacio-tiempo.

Dice Alexis Carrel: “Cada ser, inerte o animado, comprende un movimiento interior, una sucesión de estados, un ritmo que es el suyo propio. Este movimiento es su tiempo inherente. El tiempo interior es la expresión de las modificaciones del cuerpo y de sus actividades en el curso de la vida... El tiempo interior tiene que ser dividido en tiempo fisiológico y psicológico. El tiempo fisiológico es una dimensión fija, compuesta de la serie de todos los cambios orgánicos sufridos por el ser humano desde el principio de su vida embrionaria hasta su muerte”.⁶⁸

Todos estos cambios orgánicos quedan registrados en la intimidad de las células y tejidos y constituyen la *memoria orgánica*. “El otro aspecto del tiempo interior —continúa Carrel, *loc. cit.*— es el *tiempo*

⁶⁸ Alexis Carrel, *La incógnita del hombre*, J. Gil, Buenos Aires, 1949, ps. 137 a 159.

GÉRMESES DE FUTURO EN EL HOMBRE

psicológico. La conciencia, bajo la influencia de los estímulos del medio exterior, registra su propio movimiento, las series de sus estados. El tiempo, según Bergson, es la tela misma de la vida psicológica”. La conciencia de tales cambios y del transcurso temporal de la existencia, se realiza en el hombre a través de la *memoria psicológica*.

El tiempo fisiológico es prácticamente irreversible y, aunque la velocidad de los cambios orgánicos y el ritmo de los mismos varíen de acuerdo a una serie de factores físicos, humores, nerviosos, etc., la vida transcurre en un gradiente juventud-envejecimiento-muerte, que puede ser más rápido para unos tejidos que para otros, pero es imposible detener dicha caída entrópica o revertir el movimiento en procura de la perenne juventud o la inmortalidad. El método de vida y la reserva de energías pueden hacer más lenta esta caída, y hay muchos hombres que conservan una buena elasticidad de sus tejidos y excelente vitalidad de sus órganos hasta bien avanzada su edad física. Pero, tarde o temprano, el flujo vital avanza con menos rapidez hasta que se detiene.

No obstante, si el hombre tiene poco acceso a su memoria orgánica y puede influir muy poco en su tiempo interior fisiológico, no ocurre lo mismo con su *tempo* psicológico, pues a través de la memoria psíquica tiene un acceso directo a él, una verdadera *ventana abierta al tiempo*.

En general se considera a la memoria como una función ya determinada, que puede ser buena o mala, cuando en realidad es un campo lleno de posibilidades de desarrollo y educación. El conocimiento más profundo de la memoria y de los factores que perturban su correcto funcionamiento integral, per-

LA BARRERA DEL TIEMPO

mite una revalorización de la misma, sacándola de su papel puramente pasivo de fijación y registro de experiencias, para hacerla un medio de control del tiempo interior.

Habitualmente el tiempo es experimentado en forma pasiva, el sujeto se *deja vivir*, el tiempo *penetra en su vida*, por decirlo así, y produce sus efectos sin que él haga nada para modificar su curso. Cuando advierte que ha envejecido y se ha quedado atrás de la corriente de vida que circula a su lado, ya es demasiado tarde pues se encuentra encerrado en una cárcel de tejidos envejecidos y cristalizados en el tiempo. Esta cristalización en el tiempo se pone en evidencia no sólo por el olvido del pasado sino, sobre todo, por las dificultades de vislumbrar el futuro.

La expansión de la conciencia individual y la participación en la totalidad de la vida, despiertan un renovado interés en la propia historia y en develar *todos* los acontecimientos que se han ido tejiendo a través del tiempo, pues se intuye que, por el conocimiento de sí mismo, es posible adentrarse en el misterio del universo. Y el camino para ese conocimiento es la memoria.

Para comprender en profundidad la memoria hay que apartar, en primer lugar, la imagen de un aparato mecánico de fijación y reproducción de estímulos; si bien es cierto que la memoria tiene un mecanismo, no es, sin embargo, un mecanismo, sino una función vital que está integrada con todos los aspectos orgánicos y psíquicos de la vida.

Tomando como base el aspecto más elemental de la memoria (su capacidad de fijación) se sabe que la riqueza e intensidad de esa fijación depende, no solamente de los órganos de los sentidos, sino del afec-

to, del interés mayor o menor que se tenga en los objetos de la percepción y del interés general por la vida. Cuando hay un escaso interés por la vida, las cosas del mundo pasan delante del yo como sombras y se registran vagamente en la subconciencia. De ahí que el primer ejercicio de la memoria sea reavivar el interés por la vida.

Lo mismo ocurre con el aspecto evocativo que está bajo la influencia, en muchos casos, de las poderosas fuerzas represivas del subconsciente. Freud, ya en sus primeros escritos, señaló la importancia de la represión de los afectos en ciertos *olvidos* que no pueden explicarse simplemente por fallas en la función mecánica del recuerdo sino por una dinámica subconsciente que hace sucumbir a la represión aquellos contenidos de la conciencia que entran en conflicto con las instancias superiores del psiquismo. Buena parte de los recuerdos de la vida infantil quedan sumergidos en el subconsciente por mecanismos análogos, y lo mismo pasa con fragmentos de la vida adulta especialmente significativos.⁶⁹

Si tenemos en cuenta todos estos factores de interferencia en la función mnémica, nos daremos cuenta que del registro de experiencias que poseemos sólo una pequeña parte está bajo nuestro control consciente y que, por lo tanto, no tenemos un verdadero control sobre nuestro tiempo interior ni sobre nuestra vida interior. La ejercitación de la memoria tiende, ante todo, a recuperar su papel activo y a dar el máximo de conciencia a los acontecimientos psíquicos. Los ejercicios de examen re-

⁶⁹ Sigmund Freud, "Psicopatología de la vida cotidiana", en: *Obras completas*, Americana, Buenos Aires, 1943, t. i, ps. 1 a 63.

LA BARRERA DEL TIEMPO

trospectivo , que hemos descrito en otro lugar , u otros análogos, como los señalados por Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios espirituales*⁷⁰, al activar los recuerdos, iluminan el pasado , dan vigor a la fijación de los hechos en el presente y permiten vislumbrar el futuro.

Pero también la memoria —como ya lo dijéramos a propósito de otras funciones orgánicas — puede deformarse por abuso de función o desconocimiento de la totalidad de sus posibilidades.

La memoria no puede hacerse integral y cumplir su verdadera capacidad de control del tiempo interior, si a sus funciones de fijación, registro y evocación de experiencias, no se agrega la función de olvido . Más aún, la verdadera memoria es *memoria - olvido* , o sea un proceso que comienza en la fijación y termina en el olvido por el traslado de la totalidad del recuerdo a un nivel profundo subconsciente que, a manera de depósito , recoge todas las experiencias realizadas y deja libre el mecanismo mnémico y la frescura vital para nuevas experiencias . Si este proceso , o *metabolismo de los recuerdos* como podríamos llamarlo , queda interrumpido a medio camino , el mecanismo de la memoria se atasca con los recuerdos, que quedan fijados en la memoria-vida en forma definitiva sin dar cabida a nuevas impresiones.

Lo importante es darse cuenta que, con dicha fijación de los recuerdos, hay también una fijación del tiempo interior, y la edad biológica y psíquica del sujeto queda detenida allí donde están detenidos sus recuerdos : cristalización existencial. El tiempo

⁷⁰ Ignacio de Loyola, *Obras completas*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1947.

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

interior, *tempo psíquico*, queda así marcado por este reloj de los recuerdos y de las experiencias fijadas, como en un reloj viviente que quedara detenido en aquel preciso instante en que se interrumpiera la corriente renovadora de la vida: ésta es la verdadera muerte de muchos hombres, que hace decir, como el poeta: *Muertos son los que tienen muerta el alma y viven todavía*.

Utilizamos aquí el concepto de *olvido* con el significado de función activa de desapego o renunciación a experiencias ya realizadas, en contraposición al aspecto pasivo de falta de memoria con que habitualmente se utiliza ese término. Lo importante es comprender que tal *olvido*, aparte del valor ético o espiritual que pueda tener y que no es el objeto principal del estudio que estamos haciendo en este capítulo, tiene un valor psicológico y aun fisiológico.

Está demostrado experimentalmente que los recuerdos que no han sido adecuadamente asimilados por el subconciente (*digeridos* si cabe el término), no quedan simplemente grabados en la memoria como ideas parásitas, sino que conservan su potencial energético, y dichas energías buscan los cauces orgánicos adecuados para expresarse, perturbando las funciones del organismo y constituyendo factores de patología. No sabemos bien aún qué resultados finales pueda tener en las células y tejidos esta paralización del *tempo* psicológico, pero todo hace pensar que la cristalización de las ideas y de los sentimientos trae como resultado un envejecimiento correlativo del organismo y una cristalización de la vida.

XVI

LA VIDA PERMANENTE. LA RENUNCIACIÓN

Expansión humana, integración del individuo en la totalidad de la vida del universo, armonía de los valores humanos y divinos, participación individual a la conciencia-voluntad cósmica, sentido de unidad e integralidad de la existencia... ¿Nuevos ideales de la nueva era? ¿Nuevos valores individuales? ¿O nuevas palabras, que dicen mucho y no dicen nada, al mismo tiempo?

Todas estas ideas de unidad, integralidad, expansión, totalidad, participación y libertad interior, que hemos desarrollado desde distintos puntos de vista en los capítulos precedentes no tienen, en realidad, ningún sentido para quien no esté dispuesto a experimentarlas en su propia vida.

El hombre moderno, enriquecido en la larga historia de su desarrollo por experiencias materiales, emocionales, intelectuales y morales, se acerca con conciencia a los límites de sus posibilidades humanas y quiere trascenderlos. Desde el umbral de su existencia finita intuye el mundo maravilloso de lo divino y quiere penetrar en él. Los maestros de la

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

nueva era han preparado el ambiente físico y espiritual que hace propicia la expansión humana, y el individuo se balancea en el filo entre dos mundos.

Según el Evangelio (Me 10,17-23),⁷¹ un joven rico, en esta misma situación, se acercó a Jesús y, arrodillándose, le preguntó: “Maestro bueno, qué he de hacer para alcanzar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios. Ya sabes los mandamientos: No matarás, no adulterarás, no robarás, no levantarás falso testimonio, no defraudarás, honra a tu padre y a tu madre. Él le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud. Jesús, poniendo en él los ojos, le amó y le dijo: Una sola cosa te falta: vete, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme. Ante estas palabras se anubló su semblante y se fue triste, porque tenía mucha hacienda. Mirando en torno suyo, dijo Jesús a los discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen hacienda! Los discípulos se quedaron espantados al oír esta sentencia...”

Si el hombre aspira al Todo, ha de darlo todo. La doctrina del renunciamento está en la base de todos los sistemas religiosos, tanto de Oriente como de Occidente, y es el fundamento de la tradición espiritual de la humanidad.

“Ni por la riqueza, ni por la progenie, sino sólo por el renunciamento se alcanza la inmortalidad”, dicen los Vedas.

Entre los místicos cristianos, San Juan de la Cruz sintetiza en versos elocuentes, la doctrina de la renuncia:

⁷¹ *Sagrada Biblia*, Biblioteca de Autores Cristianos, La Editorial Católica, Madrid, 1965, p. 1212.

LA VIDA PERMANENTE

“Para venir a gustarlo todo,
no quieras tener gusto en nada.
Para venir a poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada.
Para venir a serlo todo, no
quieras ser algo en nada.”

72
..

A pesar de la grandeza de estas enseñanzas y tal vez por ello mismo, la mística de la renunciación no siempre ha sido bien comprendida y, si bien es cierto que ha dado magníficos ejemplos de vidas heroicas consagradas a la renuncia, no ha sido un valor fácilmente asimilable, aun por los hombres que se han sentido llamados a una vida espiritual. En general se considera que la renuncia es un valor supremo, para las almas grandes, para quienes son capaces de dejarlo todo, para quienes ofrendan su vida al servicio de Dios y de la humanidad, es decir, para los santos y los héroes. Pero el común de los hombres que, al intuir los valores espirituales quisieran seguir al Maestro en busca de la unión divina, proceden como el joven rico del Evangelio, temen y se alejan. Más aún, los propios discípulos de Jesús, se *espantaban*.

La mala interpretación de la renuncia en las corrientes cristianas de Occidente, sobre todo en el medioevo, llevó a una negación de los valores humanos. Dicha doctrina extrema de negación y de confusión de la renuncia con la negación del mundo y de la vida, también surgió en Oriente fren-

⁷² San Juan de la Cruz, *Vida y obras*, Biblioteca de Autores Cristianos, La Editorial Católica Madrid 1946, p. 565.

GERMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

te a las enseñanzas espirituales procedentes de la Vedanta y a la doctrina búdica de la extinción.

Pero creemos que el Evangelio es bien claro al respecto: habla sobre la base de un joven rico, es decir, que ha logrado una primera etapa de desarrollo en valores humanos. Postular la renuncia como doctrina de negación, generalizadora y universalizante, sin tener en cuenta la etapa del desarrollo, ha conducido a todos los extremos y, sobre todo, ha mantenido, aun en las almas más fieles, un oculto sentimiento de desconfianza hacia una doctrina religiosa que, con la promesa de una salvación en el cielo, ponía como condición la mutilación de los valores humanos. De ahí tal vez la reacción de un humanismo que desafía a las religiones con la evidencia de lo que el hombre puede realizar con su esfuerzo para lograr su propia liberación y bienestar sobre la Tierra. Ni tal humanismo inmanentista, ni la negación radical del mundo y de la vida satisfacen, en el fondo, las ansias de liberación del hombre y la necesidad que tiene de armonizar sus valores humanos y divinos. La mística moderna tiende a integrar la renuncia con la totalidad del desarrollo de la vida humana. Teilhard de Chardin describe esta dinámica de totalidad desarrollo-renuncia, en la siguiente forma: “En el ritmo general de la vida cristiana —dice— desarrollo y renuncia, asimiento y desasimiento no son términos contrarios que se excluyan mutuamente. Armonizan entre sí, como en el juego de nuestros pulmones la inspiración y la espiración del aire. Son dos tiempos de la respiración del alma o, si se prefiere, dos componentes del impulso mediante el cual el alma continuamente toma pie en las cosas para superarlas. Es-

LA VIDA PERMANENTE

to es la solución general. En el detalle de los casos particulares, tanto la sucesión de estos dos tiempos, como la alianza de estos dos componentes, se halla sometida a infinitos matices. Su justa regulación requiere un tacto espiritual, que es la fuerza y la virtud propia de los maestros de la vida interior”.⁷³

Lo importante es darnos cuenta que la renuncia es una respuesta individual de totalidad, que compromete la totalidad de la existencia, que juega el *todo* por el Todo y, precisamente, por este carácter de integralidad, se constituye, hoy en día, en centro de interés no solamente para la mística sino también para la filosofía y para la ciencia.

Desde el punto de vista filosófico, dentro de la ciencia de la conducta humana y la valorización de las acciones de los hombres, cabe preguntarse cuál es la acción más perfecta, cuál es la que revela mejor al hombre en su condición de individuo integrado, consciente de sí mismo y responsable ante Dios y la humanidad.

De acuerdo a la concepción que se tenga del hombre y de su fin último, las filosofías han ordenado la conducta de acuerdo a distintas jerarquías de valores: “al placer (hedonismo de Aristipo, Epicuro), a lo útil (utilitarismo de Bentham, Stuart Mill), al Estado (Hegel y los sociologistas), a la humanidad (Augusto Comte), al progreso (Spencer), a la simpatía (escuela escocesa), a la piedad (Schopenhauer), a la producción del superhombre (Nietzsche), etc. Tales filosofías suponen como fin último del hombre una cosa creada, mientras que hay otras que, sobre la base de que el fin último del hombre

⁷³ Pierre Teilhard de Chardin, *El medio divino*, Taurus, Madrid, 1965, 4ª ed., p. 98.

GERMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

es el hombre mismo (filosofías de la inmanencia), postulan ya sea una ética de la virtud (estoicos, Spinoza) o del deber (Kant) como valores últimos o imperativos categóricos de la conducta que se bastan a sí mismos”.⁷⁴

Es lógico suponer que, para una concepción del hombre enraizada en lo espiritual, es decir, cuyo fin no se agota en sí mismo ni en una relación del yo con las cosas o con la sociedad, tanto las éticas de alcance exclusivamente social como las éticas de inmanencia, resultan insuficientes cuando se trata de señalar valores que apuntan al logro de una armonía entre lo humano y lo divino y que, para dicha concepción de totalidad y finalidad trascendente, deba surgir una ética espiritual.

Debemos hacer notar que, desde el punto de vista de la jerarquía axiológica, los valores espirituales constituyen una categoría diferente a los valores estéticos y éticos. Y esta diferenciación categorial tiene suma importancia, no solamente desde un punto de vista teórico sino práctico, pues ubica con claridad actitudes y formas de vida muy diferentes entre sí.

Algunas corrientes psicológicas contemporáneas, que han puesto un acento muy fuerte sobre las motivaciones de la conducta humana, han desvalorizado tales jerarquías y han reemplazado lo axiológico por lo psicológico, haciendo del conocimiento de las motivaciones el fin principal de una ciencia de la conducta. Este criterio ha llevado a un relativismo en el juicio de las acciones y a un reba-

⁷⁴ Jacques Maritain, *Introducción a la filosofía*, Club de Lectores, Buenos Aires, 1952, 10^a ed., p. 234.

LA VIDA PERMANENTE

jamiento considerable de la responsabilidad individual. En otras palabras , si la conducta de un criminal puede ser comprendida , y nada más que comprendida , por su odio al padre y sus complejos infantiles , no estaremos lejos de pensar, como dice Viktor Frankl que *tout comprendre c'est tout pardonner* . Por el contrario , las teorías de los valores fundadas en categorías regionales de valores estéticos , éticos y religiosos , permiten una comprensión más profunda de la conducta humana y, al mismo tiempo , una valoración de la misma que hace posible fundamentar una normativa práctica que da las bases para una educación estética, una educación moral y una educación espiritual.

Desde el punto de vista ontológico, el valor estético supone un objeto, una sensibilidad y un goce; el valor ético supone un deber, una norma y una conducta consecuente ; mientras el valor espiritual se sostiene de por sí y se arraiga en una intuición de lo divino en el alma y en la necesidad de unión de lo humano con lo divino, sin compensaciones de otra naturaleza, ni de orden sensible (estética), ni aún la satisfacción del deber cumplido (ética). La renuncia se ubica en la cumbre de esta escala de valores como un valor clave de perfección y reversibilidad de todos los demás valores : dentro de una dinámica de totalidad desarrollo -renuncia , es el eslabón fundamental de la liberación espiritual.

La renuncia, desde el punto de vista que acabamos de considerar, no quita nada al hombre, ni quita nada a su desarrollo, sino que lo completa, es decir, perfecciona el acto humano al darle trascendencia. Por eso, la renuncia es valor cumbre, pero no único. Es un valor espiritual superior a los va-

GÉRMEENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

lores estéticos y éticos, pero no es contrario a dichos valores , puesto que los valores estéticos y éticos pueden perfeccionarse y trascenderse por la renuncia . Sin la renuncia , toda la construcción edificada sobre los valores humanos se convierte en una torre de Babel y, aun embellecida por la ética más elevada, como la de aquél que es capaz de decir frente a los deberes morales : *todo esto lo he guardado desde mi juventud* , carece de trascendencia , carece de posibilidad de reversión trascendente y el hombre que ha acumulado tales valores (rico), queda aprisionado en ellos ; de ahí la exclamación : ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen hacienda!

Aparte de la característica de perfeccionar las acciones , debemos señalar aún dos aspectos muy importantes de la renuncia como acto : su libertad y su individualidad . La renuncia es la acción libre por excelencia . No hay acción más libre que la renuncia , pues nadie puede ser obligado a renunciar a lo que no quiere . Además , si el deber es propio de los valores éticos , en el campo de los valores espirituales no puede haber un imperativo de *lo que se debe hacer* ni una fórmula general o norma para todos . Es decir, si bien la ley ética puede ser dada para todos (colectiva), la renuncia tiene que ser necesariamente individual y, a lo sumo , puede haber una orientación de los anhelos de renuncia que surgen en la intimidad del individuo , para encauzarlos pero no para determinarlos . El grado de renuncia de cada alma y lo que cada uno esté dispuesto a renunciar para conquistar su propia libertad interior , es un *quantum individual* fijado por la vocación de cada ser . Y aquí surge a la razón una última pre-

gunta: ¿A qué puede el hombre renunciar? Solamente *a lo que tiene*, a sus posesiones.

Aparte de las consideraciones sobre la renuncia desde los campos de la mística y la filosofía, surge, hoy en día, la posibilidad de una ciencia de la renuncia. Esta ciencia no puede ser fundada sobre bases teóricas *a priori*, sino que nace de la experiencia de renuncia de los hombres. Ciencia aún incipiente, aventura la posibilidad de un nuevo estado de vida integral y expansivo más allá de la barrera de la muerte.

Examinemos primero la renuncia desde el punto de vista de la vivencia del renunciante y tratemos de comprender el por qué de su temor a ella, del *espanto*, según la palabra del Evangelio.

Todos los valores, tanto estéticos, como éticos y aún espirituales, de una u otra manera, embellecen la vida y la reafirman, pero la renuncia, en cualquier nivel y grado que se la considere, es la ofrenda *total* de un valor humano y su consecuencia inmediata es el vacío y la muerte. Por la renuncia el ser muere de verdad. Si tengo un deseo y renuncio a él, me quedo sin *nada*. Si he conquistado un bien y renuncio a su posesión, me quedo sin *nada*. Si me siento dueño de mi vida, de mis posibilidades, de mi tiempo y renuncio, me quedo sin nada... muero en vida. Desde el punto de vista de la inmanencia psicobiológica de mi ser, la renuncia me despoja de lo que tengo; mejor dicho, me hace sentir dicho despojo, el vacío de toda pérdida y me hace experimentar un sentimiento profundo y desconocido hasta entonces, que identifico con la muerte. Pero tras esa muerte encuentro una expansión de mi conciencia y una transformación de mis energías. Me doy

cuenta que la energía que estaba ligada a mis deseos, a mis bienes y a mi vida, ha sido liberada, se ha producido un verdadero estallido del núcleo vital que la retenía; desaparece una forma y se libera un *quantum* de energía vital que se transforma en energía espiritual produciendo una expansión de vida. O sea, que si desde el punto de vista de la inmanencia hay una muerte, desde el lado de la trascendencia hay una resurrección, un cambio de estado de conciencia y una transformación vital. Reconozco, entonces, que la renuncia es vida, que lo único que he perdido es el sentido de posesión de la vida pero no la vida misma que se ha hecho más plena. Que la muerte conduce a la vida permanente y que la *noche oscura del alma o muerte mística*, que muchos místicos han descrito, es una realidad dentro de un proceso de transformación vital y existencial.

Se explica así que la renuncia, comprendida desde un solo punto de vista, desde el lado de la inmanencia, aparezca como muerte y que dicha visión unilateral haya dado origen a todos los movimientos de negación del mundo y de la vida. Pero considerando la renuncia dentro de la dinámica de una totalidad biopsicoespiritual, que se manifiesta en una fenomenología inmanente y contingente por un lado y en vida permanente por el otro, dicha renuncia aparece como la acción reversible perfecta que libera el máximo de energía y que, precisamente por *quemar* la totalidad de la energía ligada a una forma vital, permite trascender los límites y la inercia de la misma.

Entendida la renuncia desde este punto de vista de totalidad, se impone un nuevo significado para

LA VIDA PERMANENTE

la palabra renuncia: ya no puede ser identificada solamente como una privación o negación sino como una actitud generalizadora, incluyente de los aspectos duales de afirmación-negación, muerte-Vida, dentro de la dinámica de un devenir realizador.

A través de la experiencia subjetiva podemos ver que hay una vida cerrada, hecha de experiencias acumuladas en el tiempo, con una energía ligada a formas fijas y que termina necesariamente en la paralización del *tempo* interior y en la muerte, y una vida expansiva, de una dinámica diferente, de carácter reversible y que trasciende la muerte. La primera es una vida estable, de acumulación; la segunda es una vida expansiva, de transformación continua. Algunos hechos de biología experimental permiten comprender el porqué de estos ritmos diferentes. Desde los clásicos experimentos de Carrel con células cultivadas de embrión de pollo, se sabe que si se tiene la precaución de eliminar del medio de cultivo los productos del desecho metabólico de las células, la vida de las mismas se mantiene en forma permanente y puede decirse, prácticamente, que son inmortales. Es decir, que lo que detiene la vida, son los frutos de la vida misma. ¿No será posible hacer experimentos de este mismo tipo en la propia vida humana? ¿No tendrá el hombre acceso a la fuente de la vida permanente?

Tales experimentos son perfectamente posibles a través de la renuncia a los aspectos posesivos de la vida. ¿Cuáles son estos aspectos posesivos? Los enumera con toda claridad San Juan de la Cruz en los versos suyos que citáramos con anterioridad (loc. cit., n. 72): los deseos (gustos), los bienes (posesiones) y las identificaciones parciales de la vida, lo que

GERMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

traducido al lenguaje científico diríamos: formas o productos de la vida que quedan ligados a la vida misma. Ciencia y mística encarando el mismo problema de la posesión desde diferentes puntos de vista pero apuntando a la misma finalidad: la liberación.

El sentido de posesión frente a los bienes de la vida y a la vida misma, es lo que cierra el ciclo vital sobre sí mismo y conduce a la muerte. Por eso, cuando el individuo cree haber *llegado*, por la conquista definitiva de un bien o de un valor y ha empleado la vida entera para conquistarlos, su victoria es al mismo tiempo su muerte si dicho fruto queda incorporado posesivamente al ser. Lo que en otros capítulos hemos llamado *consumación existencial*, como esfuerzo humano de *llegar hasta el fin*, debe ser completado y exaltado por la renuncia al fruto conquistado, para que el ciclo vital y existencial no solamente se complete sino que se trascienda y se haga reversible. Por la renuncia, entonces, el ciclo de la vida común se enlaza con un ciclo mayor de supervida. Si en otra oportunidad dijimos que el tiempo forma la trama de la vida, ahora debemos decir que esa trama está formada, en la vida total, por tiempo y renuncia.

Se comprenderá mejor, ahora, por qué la renuncia no debe ser considerada de ninguna manera como negación de vida, ni como virtud exclusivamente espiritual, ni tampoco como una experiencia excepcional reservada a los grandes místicos, sino simplemente como la ley que rige la liberación de toda forma de vida. Y que, por lo tanto, debe ser accesible y practicable por todos aquellos que han despertado a la conciencia de ser hombres libres.

LA VIDA PERMANENTE

Las imágenes del Héroe y del Santo, que en diferentes períodos de la cultura humana pretendieron representar el arquetipo del hombre perfecto, se funden, hoy en día, en una *heroicidad egoente* del individuo, quien se siente suficientemente fuerte como para conquistar los valores que afirman su propio desarrollo y renunciar a los mismos en procura de una liberación interior que, al trascender los aspectos contingentes de la vida, le otorga participación en la Vida Permanente.